

LA COMUNA DE PARÍS
Revolución y contrarrevolución
(1870-1871)

Proletarios Internacionalistas



EDICIONES COMUNIDAD DE LUCHA

La Comuna de París.
Revolución y contrarrevolución (1870-1871)
Proletarios Internacionalistas
<http://www.proletariosinternacionalistas.org>
info@proletariosinternacionalistas.org

Ediciones Comunidad de Lucha
Primera edición en castellano, Octubre, 2014

Ningún derecho. Se alienta la reproducción de este libro, a través de los medios que se estimen oportunos.

ÍNDICE

Presentación a la edición francesa.....	5
Presentación a esta edición.....	15
Introducción.....	19
I. La revolución en curso.....	45
1.1 Antecedentes al 4 de septiembre de 1870.....	47
1.2 El 4 de septiembre de 1870.....	66
1.3 Desde el 4 de septiembre al 31 de octubre de 1870.....	75
1.4 Del 31 de octubre de 1870 al 22 de enero de 1871.....	91
1.5 Del 22 de enero al 18 de marzo de 1871.....	108
II. Victoria y derrota del movimiento insurreccional.....	131
2.1 El 18 de marzo de 1871.....	133
2.2 Del 19 al 26 de marzo de 1871.....	145
2.3 El gobierno de la Comuna en acción.....	162
2.4 El 3 de abril de 1871.....	168

2.5 ¡Guerra burguesa o guerra de clases!	174
2.6 Los decretos del gobierno de la Comuna.....	186
2.7 Los Comités de Salud Pública.....	217
III. La derrota.....	233
3.1 La semana sangrienta.....	235
3.2 Otros aspectos de la contrarrevolución.....	260
IV. Conclusión	265
4.1 Elementos de conclusión.....	267
4.2 Notas sobre la AIT, los blanquistas y otros militantes.....	274
V. Postfacio.....	317
VI. Apéndices.....	333
6.1 Texto firmado por «Un viejo hebertista» (28 abril de 1871)....	336
6.2 Manifiesto «A los communards» (1874).....	342
6.3 Artículo extraído del periódico <i>Révolté</i> (18 de marzo de 1882).....	357
6.4 Testimonio de Elisée Reclus (1898)....	363

Presentación a la edición francesa

¿Por qué este libro sobre la Comuna de París?

Porque este episodio de nuestra historia fue un salto cualitativo en la afirmación de la comunidad humana contra el terror impuesto por el capitalismo.

Fue una insurrección proletaria, un momento de ruptura con la normalidad establecida por la dominación capitalista, una brecha en la guerra permanente que lleva a cabo la burguesía contra el proletariado.

Fue uno de esos momentos en los que la clase explotada sale de su abismo para expresar su vitalidad revolucionaria, su fuerza para desestabilizar el mundo que le aprisiona y romper con la lógica de acumulación de mercancías, de ganancia, de valorización del capital.

En esos momentos históricos todo salta por los aires: las cadenas que nos atan al trabajo, los cuarteles que nos encaminan a la guerra, el salario que nos encadena a la pobreza, la propiedad que nos priva de los medios de vida, el capital que siempre nos destruye de forma cada vez más profunda.

El asociacionismo se impone contra la competencia y las separaciones que mantiene el capital para asegurar su dominación. Los proletarios salen a la

calle desde todos los lugares en los que están sometidos al trabajo o al acuartelamiento, se reúnen, discuten cómo organizar la lucha, cómo deshacerse del yugo del salario e imponer sus necesidades, en fin, cómo organizar la insurrección.

El mundo burgués que se sostiene en base a las guerras de rapiña, la acumulación de todas las riquezas del mundo, la expropiación general, la exclusión, la esclavitud, el salario... ¡se tambalea! Los burgueses inundados de oro, imbuidos de privilegios, palidecen de miedo. ¡Su posición de clase dominante está amenazada!

Hoy en el mundo renacen las luchas que plantean ya en los hechos esta necesidad de dar un salto cualitativo en el enfrentamiento contra la dominación capitalista. Las confrontaciones que hoy se expresan desde Argelia a Iraq, pasando por Túnez, Libia, Egipto, Yemen, Bahrein, Jordania, Bolivia, China... son momentos de gran potencialidad, aunque el peligro reside en quedarse en la enésima reforma política, el enésimo cambio de personal a la cabeza del Estado..., que no hará más que perpetuar la dominación capitalista y agravar la situación de guerra y miseria. Contra ese peligro se impone la necesidad de comprender esas revueltas como expresiones del movimiento de abolición del orden existente y no de su reforma. No como movimientos egipcios, tuneci-

nos o libios..., sino como expresiones del movimiento de una sola y misma clase social que busca abatir mundialmente ese Estado que ha impuesto desde hace siglos la dictadura del capital al conjunto del planeta.

Al contrario de lo que difunden los medios de comunicación, no se trata de una explosión «espontánea», en el sentido de que no tiene ni pasado ni antecedentes o que no hubiese sido de alguna manera preparada u organizada. Si en alguno de estos países volvemos la vista un poco para atrás encontramos:

- las revueltas en la cuenca minera de Gafsa, en Túnez, en 2008;

- las numerosas huelgas, entre otras, en la industria textil, en Egipto, en 2010;

- las oleadas de disturbios, en Argelia, en 1988, 2001 y cotidianamente hasta hoy en día,

que indican que lo que ocurre en esa región del mundo es fruto del continuo empuje de la lucha que atraviesa momentos de avance, de retroceso, de reanudación. Y mientras escribimos esta presentación continúan los enfrentamientos.

Por otra parte, estos últimos años han estado marcados por otras luchas de gran calado:

Argentina (2001), Argelia (2001), Bolivia (2003), suburbios franceses (2005), Oaxaca (2006), Bangladesh (2006, 2010), Grecia (2008), Guadalupe (2009), Tailandia (2010)... China, Chile, Perú, Ecuador..., al igual que lo que se conoció como «motines del hambre», que se dieron en más de una treintena de países a principios de 2008.

Todos esos episodios tuvieron en común, en mayor o menor medida, el haber sido precedidos por una serie de enfrentamientos que permitieron reanudar las costumbres de lucha: restablecer los lazos de ayuda mutua, reconstruir las redes de solidaridad, reinstalar los lugares de debate, redefinir los medios y los objetivos de la lucha..., recordar las experiencias pasadas, ponerse de acuerdo sobre las lecciones a extraer... y otros tantos factores de madurez y fortalecimiento.

Y bastó una nueva confrontación suplementaria a la intransigencia del Estado, un renovado aumento de los precios o una bajada de los salarios, la muerte de un camarada bajo las balas o la tortura..., para que la revuelta explotase, tanto más contundente y determinada en la medida en que antes se desarrolló todo ese renacer del asociacionismo y de la organización proletaria.

A diferencia de las explosiones sociales que jalónaron los años ochenta y principios de los noventa, que refluían tan bruscamente como habían surgido, hoy la extensión internacional es muy importante; la organicidad que traspasa fronteras es la norma, y cuando se impone la calma en un país, el proletariado de otra región toma el relevo. De la riqueza de este movimiento emergen también intensas y apasionadas discusiones entre los militantes revolucionarios, impulsados por el desarrollo de esas luchas de las que forman parte y son una expresión. ¿Qué impulso dar a las luchas? ¿Es la insurrección un paso obligado? ¿Podría el proletariado ahorrarse la insurrección? Esas preguntas y los debates que ellas suscitan son la expresión de las múltiples luchas que, partiendo de las necesidades humanas, chocan inevitablemente con el Estado. Pero el hecho de que la insurrección no se imponga como una evidencia es el resultado de la fractura creada entre las experiencias actuales y las pasadas (como la Comuna de París, en 1870-1871) de las que se ha perdido, por lo general, el rastro y la memoria.

La cuestión central de *cómo organizarse contra el Estado para acabar de una vez por todas con la guerra permanente que la burguesía ejerce contra el proletariado* no es nueva. Toda lucha consecuente se enfrentó a ella. Generaciones de proletarios que

vivieron esos enfrentamientos y se implicaron en los esfuerzos por dar un salto de calidad a esos movimientos insurreccionales nos dejaron valiosas lecciones de las que es importante reapropiarse. La ignorancia es la fuerza de la dominación burguesa. La discontinuidad en la transmisión de la memoria de luchas pasadas es una laguna de la que se sirven las fuerzas socialdemócratas para destruir nuestras luchas. Y en ello va nuestra responsabilidad. No es un debate para intelectuales, es una cuestión que se plantea concretamente en las luchas. Y tenemos que hablar de esta responsabilidad.

Algunos se niegan haciendo apología de una especie de «espontaneidad» pura del proletariado que los militantes, por su presencia y actividad, ¡vendrían a corromper o desviar de sus objetivos! El punto de partida de esa actitud es la *exterioridad* respecto al movimiento de lucha, el hecho de no sentirse parte de él, de no vivir como una expresión del movimiento. Y fundamentalmente se trata del veneno democrático que, en nombre del igualitarismo y del antiautoritarismo, culpabiliza y pone en la picota a aquellos que se atreven a tomar iniciativas, movidos por una mayor claridad nutrida en las lecciones de las luchas pasadas... y, sobre todo, que se organizan para hacer de todos esos elementos una fuerza que

contribuya a dar saltos de calidad en el desarrollo de la lucha.

Es hora de romper con esas separaciones. Hoy es crucial la unidad de las diversas expresiones del proletariado. Las divisiones en nuestras filas son una arma de la dominación burguesa. Es hora de superar esas actitudes antitéticas, esa exterioridad, y de retomar la necesidad de organización, de responsabilidad militante, de desarrollar la crítica de este mundo y dirigirla voluntaria y conscientemente para que las iniciativas por abolir el orden capitalista sean cada vez más incisivas y potentes.

Respecto a la insurrección del 18 de marzo de 1871 en París, muchos historiadores han pretendido, en este episodio también, presentarla como una insurrección «espontánea» en el sentido de que no hubiera sido el fruto de una maduración. Nada más falso. Tuvieron lugar motines entre mayo y junio de 1869 y en mayo de 1870, así como una tentativa insurreccional en febrero de 1870. Desde agosto de 1870 a marzo de 1871, hubo varios asaltos insurreccionales, amplios movimientos en los que numerosos proletarios –mujeres, hombres, niños– tomaron las calles, se opusieron a los soldados y construyeron barricadas. Entre ellos, revolucionarios que habiendo extraído las lecciones de las experiencias pasadas –1793, 1830, 1848– se organizaron para la

insurrección. Veremos cómo actuaban con rapidez para dar todo un salto de calidad a ese magnífico impulso. Si observamos más de cerca, comprobamos que no existió separación entre unos y otros. El texto que sigue pretende ser la demostración práctica de todo esto.

Algunos revolucionarios supieron actuar con inteligencia, claridad y autoridad, percibiendo que la imposición de la Comuna era una necesidad para resolver los graves problemas planteados por la miseria y el avance hacia una guerra de exterminio. Pero otros no. O no siempre. En algunos momentos, militantes sólidos dieron muestras de graves inconsecuencias con ideologías nacionalistas, comunalistas, politicistas u otras. Y es trágico, porque en esos momentos decisivos en los que la correlación de fuerzas estaba cambiando, tales inconsecuencias han devuelto por muchos años la iniciativa al Estado.

En la Comuna de París, tal como pasa hoy en día en las luchas en Túnez, Egipto, Libia..., el Estado ofrece fórmulas de recambio más modernas, republicanas, pluripartidistas..., juzgando como la única responsable de la miseria y de la represión a la fracción burguesa que gobierna.

«Allí donde existen partidos políticos, todos ven la causa de todos los males en el hecho de que su adversario es quien gobierna y no él

mismo. Incluso los políticos radicales y revolucionarios buscan la causa de mal, no en la naturaleza del Estado, sino en una forma específica de Estado que quieren cambiar por otra»¹.

El programa contrainsurreccional de la burguesía es cambiar alguna cosa para que todo siga igual, cambiar la jeta del Estado para preservar la dictadura de la ganancia, introducir alguna reforma democrática para que la dictadura democrática siga en pie...

«Que se vayan todos», grito que resonó en Argentina en noviembre-diciembre de 2001, expresa cierto desgaste en las fórmulas de recambio gubernamental. El margen de maniobra de las diferentes fracciones burguesas se presenta cada vez más reducido. Una vez que llegan al timón del Estado se agotan con rapidez y pueden dejar al Estado mundial del capital ante un abismo: ninguna solución de recambio funciona.

La generalización internacional de la lucha actual no permite ya a la burguesía consolidar esos cambios y reimponer una paz social estable. Es muy probable que la característica más importante de las

¹ Karl Marx, *Glosas críticas marginales al artículo «El rey de Prusia y la reforma social, por un Prusiano»*.

luchas actuales sea el renacimiento del sentimiento internacional de ser parte de una misma lucha, y sobre todo que mientras la paz social parece imponerse relativamente en un país, en otras regiones los proletarios siguen luchando en las barricadas gritando muy alto que todos esos cambios no son más que trampas para preservar la explotación y la opresión capitalista.

Como decían Marx o Blanqui, cada vez más el mundo aparece dividido en dos campos enemigos, la burguesía y el proletariado. Los límites históricos de la sociedad burguesa hacen que la polarización internacional sea irreversible; el proyecto comunista del proletariado está hoy en día más vivo que nunca: la destrucción de la propiedad privada, de la sociedad mercantil y del capital, en fin, la afirmación de la comunidad mundial sin explotación, sin clases, ni Estado.

Marzo de 2011

Presentación a esta edición

La presentación a la edición francesa fue escrita en plena agudización y extensión de las luchas en el norte de África, Magreb y oriente medio. Subrayábamos en ese contexto la actualidad e importancia de un material como éste. El desarrollo posterior de esas luchas viene de nuevo a recordarlo. Pese a que en esas regiones la inestabilidad sigue reinando y la situación mundial no permite ninguna estabilidad a largo plazo, se ha conseguido pacificar algunos lugares en base al recambio en el gobierno, a la caída de tal dictador, o en otros lugares se ha logrado someter al proletariado a la polarización interburguesa arrastrándole a defender a una fracción del capital frente a otra en la guerra imperialista. Una vez más la incapacidad de nuestra clase de afirmarse contra todas las fracciones burguesas se presenta como una debilidad mortal.

Es precisamente ése el valor práctico de la reappropriación por nuestra clase de nuestra experiencia histórica: destruir esa debilidad. En la imponente confrontación de clases que se dio en Francia en 1870-1871 y que tuvo en París su centro de gravitación, nos encontramos en su desarrollo con todo un conjunto de enseñanzas indispensables respecto a la

revolución y a la contrarrevolución. El proletariado se tuvo que enfrentar a todos y cada uno de esos elementos de la contrarrevolución que hoy siguen en pleno auge: guerra imperialista, repolarización en campos burgueses, cambios formales en el Estado (imperio por república), recambios en el gobierno, parlamentarismo «revolucionario», nacionalismo, comunismo... Se comprende que organizar en fuerza material las lecciones de ese combate captando tanto las posiciones de fuerza que llevaron al proletariado a hacer temblar la dominación de la burguesía, como de las ideologías, las debilidades, y los errores que finalmente le condujeron a la derrota, es una cuestión fundamental para el triunfo de la revolución social.

Si hoy insistimos en aclarar esta evidencia es por la situación mundial que vive el proletariado y particularmente sus minorías más combativas. Mientras que las contradicciones sociales siguen agudizándose, mientras que como decíamos en la presentación a la edición francesa «hoy la extensión internacional es muy importante; la organicidad que traspasa fronteras es la norma, y cuando se impone la calma en un país, el proletariado de otra región toma el relevo», siguen siendo, a pesar de todo, muy pocos los militantes que asumen esa tarea vital en la guerra de clases que es la reapropiación de la práctica históri-

ca de nuestra lucha. Las consecuencias de esta realidad son terribles, sobre todo cuando la lucha entra en fases más decisivas del enfrentamiento, tal y como ha sucedido en algunas de las luchas arriba citadas, en las que el instinto de clase ya no es suficiente. Es entonces cuando se hace evidente que la práctica social del proletariado necesita romper no sólo las barreras geográficas, sino también las temporales, necesita asumirse como práctica histórica que concentra en su seno la acción revolucionaria del presente y del pasado. Sin esa condición que le constituye en sujeto histórico-mundial, el proletariado se ve encerrado en un bucle que le lleva una y otra vez a repetir su propia derrota. De ahí la importancia que le damos a los esfuerzos y materiales como el que aquí realizamos. Nada puede ser más actual ni necesario que transformar en fuerza material y organizativa de la revolución el balance de las luchas revolucionarias del pasado.

Septiembre de 2014



INTRODUCCIÓN



Entre 1870 y 1871, el proletariado en Francia se lanzó a asaltar los cielos. Esa lucha, más conocida por el nombre de la *Comuna de París*, se convirtió desde entonces en una referencia histórica y mundial, un faro para iluminar a los proletarios allí donde vivan y luchen contra la explotación capitalista, la propiedad privada y el Estado. Una referencia en plena noche que recuerda al proletariado el camino de su lucha y la fuerza que ostenta: la fuerza de tumbar el orden existente.

Ese movimiento se afirmó principalmente en París con la insurrección del 18 de marzo de 1871, que impuso una correlación de fuerzas que hizo recular a la burguesía, obligándola a ceder terreno. Rápidamente se convirtió en el epicentro de una convulsión que se propagó al resto del mundo. El 29 de mayo de 1872, Johan Most escribía:

«De un lado se veían a los proletarios de todos los países, que con orgulloso temple y grandes esperanzas tenían sus ojos puestos en los hombres de la Comuna a los que consideraban, con toda justicia, como su vanguardia en la presente guerra social. Del otro lado estaban los vampiros de las fábricas, los caballeros de la Bolsa y el resto de parásitos que, llenos de angustia, escondían su cabeza entre los hombros»².

² Georges Haupt, *El historiador y el movimiento social*. 1980.

Ese movimiento insurreccional se convirtió en una referencia ineludible. Millones de proletarios se reconocieron en las aspiraciones revolucionarias contenidas en las entrañas de aquel magnífico movimiento que desafió el orden burgués. A pesar de la feroz represión que destruyó las fuerzas del movimiento, y pese a sus límites, la *Comuna* dejó escritas en letras de sangre estas palabras: la revolución es posible, otra sociedad, sin clases, sin Estado, sin propiedad privada, sin dinero, sin trabajo, puede hacerse realidad. El proletariado obtuvo de esa experiencia esperanza y valor.

Dadas sus repercusiones históricas e internacionales, el análisis de una lucha proletaria de semejante envergadura es vital. La comprensión, tanto de sus fuerzas como de sus errores, es necesaria para que las futuras luchas no fracasen contra los mismos escollos. El proletariado sólo puede fortalecerse extrayendo las lecciones de las experiencias pasadas. Ese balance no tiene nada de nostálgico, en él encontramos nuestra identidad como clase explotada y revolucionaria, nuestras determinaciones fundamentales, y obtenemos la fuerza necesaria para retomar la iniciativa de la lucha, tal como hace el árbol cuando hunde sus raíces en el suelo para extraer los recursos necesarios que le darán fuerza y vitalidad.

Es evidente que una lucha tan potente como ésta ha sido objeto de deformaciones, falsificaciones y ocultaciones que han acabado convirtiéndola en objeto de mito. Ya va siendo hora de hacer la crítica de todo esto, de todo ese mito construido por la socialdemocracia que, explotando los sentimientos de derrota y de rabia proletaria, provocada por las decenas de miles de muertos, encarcelados y exiliados, ha desnaturalizado el sentido profundo del movimiento que se afirmaba como enterrador del capitalismo y no como su reforma, y ha intentado (e intenta) demostrar que la transformación del mundo sólo es posible mediante el pacifismo, el electoralismo, el parlamentarismo. Proclama que ahí reside la fuerza del movimiento y que toda lucha debe seguir esta vía. A las fuerzas del movimiento, tales como la aptitud para organizar la insurrección, la socialdemocracia las trata por el contrario como el error a evitar, afirmando que sólo podían llevar a la derrota, a la represión. Claro que esa derrota de la que habla no es la suya, sino la nuestra, pues evidentemente, la derrota de la socialdemocracia hubiera significado nuestra victoria.

Frente a las múltiples tentativas de deformar la historia de la lucha llevada a cabo por el proletariado en Francia en 1870-1871, nos interesa retomar el rastro de los enfrentamientos de clase, analizando

las fuerzas y los límites que desarrollamos en aquel episodio. Nos interesa volver sobre ese inmenso y generoso movimiento que llevaba en su seno el cuestionamiento del sistema burgués y afirmaba la necesidad del comunismo, para poner en claro cuáles de las fuerzas presentes estaban del lado de la revolución y cuáles del lado de la contrarrevolución, cuáles son aquellas en las que nos reconocemos y cuáles son definitivamente enemigas.

El contexto histórico e internacional

Para poder comprender con mayor profundidad el movimiento insurreccional de 1870-1871 en Francia, es necesario situarlo en el contexto histórico e internacional bajo el que se desarrolló, es decir, inscribirlo en la dilatada continuidad de otros movimientos insurreccionales que lo precedieron y lo influenciaron.

Por consiguiente, si retrocedemos varias décadas, entre los años 1773 y 1802 tuvieron lugar intensas luchas en diferentes partes del mundo. Lo primero que se nos viene a la cabeza de manera espontánea cuando evocamos ese periodo son las fuertes luchas que sacudieron Francia durante la *Revolución francesa*. El acento que por lo general se pone en ese acontecimiento histórico particular hace que pasen

desapercibidas multitud de revueltas importantes que marcaron el final del siglo XVIII. Tanto las que tuvieron lugar en ese mismo país entre 1792 y 1797, tal como la tentativa insurreccional denominada *Conspiración por la Igualdad*, organizada por Babeuf y sus camaradas, como las desarrolladas en otras partes del mundo. Al respecto podemos nombrar muy brevemente:

- las profundas revueltas acontecidas en Rusia en 1773, más conocidas con el nombre de «Pougatchevina»;

- la oleada de luchas desencadenadas en las colonias británicas de América, tanto contra la presencia colonial como contra los burgueses que reivindicaban la independencia;

 - la guerra de las harinas en Francia en 1775;

 - las revueltas en las Provincias Unidas (1781-1787);

 - los levantamientos en el Imperio español;

 - las sublevaciones de esclavos en 1791 en Santo Domingo (que más tarde pasará a llamarse Haití) y que se mantendrán durante años;

 - las rebeliones en Irlanda en 1798 (saldadas con 30.000 muertos entre los insurgentes);

 - y un largo etcétera.

Lo que queremos resaltar como esencial es la interactividad entre las diferentes luchas. Los acontecimientos más conocidos como la *Revolución francesa* fueron posibles por la conjunción de toda una suma de revueltas que se desarrollaron tanto en la misma Francia como en otras partes del mundo (presencia de exiliados de diferentes países, influencia de ese proletariado atlántico del que se empieza a descubrir su importancia, compuesto por marinos de diferentes nacionalidades y teniendo una visión internacionalista de las luchas)³.

Más tarde, a principios de la década de 1830 hay un resurgir de esos movimientos insurreccionales en Francia, Bélgica, Polonia y Rusia.

Los años 1848-1851 están marcados por una agitación generalizada en toda Europa con una serie de levantamientos importantes como los ocurridos en Francia durante los meses de febrero y junio de 1848, en Alemania entre 1848-1849, en Italia...

³ Para profundizar en ese periodo aconsejamos la lectura del libro de Serge Bianchi, *Des révoltes aux révolutions, Europe, Russie, Amérique (1770-1802)*, del que desgraciadamente no conocemos traducción al castellano, así como los libros de Marcus Rediker sobre la importancia del proletariado transatlántico y su desconocido papel en los lazos tejidos entre varios continentes del siglo xvi al xviii con sus consecuencias en cuanto a la «maduración de las mentes en las metrópolis».

A pesar de la feroz represión, los proletarios supieron mantener viva durante todos esos años una sólida memoria de clase, tanto oral como escrita. No se puede explicar la fuerza de los movimientos proletarios de finales de la década de 1860, de los cuales el desarrollo insurreccional de 1870-1871 en Francia marca el apogeo, sin esa capacidad de nuestra clase de enriquecerse de las luchas del pasado, de hacer balance de sus fuerzas y debilidades para nutrir las luchas futuras. A pesar de las derrotas, los vencidos transmitían las experiencias de la lucha, las lecciones aprendidas. Las diversas generaciones no se ignoraban. Pensemos, por ejemplo, en aquellos «ancianos» de 1848 que se codeaban en las barricadas de 1871 con los jovencísimos revolucionarios. Encuentros informales como los que ocurrían en los cafés, en el trabajo, en los puntos neurálgicos de algunos barrios..., reuniones más estructuradas (asociaciones de apoyo mutuo, de resistencia, sociedades secretas, círculos de lectura, etc.). La necesidad de organización, de solidaridad, permanecía viva, por momentos invisible, escondida a los ojos del Estado, en otros momentos resurgía intempestivamente en las esquinas de las calles bajo la presión lenta, pero inexorable, de la proximidad del enfrentamien-

to. Buonarroti⁴, Blanqui, Marx, más tarde Bakunin, son los militantes más conocidos de ese hilo rojo que recorre todo el siglo. Sin embargo, no podemos olvidar los esfuerzos de otros militantes menos conocidos como Weitling, Flora Tristán, Bronterre O'Brien, Johan Most... y otros tantos anónimos, que dieron todas sus fuerzas para mantener en vida y consolidar la riqueza de todo ese asociacionismo proletario.

Tras la losa de plomo contrarrevolucionaria que cayó sobre toda la Europa insurrecta (1848-1851), se tuvo que esperar a que asomara la década de 1860 para que las luchas vuelvan a manifestarse en este continente:

- En Alemania tuvieron lugar numerosas luchas, en particular en las minas de Silesia. Durante la guerra franco-prusiana se desataron por doquier numerosas manifestaciones contra la guerra y después en solidaridad con la Comuna. La agitación se mantuvo hasta 1872 de manera significativa.

⁴ Philippe Buonarroti escribió y publicó en 1828 *Conspiración por la igualdad*, sacando así del olvido la tentativa insurreccional de 1797. Más allá de esa publicación, transmitió, a través de su incansable actividad militante, esa memoria a las nuevas generaciones de revolucionarios entre ellos a Blanqui. Podemos leer sobre ese tema el libro de Alessandro Galante Garrone, *Philippe Buonarroti et les révolutionnaires du 19ème siècle*.

- En Bélgica estallaron huelgas en las minas del Borinage, y en la siderurgia, en 1867.

- En Suiza se suceden huelgas entre los trabajadores de la construcción, en 1868-1869.

- En Gran Bretaña, en Austria-Hungría, en Irlanda, en Estados Unidos..., los proletarios entraron también en lucha...

En la década que precede a la Comuna, y también la que la sigue, se desarrollarán importantes movimientos de lucha:

- En China tiene lugar de 1851 a 1864 el movimiento de lucha conocido como de los Taïpings. Su represión conllevó varias decenas de millones de muertos. «Seguramente puede tratarse de la guerra campesina más grande del mundo moderno, si no de la historia universal»⁵.

- En México, durante dos años se dará uno de los movimientos insurreccionales más importantes que el continente americano haya conocido, culminando en los siete primeros meses de 1869 con la insurrección de Chalco, en el Estado de México. En esa región, la burguesía no conseguirá apagar el incendio revolucionario hasta mucho más tarde.

⁵ Jean-Jacques Gandini, *Aux sources de la révolution chinoise les anarchistes* (1986). Ver también el libro de Jacques Elisée Reclus, *La révolte des Taïpings* (1972).

- En Creta, comenzará un movimiento de lucha social en 1866.

- En Japón, «los movimientos de rebelión campesina serán numerosos entre 1868 y 1877. Según algunos historiadores de Japón, se cuentan hasta 190, mientras que hubo 600 durante los dos siglos y medio anteriores»⁶.

- En Estados Unidos, en 1877, numerosas huelgas insurreccionales tuvieron lugar en las principales ciudades.

- En Bosnia-Herzegovina, y más generalmente en todos los Balcanes, entre 1875 y 1878 sucedieron una serie ininterrumpida de levantamientos proletarios contra los explotadores de diferentes nacionalidades.

- En España, a lo largo del año 1873 estallaron levantamientos, huelgas e insurrecciones. En particular, el 12 de julio dará comienzo la gran insurrección de Cartagena, que será finalmente derrotada el 13 de enero de 1874. Veteranos de la Comuna de París en el exilio formarán parte de esta *Comuna* olvidada.

- Italia se verá sacudida en 1874 por importantes revueltas y motines contra la miseria y el hambre.

⁶ Robert Camoin, *El movimiento socialista en Extremo Oriente*.

Con esta sintética enumeración de luchas que hemos realizado no pretendemos establecer una lista exhaustiva de todos los motines, las barricadas, las insurrecciones y las organizaciones..., porque retomar el rastro de un movimiento y sacar a la luz los enfrentamientos de clase implica no sólo una complicada labor de búsqueda, en la medida en que la mayoría de las veces esos rastros han sido borrados, sino que además conlleva toda una batalla contra la falsificación sistemáticamente organizada para destruir la memoria de esas luchas.

Lo que nos importa es la calidad, la fuerza, de esas oleadas de lucha que fueron todas dirigidas contra el mundo burgués, de esas tentativas para imponer las necesidades proletarias que al fracasar dieron paso a un estado de explotación más intenso, más generalizado y a un reforzamiento del Estado como medio de control, de represión y de destrucción de todas las comunidades de resistencia y de lucha proletaria.

A pesar de que esas luchas quedaron parcialmente aisladas y les faltó claridad, pese a que no afirmaron una voluntad firme para romper el aislamiento, eran luchas dirigidas contra el mismo enemigo: el capital. Afirieron su esencia común: la misma necesidad humana de acabar con el mundo del dinero, del trabajo y de las guerras, de la explotación del

hombre por el hombre, de la propiedad. Son diversas expresiones de un mismo ser mundial: el proletariado. ¿Cómo explicar entonces su aislamiento, la falta de afirmación de esa unicidad existente?⁷ Esa pregunta tan crucial sigue pesando en la actualidad. Aún hoy el gran problema de las luchas del proletariado es el aislamiento, la dificultad para reconocerse en las luchas llevadas a cabo en otras latitudes, de romper y desbordar la barrera de las lenguas, de las distancias, de historias e identidades particulares, del localismo.

No es extraño que la burguesía tenga tanto interés en presentar todas esas luchas como diferentes, surgidas por múltiples causas y sin una esencia común. Es así como la burguesía nos habla de revuel-

⁷ Esa incapacidad de reconocerse en la lucha de los proletarios del otro lado del mundo posee un ejemplo brutal en la insurrección kanake de 1878. Fueron los mismos proletarios que combatieron en Francia contra la burguesía, quienes una vez deportados a Nueva Caledonia participaron en la represión de aquella revuelta. Ver sobre este tema la tesis de Mathieu Plantet-Lanez, *Communards, Argelinos y kanaks, la mirada de los deportados sobre la colonización*, en la que muestra que la «preocupación» de los *communards* es querer integrar a los kanaks en una política de asimilación «dentro de la gran familia blanca» a través del «amor al trabajo» [sic!]. Hay que resaltar, sin embargo, una notable excepción a ese delirio civilizador, la de Louise Michelle, quien se opuso a la represión.

tas «estudiantiles» y «obreras» en Rusia, «cantonalistas» en España, «campesinas» en Italia, «nacionalistas» en Irlanda, etc. Está obligada, por encima de todo, a presentar esas luchas en el cuadro aclasista de la nación y de la defensa nacional. Efectivamente, la mayoría de esas luchas, entre ellas la *Comuna de París*, fueron analizadas por toda la historiografía burguesa como luchas de «liberación nacional». La clase dominante tiene un interés evidente en ocultar todo aquello que en esos movimientos exprese la comunidad de lucha proletaria, todo lo que se manifieste contra su dominación de clase, calificándolos de movimientos franceses, alemanes, rusos, chinos, mexicanos..., para afirmar únicamente la existencia de movimientos de movilización nacional donde se diluyen todas las clases para hacer frente a un enemigo «invasor». La burguesía trata de esa manera de destruir lo que es una guerra «clase contra clase», transformándola en guerra interburguesa. En nombre del patriotismo, de la liberación de un territorio, destruye la eclosión revolucionaria y conduce al proletariado a perderse en una lucha que ya no le pertenece.

En contraposición con esa maniobra destructora de la burguesía, nosotros pondremos por delante el carácter fundamentalmente internacionalista de la lucha que se desarrolló principalmente en París en

1871, a pesar de las dificultades que tuvo el proletariado de desembarazarse de la influencia nacional.

Percibir si en los años 1860-1870, además de la afirmación intrínseca del internacionalismo que expresaron todas esas luchas a lo largo del mundo, existieron algunos lazos organizados entre esos diferentes focos, entre los diferentes militantes revolucionarios a nivel internacional, no es tarea fácil. Es evidente que no hubo interacción directa entre las luchas de los Taïpings y las de Europa, pero no fue ése el caso de la *Revolución francesa*, como hemos remarcado más arriba. Sin embargo, podemos decir que las interacciones aparecen con evidencia en otros casos y que, a pesar de todo, hubo algunos intentos de dar un salto cualitativo a esa coincidencia en el tiempo de todas las luchas, y a la necesidad de coordinarlas y de clarificar sus objetivos.

La fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) en 1864 representa un paso importante en la organización del proletariado mundial. En línea con la creación de la Liga de los Comunistas en 1847, con la asociación internacional (de 1855 a 1859), la constitución de la AIT responde a ese renacer internacional de las luchas, una cuestión de una importancia histórica innegable. Es efectivamente en ese cuadro, polo de reagrupamiento de militantes de todos los horizontes, lugar de centrali-

zación de las luchas de numerosos países, en el que tendrán lugar debates y polémicas muy enriquecedoras de los que saldrá la afirmación aún más categórica del programa de emancipación del género humano, dotando a su vez de más fuerza a todas las luchas, de manera que podemos afirmar que la lucha en un lugar determinado se vivía como parte de un todo, de ese «ejército» internacional del proletariado en lucha abierta contra la burguesía.

El ejemplo de un levantamiento desconocido no hace más que apuntalar nuestra afirmación. ¿Quién sabe que desde 1865 hubo lazos entre la AIT, con base en Europa en ese momento, y proletarios de la Martinica? ¿Quién sabe también que un movimiento insurreccional en el sur de la isla empezó en el momento en que se conoció la proclamación de la república del 4 de septiembre de 1870 (el 22 de septiembre) y en el que es muy probable que participaran esos militantes? En cuanto se expandió la noticia cesó el trabajo, y ante la amenaza de algunos propietarios de las plantaciones de coger las armas, el odio contra ellos se expresó con fuerza y fue el comienzo de una revuelta generalizada. Los proletarios pensaron que había llegado el momento de poner fuertemente en cuestión las relaciones de explotación con los propietarios de las plantaciones. Se prendió fuego tanto a las instalaciones y a las fá-

bricas de caña de azúcar como a las instalaciones administrativas. De ese modo se quemaron cuarenta plantaciones durante tres noches seguidas. Ese movimiento fue aplastado; aquellos proletarios creyeron ingenuamente que la llegada a la metrópolis de una nueva forma del Estado burgués, los apoyaría en su lucha contra los explotadores. No se organizaron para llevar una lucha a largo plazo, lo que facilitó las incursiones represivas. Hubo un centenar de asesinados. Podemos decir que «la insurrección y la masacre fue un adelanto en miniatura de la Comuna en las Antillas»⁸.

De igual forma, unos meses más tarde comenzará en la Cabilia un movimiento insurreccional el 15 de marzo de 1871, que se extenderá por toda Argelia y del que, como en el caso de Martinica, se sabe muy poco. Esa lucha será brutalmente reprimida por el ejército francés e, ironía sangrienta de la historia, las tropas que reprimieron a los proletarios en París fueron usadas también para reprimir al proletariado insurrecto en Argelia: «Para acabar con aquel admirable levantamiento necesitarían nueve meses de intensos esfuerzos, 86.000 hombres de las tropas

⁸ Marcelo Segall, *En América Latina, desarrollo del movimiento obrero y proscripción*, artículo publicado en la *Revista Internacional de Historia Social*, volumen XVII.

regulares (¡las mismas que acababan de aplastar París!)...»⁹.

Preliminares terminológicos. ¿Qué es la Comuna?

Antes de adentrarnos en nuestro análisis del movimiento de lucha del proletariado en 1870-1871, periodo tras periodo, con el objetivo de seguir lo más cerca posible el desarrollo de la lucha de las dos clases y sus fases principales, queremos exponer lo que entendemos por *Comuna*, ver lo que este término comprende e implica realmente.

En París, el término *Comuna* concentra en él todas las rebeliones y luchas contra el Estado llevadas por generaciones de proletarios a lo largo de los siglos. En las épocas de crisis siempre «el pueblo de París gritó: 'Comuna'»¹⁰. Esa palabra reaparece con fuerza con la Comuna insurreccional del 10 de agosto de 1792, la cual, después de haberse afirmado durante meses, será prohibida y aplastada por la Convención y liquidada el 9 de *Termidor*. El término vuelve a resurgir justo después del 4 de septiembre de 1870 y se convertirá en el grito de guerra de los proletarios que se sublevaron contra todas las fuer-

⁹ J. Péra, *La Révolution Proletarienne* n°52. Marzo de 1928.

¹⁰ Edmon Lepelletier, *Histoire de la Commune*, 1911.

zas burguesas de forma cada vez más clara. El 8 de octubre de 1870, la palabra *Comuna* aparece abiertamente en una manifestación contra el gobierno de Defensa Nacional. El proletariado reivindica «¡Paso al pueblo!, ¡paso a la Comuna!», términos recogidos en el cartel rojo, pegado en París el 6 de enero de 1871¹¹.

Para nosotros, hay diferentes contenidos que se solapan y contraponen bajo el vocablo de la Comuna: esencialmente la Comuna, como levantamiento revolucionario del proletariado, y la Comuna, como gobierno de París. La historiografía burguesa no pondrá en evidencia esos dos contenidos, porque sería poner en evidencia el enfrentamiento de clases que estaba en juego. La confusión de esos dos contenidos es eminentemente nefasta para la comprensión del movimiento social que agitó Francia en 1870-1871, y nosotros nos esforzaremos por comenzar este análisis aportando algunas aclaraciones terminológicas (políticas) que deberían permitir desvelar las ambigüedades que acarrea una referencia indiferenciada a la Comuna.

Desde 1882, el periódico *Le Révolté* afirmaba sin ambigüedad que «la Comuna [...] fue gubernamental y burguesa»:

¹¹ Este cartel lo reproducimos en la página 99.

«Cómo pueden las masas luchar por un orden de cosas que deja al pueblo en la miseria y respeta la propiedad burguesa [...] que, en plena revolución, permitió que hubiera en París patrones y obreros [...]»¹².

Algunos años más tarde, en 1898, Elisée Reclus acabará distinguiendo la obra burguesa del gobierno de la Comuna de lo que a ojos de los proletarios representaba el término Comuna:

«En todos los sitios la palabra 'Comuna' fue entendida en su sentido más amplio relacionada con una nueva humanidad, formada por compañeros libres, iguales, que ignoraban las antiguas fronteras, con ayuda mutua y en paz de un lado a otro del mundo»¹³.

Un balance político de la Comuna pasa necesariamente por esas aclaraciones, por esa lucha contra la historiografía oficial, contra los académicos del pensamiento burgués que, apoyándose en su propio cuadro de lectura de los acontecimientos y ayudándose de su propia terminología, aspiran hoy como ayer a proteger la organización de la sociedad de la que dependen. Cuando identifican los decretos re-

¹² *Le Révolté*, número del 18 de marzo de 1882. Reproducimos dicho artículo en los apéndices.

¹³ Testimonio publicado en la *Revue Blanche*, fechado en 1898. Consultar el apéndice en el que lo reproducimos.

formistas, burgueses, producidos por el gobierno de la Comuna, con los asaltos que los *communards* llevaron a cabo –de modo confuso pero real– contra el Estado capitalista, la burguesía no hace más que proyectar hoy, en los libros de historia, la misma preocupación política que la animaba ya en 1871 frente a los proletarios en armas: canalizar el movimiento revolucionario en París hacia el campo de la lucha por más república, más democracia, es decir, más Estado.

Por consiguiente, a lo largo del texto utilizaremos la siguiente terminología:

Usaremos la *Comuna*, sin más o añadiendo el adjetivo «revolucionaria», cuando nos estemos refiriendo al movimiento revolucionario en París.

Hablaremos del *gobierno de la Comuna*, cuando hagamos referencia a la reorganización del Estado bajo la forma republicana y a la defensa de sus pilares: la propiedad privada, el trabajo y el dinero.

La Comuna revolucionaria tiene un potencial evocador innegable para el proletariado. Hablar de la Comuna para hablar del levantamiento proletario en París es como hablar de la *Revolución rusa* para la insurrección de octubre de 1917 en Petrogrado. La fuerza con la que el proletariado trató de afirmar sus necesidades, su proyecto comunista, fue de tal

magnitud en ciertos momentos que marcó para las generaciones futuras la fecha y el lugar de sus tentativas insurreccionales. *La Comuna, 1917, El Cordobazo, mayo del 68...*, son otros atajos terminológicos que jalonan la lucha del proletariado y con los que se identifica.

Sin embargo, cuando hablamos del gobierno de la Comuna, estamos hablando de la facultad del capitalismo de destruir el partido del proletariado¹⁴, y remarcamos la capacidad de la burguesía para mantener en vida su Estado, confiscando para destruirlas la mayoría de las iniciativas y de las directrices tomadas en la lucha por el proletariado revolucionario. Diferenciando el gobierno de la Comuna del movimiento revolucionario señalamos con el dedo la fuerza de recuperación de la burguesía, subrayamos la potencia de adaptación del Estado capitalista, capaz de cooptar elementos de nuestra clase para hacer creíbles sus decisiones, capaz de desactivar el movimiento revolucionario legalizándolo, y transformar el asalto social en un enfrentamiento puramente militar, transformando la guerra de clases, proletariado

¹⁴ Como exponemos en el apartado «Notas sobre la AIT, los blanquistas y otros militantes», que incluimos dentro del capítulo de conclusión de este texto, el uso de esta terminología no tiene nada que ver con la concepción clásica, formal, de la gran familia socialdemócrata.

contra burguesía, en una guerra burguesa frente contra frente, París contra Versalles.

Retomando una de las lecciones esenciales que Marx extrae de todo ese periodo revolucionario:

«Constato [...] que la próxima tentativa de la revolución en Francia tendrá que consistir no ya en hacer pasar la máquina burocrática y militar de unas manos a otras, como ha sucedido hasta ahora, sino en destruirla»¹⁵.

En consecuencia, para nosotros no se trata de distinguir entre las «buenas» o las «malas» medidas tomadas por el gobierno de la Comuna, sino de comprender su esencia misma como fuerza de atomización de la potencia proletaria, y más particularmente de la dirección que nuestra clase buscaba darse. Pese a sus rupturas anteriores, la participación a diferentes niveles de ciertos militantes proletarios en el aparato del Estado comunal parisino (gobierno, comisiones ejecutivas...) otorga una apariencia revolucionaria a ese gobierno. Esta cuestión, lejos de constituir una prueba de fuerza de dicho gobierno, refleja la confusión que dominaba entre los elementos de vanguardia, la falta de determinación en el seno del proletariado. Confundir los múltiples esfuerzos producidos por los *communards* por dotarse

¹⁵ Carta de Marx a Kugelmann, fechada el 12 abril de 1871.

de una dirección revolucionaria con el sujeto capitalista que no cesó de representar el gobierno de la Comuna es una enorme concesión a la historia burguesa de la Comuna.

I
LA REVOLUCIÓN EN CURSO





1.1. Antecedentes al 4 septiembre de 1870

«En ciertas épocas, normalmente precursoras de grandes eventos históricos y de grandes triunfos de la humanidad, todo parece avanzar con paso acelerado, se respira potencia: las inteligencias, los corazones, las voluntades, todo va al unísono, todo parece caminar hacia la conquista de nuevos horizontes. Entonces, se establece en toda la sociedad como una corriente eléctrica que une a individuos con sentimientos alejados y con las inteligencias más dispares en un mismo pensamiento, imprimiendo a todos la misma voluntad»¹⁶.

El auge del proletariado en Francia en las cercanías de la fundación de la AIT en 1864 y los años siguientes se expresa de diferentes formas. En especial desde 1868, las huelgas se multiplican y se radicalizan principalmente en las regiones de Rouen, Roubaix, Lyon, Clermont-Ferrand, Mulhouse, París..., y experimentan en 1870 el promedio más fuerte del siglo XIX. Aunque la burguesía responde a esas luchas con el envío del ejército y su masacre, como en Ricamarie (15 muertos en junio de 1869) o en Aubin (17 muertos en octubre), hay que anotar que,

¹⁶ M. Bakunin, *Carta a un francés. Consecuencias del triunfo prusiano para el socialismo*, fechada el 26 de agosto de 1870 y publicada en septiembre de 1870.

por otro lado, en ciertos centros industriales se realizan concesiones aumentando los sueldos y disminuyendo el tiempo de trabajo. El proletariado gana así en fuerza y unión.

Esa unión creciente va a expresarse por el fortalecimiento de grupos de vanguardia que, de experiencia en experiencia, se radicalizan, rompen con aspectos particulares del proudhonismo¹⁷ y acrecientan su influencia. En la primavera del año 1870 se crean cuatro grandes federaciones de la AIT –parisina, ruanesa, marsellesa y lyonesa– fruto de los esfuerzos organizativos de militantes conocidos como Varlin, Bastelica, Aubry, Richard, Malon... y de otros tantos anónimos.

Esa unión creciente es un hecho internacional. Los proletarios tienen los ojos puestos en las luchas que se desarrollan en diversos países como Inglaterra, Suiza, Francia, Italia... Expresan su solidaridad

¹⁷ El proudhonismo significaba entre otras cuestiones la defensa de la propiedad individual, una gran desconfianza hacia las huelgas y la defensa de la mujer en el hogar: «... No queremos que abandone [su hogar] por una asamblea política o por participar en un club [...]». ¡Mientras que en ese mismo momento mujeres como N. Lemel, E. Dimitriev o L. Michel están en la vanguardia! Ver la «Memoria de los delegados franceses de la federación de la AIT en el congreso de Ginebra en 1866», citado en el compendio de documentos sobre la AIT por el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales.

a través del apoyo en dinero contante y sonante, haciéndose eco a través de la propaganda en los artículos publicados en los periódicos... Perciben y reconocen las luchas de los proletarios de otros países como las suyas. Retomando la fórmula de César de Paepe: «La Internacional [...] tiene como fin agrupar en un solo rostro todas las fuerzas del proletariado»¹⁸. ¡El internacionalismo proletario tiende a constituirse en fuerza organizada!

También surgen otros polos de reagrupamiento del proletariado, como las federaciones locales de las cámaras sindicales obreras¹⁹ y los restaurantes cooperativos, como los llamados *Marmite* que instauran Varlin y Nathalie Le Mel, verdaderos nidos subversivos en los que la propaganda revolucionaria funciona a toda máquina. En esa rápida enumeración hay que señalar la formación de la organización blanquista en 1865, constituida por jóvenes militan-

¹⁸ César de Paepe, *Entre Marx y Bakunin*, carta a Hermann Jung.

¹⁹ Bajo esta denominación que puede llevar a confusión, se desarrollaba parte del asociacionismo proletario que evidentemente no se corresponde con el sindicalismo. En ese siglo por todas partes bajo él término de sindicato se estructuraban muchas expresiones proletarias. Con el paso del tiempo se fue delimitando de forma cada vez más clara (incluso en el seno de muchas de esas organizaciones) la contraposición entre sindicalismo y asociacionismo proletario, es decir entre negociación y ruptura, entre delegación y acción directa, entre reforma y revolución.

tes agrupados en torno a Blanqui, que jugará en ese momento un papel importante en las luchas y que volveremos a encontrar, muy a menudo en la vanguardia, en los meses venideros.

Otros indicios indican que el proletariado tiende a constituirse en fuerza autónoma. Las reuniones públicas en París, autorizadas a partir de junio de 1868, devienen rápidamente en otros tantos espacios revolucionarios. Durante dos años, tuvieron lugar más de mil reuniones²⁰ permitiendo la discusión, la circulación de informaciones, la acción de solidaridad, así como la preparación de motines o tentativas insurreccionales como las del 12 al 15 de mayo de 1869, las del 7 al 9 de febrero de 1870 (por iniciativa de Flourens²¹) y las del 8 al 11 de mayo de 1870. La efervescencia social asciende por todo París y

²⁰ Algunas tardes podía haber hasta 20.000 participantes en esas reuniones repartidas en varias salas, en varios distritos. En los momentos más fuertes había miles de personas que se agolpaban en las entradas de las salas sin poder entrar.

²¹ Militante «sin partido» que participa activamente en las reuniones públicas gracias a sus dotes de orador. En particular destaca en ocasión de la detención de H. Rochefort, el 7 febrero de 1870, llamando a la insurrección armada después de haber declarado: «¡Abajo el gobierno, revolución permanente!». Cientos de proletarios le siguen y se ponen a levantar las primeras barricadas. Volveremos a encontrar a ese militante en los meses siguientes, siempre muy enérgico y en la punta del combate.

particularmente en ciertos barrios. Los barrios rojos son entonces Belleville, Montmartre, la Villette y Ménilmontant, bastión de la vanguardia, que impone el ritmo y la fuerza de los enfrentamientos contra el Estado.

De ese modo, tras años de paz social, los motines y las barricadas en el corazón de París resurgen. Veremos en esos momentos forjarse la interacción entre las reuniones públicas, «en las que la palabra revolución es pronunciada en todas partes»²² y la calle, en la que los proletarios, a veces en armas, se enfrentan a la policía. La cita que sigue arroja luz sobre el grado de enfrentamiento y de determinación del proletariado:

«A las diez, un viento de insurrección sopla sobre la capital: en los barrios del este se moviliza un grupo armado con barras de hierro; en varios lugares de París se intentan levantar barricadas, los 20.000 manifestantes de los bulevares devienen sediciosos, y es atacada la armería Lefaucheux. Grupos de amotinados se muestran decididamente ofensivos a pesar de las cargas de caballería. Hay numerosas deten-

²² Alain Dalotel, A. Faure y J. C. Freiermuth, *Aux origines de la Commune, le mouvement des réunions publiques à Paris 1868-1870*.

ciones, pero el pueblo conserva el control de la calle».²³

Lo que ocurre es sencillo: huelgas, asociaciones proletarias, revueltas, incipientes barricadas... anuncian la tempestad proletaria que va abatirse sobre la burguesía en los meses siguientes. El Imperio ya no es capaz de garantizar la paz social, de mantener a raya a un proletariado que va fortaleciéndose y tomando conciencia.

Declaración de guerra

Tomando como pretexto ridículas razones diplomáticas, que les vienen bien a los dos protagonistas, la declaración de guerra del 19 de julio de 1870, del Estado francés a Alemania, es la respuesta de la sociedad burguesa preocupada por su propia supervivencia, por su paz social, por poner a raya a sus explotados, para poner fin a ese importante ascenso del proletariado. El Estado, en Alemania igual que en Francia, tiene interés en la guerra.

En Alemania, asistimos también a un desarrollo de las luchas. Un movimiento de huelgas, de protesta, de asociacionismo obrero, se desarrolla desde 1868 y se amplifica en la primavera de 1869. El Reichstag vota en mayo de 1869 la ley por «el dere-

²³ *Ibíd.*

cho de coalición y de huelga», apoyándose sobre la socialdemocracia para canalizar ese movimiento. Ese cuadro legal, el encuadramiento socialdemócrata y la represión, no impidieron que estallaran las huelgas, a veces durísimas, como las de los mecánicos de Hanovre en noviembre de 1869 y la de los mineros de Waldenburg, en Silesia, durante el invierno 1869-1870. Esto nos lleva a afirmar que el Estado en Alemania, igual que en Francia, tiene interés en la guerra.

En Francia ni la represión directa ni las diversas concesiones ni los procesos llevados contra la AIT para romper su estructura orgánica, su potencia y su creciente influencia, son suficientes para mantener la paz social. La guerra se presenta como el último recurso para romper la imparable oleada de luchas. La unidad nacional, aquel sueño de la concordia burguesa, quiere convertirse en realidad: oponer al activo proletario el pueblo francés unido alrededor de los valores tradicionales del trabajo, la familia y la patria.

Esta unión sagrada funciona al principio porque el proletariado no puede impedir el despliegue militar y la marcha de sus hermanos de clase hacia el campo de batalla; sin embargo, al mismo tiempo, esa unión sagrada se muestra incapaz de concretar la armonía entre las clases y disolver al proletariado en

el magma populista. El proletariado no se deja embarrar en el lodo del nacionalismo y sigue su lucha más o menos como si nada hubiera ocurrido:

«La guerra imperial parece no conllevar ningún sobresalto patriótico obrero. Nada de tregua social: continúan las huelgas empezadas antes de la guerra; el *Rappel* en julio y agosto de 1870 sigue dando noticias de coaliciones y del movimiento corporativo. Es así como en el número del 4 de agosto encontramos informaciones sobre la nueva huelga de los pintores y escayolistas de Saint-Chamond, de la de los metalúrgicos de Viena que continúa; los canteros han organizado una sociedad de resistencia, los tipógrafos de Marsella, una mutualidad; en Rouen, 800 mecánicos discutieron un proyecto de federación de oficio y preconizan 'la huelga productiva como medio para llegar a la emancipación del proletariado'. Todo ocurre como si los trabajadores no se sintieran concernidos por esta guerra»²⁴.

En París, de forma aún más activa, los militantes de la Internacional lanzan un *Llamamiento a los trabajadores de todos los países* el 12 de julio y organizan manifestaciones en el transcurso de las cuales «son abordados por una multitud furiosa que los

²⁴ Michelle Perrot, *Les ouvriers en grève*. 1974.

abucea». Se trata del mismo tipo de «muchedumbre» imbécil como la organizada por el Estado en 1914 para excitar a la locura chovinista mientras el proletariado trataba de demorar su paso para responder a la llamada de la patria. Es una realidad que la burguesía francesa, bajo la máscara del Imperio, intenta forzar al proletariado a aceptar su guerra mientras que...

«En julio de 1870 los prefectos mismos, a pesar de sus relaciones complacientes y serviles con el gobierno, se ven obligados a señalar que en 71 departamentos (sobre 87) la masa de la población estaba contra la guerra»²⁵.

Tenemos que señalar también que en julio, tanto en Alemania como en Austria, militantes de la Internacional son encarcelados por haber participado en las constantes manifestaciones contra la guerra. Esa actitud internacionalista, a pesar de contener ciertas expresiones pacifistas, se mantendrá a lo largo de todo el conflicto. Como Marx escribe el 16 de enero de 1871:

«A diario, mítines de trabajadores alemanes en favor de una paz honorable con Francia son dispersados por la policía»²⁶.

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ Carta de Marx al *Daily News*.

Apenas tres semanas después de haber empezado la guerra, tanto en París como en el resto de Francia, el proletariado manifiesta violentamente su rechazo a la unión sagrada:

- 6 de agosto: el proletariado saquea la Bolsa de París.

«La Bolsa es saqueada por el pueblo enfurecido y, en su residencia de la plaza Vendôme, Emile Ollivier tiene que hacer frente a una concentración hostil [...]. Al día siguiente, 7 de agosto una enorme muchedumbre grita: '¡A las Armas! ¡Destitución del Emperador! ¡República!'. La policía se ve impotente para disolverlos y cargan los coraceros»²⁷.

- 7 de agosto: manifestaciones y enfrentamientos con la policía en París y en la mayor parte de las capitales de provincia como Lyon, Marsella, Toulouse, así como en varios departamentos como el Indre, la Ariège, etc, etc. La burguesía reacciona proclamando el estado de emergencia en París y en una serie de departamentos.

- 9 de agosto: miles de proletarios invaden las calles y rodean el Palacio Borbón, en el que tiene lugar la Asamblea Nacional. La burguesía empieza a tener

²⁷ Maurice Choury, *Les origines de la Commune - Paris livré*. 1960.

miedo y todas sus fracciones aturcidas hacen bloque contra esa oleada. Esa necesidad de mantener el orden explica que la izquierda burguesa rechace por el momento la proclamación de la República, a pesar de la presión de la calle. La otra razón esgrimida por la izquierda es que cree aún que el ejército francés puede ganar a Prusia y no quiere «una revolución en este momento», porque sería culpable de la derrota del ejército. Al día siguiente, el 10 de agosto, numerosos contingentes de tropas de primera línea y de gendarmería (¡40.000 soldados que en condiciones normales tendrían que haber marchado al frente!) protegen al Cuerpo Legislativo y la policía procede a efectuar numerosas detenciones.

- 14 de agosto: la presión es tal que los blanquistas intentan un levantamiento en la Villette. Intento malogrado de impulsar a los habitantes de los suburbios hacia el motín. Como consecuencia de esta tentativa fracasada, algunos dirigentes son encarcelados y/o condenados a muerte, como Eudes y Brideau, que serán liberados en la jornada del 4 de septiembre, otros se sumergen en la clandestinidad a la espera de un momento más propicio.

Aunque esas acciones proletarias están contaminadas por el despecho patriótico, suscitado por el anuncio de las primeras derrotas del ejército francés, es innegable que la burguesía comienza a tener mie-

do. Además de la presencia de 40.000 soldados encargados de mantener el orden, se desencadena una oleada de represión y una campaña de terror, bajo el pretexto, claro está, de la lucha contra los agentes provocadores a sueldo de Prusia. Arthur Arnould escribe:

«En las concentraciones, nadie se atrevía a hablar con su vecino, y si alguien alzaba la voz para hacer oír su protesta, los ciudadanos que lo rodeaban lo miraban con desconfianza, creyendo estar en presencia de un provocador. París veía policías por todos los lados, y esa visión, esa pesadilla, lo aturdía, lo hacía incapaz de cualquier acción común»²⁸.

El 12 de agosto, la burguesía arma 60 batallones de la Guardia Nacional. Su perspectiva por ahora es «armar a los burgueses, con exclusión de los proletarios, y sobre todo a los militares veteranos, para tener fuerza suficiente para oponerse a las revueltas de un proletariado enfurecido por el alejamiento de las tropas [...]»²⁹. Por consiguiente, esos batallones estarán compuestos, en un primer momento, por elementos «seguros» de los barrios burgueses.

²⁸ *Historia popular y parlamentaria de la Comuna de París*. 1873.

²⁹ M. Bakunin, *op. cit.*

Esa Guardia Nacional tiene su origen en el *Comité Permanente del Hôtel de Ville* que reagrupaba 48.000 hombres en la víspera de la toma de la Bastilla en 1789. Ese comité organizado por la burguesía se creó directamente contra el proletariado que empezaba a armarse, a atacar las prisiones y a apropiarse de depósitos de harina. La Guardia Nacional tomará ese nombre definitivo diez días después del ametrallamiento del 17 de julio de 1791 en el Campo de Marte. Ya en esa época, como también en 1848, la lucha de clases se encargará de delimitar en el seno de ese organismo burgués a quienes la miseria subleva contra el orden establecido de los que quieren perpetuarlo. Pero, al hacerlo, se abre una terrible caja de Pandora.

El 8 de agosto de 1870, el gobernador del departamento del Jura informa que: «Quieren formarse cuerpos voluntarios de francotiradores o guardias nacionales. Por todos lados se reclaman armas. Arden de emoción». Jules Simon escribió que «sobre todo estábamos preocupados por París [...], porque París entero se levantaba cada día pidiendo armas y amenazaba con tomarlas, si no se las daban...»³⁰. Eso explica que apenas un mes más tarde, el 6 de

³⁰ Jeloubovskaïa, *La chute du second Empire et la naissance de la 3ème République en France*.

septiembre, la burguesía se verá de nuevo forzada a armar 60 nuevos batallones «moderados» que, pese a todo, no serán provistos más que con viejos fusiles, mientras que los regimientos reclutados en los barrios altos serán equipados con nuevos fusiles Chassepots, más eficientes, que habían hecho «maravillas» en la huelga de la Ricamarie. Un par de semanas después tendrá lugar la creación de 254 batallones de la Guardia Nacional, la mayoría de los cuales estarán presentes en los barrios obreros. En total había 300.000 guardias nacionales (de una población de unos dos millones de habitantes). Será así como la organización y el armamento de la Guardia Nacional se convierte en un peligro para la burguesía, pues conlleva el armamento de proletarios estacionados en sus barrios. Además, son los propios guardias nacionales quienes eligen a sus jefes. Esos proletarios en uniforme elegirán rápidamente a jefes cuyo discurso y práctica antigubernamental estaban más en conformidad con su creciente descontento.

Durante el agitado mes de agosto, todas las fracciones de la burguesía, imperiales y republicanas se sienten temerosas del brutal despertar de su enemigo histórico. La guerra, al contrario de lo que se proponían, no ha logrado calmarlo, sino todo lo contrario. Frente a la subversión, frente al peligro proletario, la derrota del ejército francés se presenta como la tabla

de salvación tanto para la fracción imperial como para la republicana. La primera porque, tras sus fracasos, sólo el ejército alemán puede someter a los «rojos»; la segunda porque, además de la cuestión del peligro proletario, la victoria del ejército imperial los alejaría de los beneficios que le ofrecía la caída del Imperio. Más tarde asistiremos a un escenario clásico de toda burguesía cuando entra en peligro: la derrota del ejército francés está organizada deliberadamente por la burguesía. Bakunin resume muy bien esta práctica:

«Y más vale, pensarán, más vale una Francia deshonrada, empequeñecida, sometida momentáneamente, bajo la insolente voluntad de los prusianos, pero con esperanza certera de volver a levantarse, que una Francia aniquilada para siempre, como Estado, por la revolución social»³¹.

La organización de esta derrota pasa por la desorganización, escondiendo los víveres (mientras que en Metz los habitantes se mueren de hambre), las municiones, el material, por el inmovilismo (el ejército encerrado en Metz podría haberse librado de la trampa), etc.

³¹ M. Bakunin, *op. cit.*

Muy pocos militantes fueron capaces de percibir semejante táctica consciente de la burguesía. Louise Michel en su obra *La comuna de París* cita algunos telegramas secretos que en julio claman desesperadamente por municiones, raciones, equipo en general, etc. Rossel, futuro carnicero del gobierno de la Comuna, afirmará, en febrero de 1871, en relación a esta «negligencia»:

«Las operaciones militares se presentaron constantemente desafortunadas e ineptas; los planes siempre fueron viciosos y los jefes, incapaces»³².

La versión oficial se detiene en la incompetencia y la negligencia. Pero este argumento no se sostiene. La combatividad del ejército francés estaba fuera de toda duda. El 16 de agosto ganó la batalla de Gravelotte-Rezonville, pero Bazaine se niega a seguir su impulso y se repliega en Metz bajo el pretexto de falta de municiones... que es una grosera mentira. Citemos las afirmaciones que realiza un conocido general de la burguesía:

«No perseguir la victoria de Gravelotte fue un acto tan contrario a los principios de la guerra

³²Louise Michel, *La comuna de París*. 1898. LaMalatesta editorial.

que es imposible que no hubiera en la determinación del mariscal una causa política»³³.

Henri Guillemin describe varias batallas ganadas gracias a la determinación, incluso al furor de los soldados franceses, y disecciona la práctica de Bazaine y otros. Una cita suya será suficiente para resumir esta posición, haciéndose eco de Bakunin:

«... en el fondo, en la actual situación interna y ante el abismo de la República, el único ejército del orden que existe con poder para proteger la sociedad —es vergonzoso, pero totalmente cierto— es el ejército alemán»³⁴.

Mientras que la burguesía tiene clara la amenaza que pesa sobre su existencia, el proletariado no es consciente de su propio potencial revolucionario. Pese a que su práctica y su accionar amenazan con desestabilizar al Estado, el delirio patriótico le atrapa, oscureciendo la perspectiva de una lucha sin compromiso contra todas las fracciones burguesas. No en vano, un personaje como J. Favre ha podido decir:

«La población parisina no pudo ser domada más que exaltando y manteniendo, como única

³³ General Ambert, *Histoire de la guerre de 1870-1871*, citado por Henri Guillemin.

³⁴ Henri Guillemin, *Cette curieuse guerre de 70*. 1956.

garantía del orden, el delirio patriótico que la animaba»³⁵.

Esa fracción republicana sabrá manejar, con mucha habilidad, esa enorme debilidad para cortar de raíz cualquier tentativa proletaria de afirmarse en su terreno de clase ¡en ruptura con toda esa politiquería! Por el momento, la única perspectiva que se plantea es la guerra de defensa nacional, es decir, la defensa del Estado.

En cuanto a la AIT, a través de su Consejo General, y en este caso Marx, se coloca sobre un terreno burgués. *La primera directriz del consejo general de la AIT* del 23 de julio justifica una guerra defensiva del lado de la burguesía alemana y se enreda en consideraciones vacuas sobre el hecho de que es una guerra «dinástica» que opone la Francia «bonapartista» a la Alemania de los «júnkers». Esta directiva se sitúa en el terreno de la nación agresora y/o agredida, lo que lleva en última instancia a tener que elegir el campo de un Estado contra el otro, la elección entre tal o cual fracción burguesa, imperial o republicana. Sin embargo, esa guerra, como todas las guerras burguesas, es siempre contra el proletariado.

³⁵ Investigación parlamentaria sobre la insurrección del 18 de marzo. 1872.

Por el momento, la derrota militar francesa acentuará la falta de credibilidad y el odio hacia el Imperio, que tiene que ceder el lugar a otra fracción de la burguesía, la republicana.

1.2. El 4 de septiembre de 1870

El 2 de septiembre, gran parte del ejército francés (incluido Bonaparte) es hecho prisionero en Sedan. Esa derrota militar, sinónimo de miles de muertos y heridos, empujará al proletariado a pasar a la acción, a pesar de la represión incesante³⁶, el control policial³⁷ y las privaciones que se intensifican. ¡Se trataba de abatir el moribundo y odiado Imperio, así como sus pilares: la explotación, la miseria y la guerra! El 3 de septiembre, con el anuncio de la derrota, el proletariado se subleva al grito de «¡Abdicación! ¡Viva la República!». «De Belleville, de Ménilmontant, de Montmartre, los obreros descendían en numerosas columnas»³⁸. Pero este grito confuso, que expresa los motivos de su cólera y la dirección a dar a su impulso, se deja seducir fácilmente por el veneno nacionalista.

Los militantes blanquistas serán quienes consigan dar una dirección a ese estallido proletario, sobre todo porque antes de que se tomaran las calles,

³⁶ A finales de agosto se aprueba un decreto que será debidamente aplicado: «Todo individuo desprovisto de medios de existencia, cuya presencia en París constituyera un peligro para el orden público..., será expulsado de la capital».

³⁷ El gobierno traslada de las provincias a París 100.000 guardas móviles fieles al Imperio.

³⁸ Arthur Ranc, *Souvenirs, correspondance 1831-1908*.

ellos habían intensificado su propaganda revolucionaria con vistas a preparar una manifestación el día 4. Su fuerza consiste en poder dirigir toda esa energía y darle un objetivo preciso: el Cuerpo Legislativo, el Palacio Borbón, lugar de reunión de toda la chusma parlamentaria. Esta vez, a diferencia del 14 de agosto, actúan en mayor ósmosis con la energía y la determinación que se desprende del proletariado en acción, y de ese modo se sitúan de forma natural a la cabeza del movimiento. Incluso habiendo militantes de la AIT, como Chatelain, ex combatiente de 1848, son los militantes blanquistas como Granger, Pilhes, Ranvier, Peyrouton, Trohel, Levraud, Balsenq..., los que se colocan al frente. «En global, representan unos centenares de hombres resueltos y disciplinados, apoyados por más o menos doscientos estudiantes y obreros que junto a ellos, se habían acostumbrado a llevar los últimos combates contra el Imperio»³⁹.

Estos militantes formaron dos grupos: uno para forzar las puertas de las prisiones de Sainte-Pélagie y del Cherche-Midi con el objetivo de liberar a los compañeros encerrados; otro para ir al Palacio Borbón, derrocar al Imperio y proclamar la República a

³⁹ Dommanget, *Blanqui, la guerre de 1870-1871 y la Commune*. 1947.

través de Granger. Será así como el 4 de septiembre un movimiento insurreccional conduce a los proletarios a atacar el Cuerpo Legislativo (el Palacio Borbón). Lo asaltan y destituyen a los ministros. Allí se encuentran a proletarios armados, con el uniforme de la Guardia Nacional, otros proletarios igual de determinados llegados de los suburbios, así como numerosos moderados, que apoyan a los diputados de la izquierda republicana y que sólo quieren un cambio del personal que está a la cabeza del Estado. Por el momento, los cordones de policía y de tropas no opondrán una seria resistencia ante la fuerza del proletariado. Pero la escoria de los diputados de izquierda no se quedará con los brazos cruzados. No puede aceptar que la República sea proclamada en el Palacio Borbón, pues consideran que corren el riesgo de tener que repartirse el poder con los blanquistas. Mientras el proletariado asalta el Parlamento, el cretino republicano Jules Favre exclama:

«Os lo suplico, nada de jornada sangrienta. No forcéis a los bravos soldados franceses a apuntar sus armas contra vosotros. Sólo están armados contra el extranjero, estemos todos unidos en un mismo pensamiento de patriotismo y democracia [...]. ¿La República? No es aquí don-

de tenemos que proclamarla, es en el Hôtel de Ville»⁴⁰.

Lo contrario era activar peligrosamente el recuerdo del 15 de mayo de 1848, cuando el proletariado, por voz de los blanquistas, afirmó con claridad la lucha contra la burguesía. Para aquel experto en tretas y demás juegos sucios que fue Favre, había que imponer como objetivo el *Hôtel de Ville* para proclamar la República. En efecto, en el *Hôtel de Ville* fueron proclamados los gobiernos provisionales de 1830 y 1848, que tuvieron en común su capacidad para controlar al proletariado decidido a ir siempre más allá. Los diputados republicanos, de los que formaba parte Favre, y que a principios de 1870 se habían escamoteado ante la demanda del proletariado de derrocar al Imperio, asumen esta vez de manera oportunista su rol de fracción de recambio de la burguesía. Se proclama así la república y un nuevo gobierno asume el recambio, el llamado gobierno de Defensa Nacional. En cuanto a los militantes blanquistas, llenos todavía de ingenuidad, poco familiarizados con las maniobras burguesas, pierden la iniciativa del movimiento.

⁴⁰ Jeloubovskaïa, *La caída del segundo Imperio...* Ver también *La Investigación parlamentaria sobre los actos del gobierno y de la defensa nacional*.

Límites de la lucha en la jornada del 4 de septiembre

El politicismo es la debilidad esencial del proletariado desde la *Revolución francesa* de 1789. Parte de una admiración estúpida hacia ella, reduciendo la fuerza de un movimiento insurreccional del proletariado, que en su práctica tiende a poner en cuestión la totalidad del mundo burgués, a la toma del poder político por sus presuntos representantes y a la implantación de un conjunto de reformas que no tocan en absoluto las bases de la sociedad capitalista, más bien al contrario: nacionalizaciones, desarrollo de las fuerzas productivas, reformas agrarias... Esa ideología se basa en una falsa concepción del Estado: éste es visto como un aparato neutral que las diferentes clases pueden utilizar en el sentido que quieran. Cuando en realidad el Estado no es otra cosa que la organización en fuerza de la ¡dictadura del capital! El discurso politicista es el siguiente: ¡obremos, habéis tomado las armas para derrocar al gobierno, dejad ahora a vuestros representantes gestionar la sociedad de un nuevo modo! El proletariado deja así que le arrebaten los medios y fines de su lucha.

De esa forma, los burgueses alcanzan su objetivo: romper el movimiento que podía tornarse violentamente contra ellos en el Palacio Borbón.

Dirigida hacia ese lugar simbólico que es el *Hôtel de Ville*, toda la fuerza y el potencial revolucionario se diluye y se pierde. La debilidad de los militantes blanquistas, que se dejaron engañar vilmente, expresa la falta de ruptura del proletariado respecto a ese mito que es la *Revolución francesa*. Por consiguiente, ellos mismos contribuirán a canalizar y encerrar ese movimiento insurreccional en los límites del orden burgués, dando vigor a una de las formas del politicismo, el republicanismo.

Se cree así que la proclamación de la República garantizaría un cambio hacia un mundo mejor. Casi todos los motines, luchas, insurrecciones... desarrollados en Francia desde 1789 fueron acometidos en nombre de «la República». El 4 de septiembre, el proletariado vuelve a caer una vez más en la trampa republicana que, por otra parte, estaba muy bien definida por Gambetta:

«La forma republicana únicamente permite una armónica conciliación entre las justas aspiraciones de los trabajadores y el respeto de los derechos sagrados de la propiedad»⁴¹.

El único problema de esta historia es que el «respeto de los derechos sagrados de la propiedad» significa siempre más explotación mediante el trabajo,

⁴¹ Gambetta, carta del 20 de agosto de 1870.

más guerra, más desposesión, más miseria. Ese ideal republicano (parlamento, elecciones...) se prolongará a lo largo del siglo xx y actúa aún hoy como una terrible y paralizante losa ideológica frente a la lucha proletaria.

El politicismo se traduce en la trágica indecisión de los insurgentes que confían en los «representantes del pueblo» la continuidad de su acción. Desnaturalizando ellos mismos lo que habían iniciado, es decir, sabotear la asamblea parlamentaria, los proletarios son nuevamente víctimas de esa ficción representativa, electoralista, respetuosa del principio parlamentario. El mito de una representación «más justa» vuelve a golpearle. El proletariado coloca su cabeza sobre la guillotina al dejarse gobernar por republicanos del calibre de Trochu que vociferaban a finales de agosto:

«Todo lo que pueda hacer para evitar una revolución, lo haré».

Los militantes a la vanguardia de la lucha, absorbidos por esa deriva politicista, jugarán la farsa del *cornudo histórico*, depositando a los pies de nuestros enemigos la victoria que el proletariado había conquistado en la calle ¡con las armas en la mano!

Esta falta de ruptura con el democratismo se encontrará en cada una de las embestidas del movi-

miento del proletariado en París de 1870-1871 hasta mayo de 1871.

Al mismo tiempo que todo esto se desarrolla en París, es importante anotar, pese a que en esta obra no podemos profundizar en ello, que la fuerza del proletariado se expresa también en las provincias (Lyon, Marsella, Grenoble):

«Hubo en el otoño de 1870 una primera oleada revolucionaria en la que París no jugó el rol principal. La Comuna tuvo una primera existencia en provincias, en Marsella y Lyon, entre otros, en septiembre. Se vio iniciar en el sur y el sur-oeste ligas que ya reunían las características esenciales de lo que será la Comuna de París. Si la guerra estaba entonces en el primer plano de sus preocupaciones, se trataba de una guerra revolucionaria»⁴².

Lo trágico es que en ese momento no hubo esfuerzos de coordinación y centralización entre esos diferentes focos revolucionarios. Cada uno se quedó encerrado dentro de sus límites geográficos, reforzando así las debilidades del movimiento, en particular el chovinismo, sobre todo en París, que ahogará momentáneamente ese movimiento insu-

⁴² Arthur Lehning, artículo aparecido en la *Revista Internacional de Historia Social*, volumen XVII.

Proletarios Internacionalistas

reccional, desviándolo y falsificando sus raíces profundas tal y como veremos más adelante.



1.3. Desde el 4 de septiembre al 31 de octubre de 1870

Tras la jornada del 4 de septiembre, la burguesía retoma la iniciativa. La proclamación de la República y del nuevo gobierno de Defensa Nacional supone un alto en la dinámica insurreccional del proletariado. La contradicción entre el proletariado y el pueblo francés no tiene otra solución que la revolución o la victoria de Francia. Pero todavía tendrán que darse muchos muertos y sufrimientos antes de que el polo revolucionario se desmarque por fin, con mucha más fuerza y nitidez, del pantano populista y nacionalista que la burguesía siempre mantiene para ahogarnos en él.

La proclamación de la República pondrá freno al movimiento por un periodo de casi dos meses. Pasado este tiempo, las privaciones y el terror empujarán al proletariado a sobrepasar parcialmente sus ilusiones republicanas. Sin embargo, el veneno inicial del nacionalismo, que «es sin duda el sentimiento más potente que el capitalismo puede despertar y levantar contra la revolución»⁴³, persistirá hasta mayo de 1871.

⁴³ Anton Pannekoek, *Au sujet du parti communiste*. 1936

Entre septiembre y octubre de 1870, el problema que se le presenta a la República es el siguiente: cómo conservar/reconstruir un ejército capaz de disparar sobre los «rojos», sobre la «chusma». En ese sentido, el jefe del ejército francés, Bazaine, negocia en secreto con Bismarck la rendición del ejército del Rin sitiado en Metz... «para ordenar a las tropas un giro, sustituyendo la defensa del territorio por la protección del orden social»⁴⁴. Pero, por otro lado, la fracción de izquierda de la República, bajo el impulso de Gambetta y bajo la misma preocupación de luchar contra la revolución, va a organizar la «guerra sin cuartel» utilizando un gran número de proletarios prisioneros de la basura ideológica patrioterá.

Así, la burguesía consigue imponer una división aparente: por un lado una fracción quiere una victoria prusiana para aplastar a los «rojos»; por otro, los verdaderos «patriotas» quieren «una guerra sin cuartel» para imponer un régimen republicano.

La trampa nacionalista, lejos de estar acabada, retoma vigor con ese nuevo gobierno denominado precisamente de Defensa Nacional, aureolado, esta vez, por el calificativo mágico de republicano. El nacionalismo se expresará también rápidamente en una de sus múltiples variantes: la «traición» del go-

⁴⁴ Henri Guillemin, *op. cit.*

bierno de Defensa Nacional. Esa «traición», que ponemos entre comillas porque sabemos que no es más que fidelidad al programa burgués de destrucción del proletariado, se expresará con el envío masivo de proletarios al frente, en unas condiciones que no cabe duda sobre el resultado de los combates: la derrota del ejército y la masacre de los proletarios. La burguesía no se equivocará mandando a primera línea a una gran parte de los proletarios más combativos, como ya lo hiciera en septiembre de 1792 para vaciar París de sus elementos revolucionarios, para luchar contra la reacción monárquica o, tal como hará más tarde en España, en 1936, con el frente de Aragón, para vaciar Barcelona de una gran parte del proletariado insurrecto. Qué fidelidad programática de la contrarrevolución, imperial o republicana, más allá de sus rivalidades: ¡hacer matar el mayor número de proletarios para ahogar la revuelta! Pero en ese «juego» peligroso al que se ve forzada a entrar la burguesía arriesga mucho. La transformación del proletariado en pueblo francés no se consumará completamente y el ejército alemán, que también es el enemigo de la revolución, será identificado cada vez más con el gobierno de Defensa Nacional.

Sin embargo, a partir del 4 de septiembre la locura nacionalista se apodera del proletariado: «La caída del Imperio transforma el sentido de la guerra:

ayer Prusia tenía ante ella un ejército; hoy tiene ante ella a un pueblo»⁴⁵. Se llega a tal extremo que los diferentes grupos proletarios rompen con dos de los ejes fundamentales del programa revolucionario: independencia de clase e internacionalismo. Esos grupos se colocan sobre el mismo terreno aclasista que las fuerzas de encuadramiento burguesas que intentan designar a los «alemanes» como únicos enemigos. En contraposición a todo ello el movimiento revolucionario irá definiendo inexorablemente (con la miseria como acicate) sus enemigos reales: republicanos, monárquicos... franceses o alemanes.

Práctica nacionalista, chovinista, de los diferentes grupos y militantes proletarios

Blanqui, en su nuevo órgano *La Patria en peligro* (¡todo un programa!), que se publicará desde el 7 de septiembre al 8 de diciembre de 1870, contribuirá a imponer (a pesar de la resistencia de ciertos militantes) en el proletariado la terrible confusión entre lucha social y lucha nacional:

«En presencia del enemigo ya no hay partidos ni matices; el gobierno del 4 de septiembre representa el pensamiento republicano y el pensamiento nacional».

⁴⁵ Michelle Perrot, *op. cit.*

El delirio patriótico se lleva por delante el instinto de clase de Blanqui, disuelve las perspectivas socialistas que se había fijado y lo lleva al racismo más bajo:

«... en esta tierra en la que se debate la cuestión del progreso o del inmovilismo, de la dignidad o del servilismo humano, de la raza latina o de la raza germánica».

Es innegable que la práctica de Blanqui y de los militantes blanquistas en septiembre de 1870 contribuyó a debilitar y desorganizar al proletariado. Sintiendo los seguidores de los revolucionarios del siglo precedente, que desgraciadamente identifican con los hebertistas⁴⁶, los militantes blanquistas, como aquéllos, no entendieron la función contrarrevolucionaria del patriotismo. Uno de sus límites, y no el menor, consistió en encerrar la lucha en el cuadro nacional, impuesto por el orden capitalista, y raramente intentaron situar la cuestión en el plano

⁴⁶ La corriente hebertista de los años 1793-1795 es una fuerza contrarrevolucionaria que busca situar la lucha del proletariado en el terreno de la reforma. Daniel Guérin en su obra *Bourgeois et Bras-nus* analiza muy bien la práctica de esa fracción burguesa que desvía el odio de clase hacia la inofensiva descristianización, al mismo tiempo que envía a los proletarios más combativos, como los *enragés*, a la guillotina. En relación con los *enragés* se puede leer el libro de Claude Gillon, *Deux Enragés de la révolution*.

internacional. Otra cita de *La patria en peligro* (de septiembre de 1870) ilustra la posición de los blanquistas:

«No olvidéis que mañana combatiremos, no por un gobierno, por ideas de casta o de partido, incluso tampoco por el honor, los principios, las ideas, sino por lo que es la vida, la respiración para todos, por lo que constituye el ser humano en su más noble manifestación, por la patria».

En cuanto a la AIT, a través del Consejo Federal Parisino, apoya al gobierno de Defensa Nacional. Las federaciones francesas de la AIT piden a Gambetta que organice la defensa; las secciones extranjeras lo aprueban. El chovinismo⁴⁷ (justificado para tener credibilidad ante el pueblo y preludio al populismo que hará estragos hasta mayo de 1871) de la federación parisina se expresa ya en esa época:

«La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus ejércitos... Por voz de 38 millones de seres humanos, animados por el mismo sentimiento patriótico y revolucionario...».

⁴⁷ J. Rougerie comenta en *1871 - Jalons pour une histoire de la Commune de Paris*: «En 1870-1871, el militante de la AIT es ante todo un 'patriota'». 1972.

Son principalmente los militantes de la AIT y de las cámaras sindicales quienes estarán en el origen de la constitución de los 20 comités republicanos de vigilancia y de defensa. En su primera reunión, celebrada el 5 de septiembre por la tarde, se decide por unanimidad que «esos comités se pondrán a disposición del gobierno provisional para ejecutar medidas de orden, y le prestarán su más decidido apoyo para la defensa de la capital»⁴⁸. Tal práctica nacionalista, a pesar de las buenas intenciones de sus protagonistas que también querían propagar las reivindicaciones obreras, sólo puede llevar a la negación de la lucha del proletariado contra el Estado. Toda su energía se consagra enteramente a la defensa de esos comités en detrimento de la reorganización de las secciones de la AIT.

Para el Consejo General de Londres, el apoyo a la República, pese a que se presente crítico, se impone. Marx escribe en su *segunda directriz del Consejo General de la AIT* (escrito entre el 6 y el 9 de septiembre):

«Toda tentativa de derrocar al nuevo gobierno, cuando el enemigo está casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses tienen que cumplir con su deber

⁴⁸ Jean Dautry y Lucien Scheler, *Le Comité Central republicain des vingt arrondissements de Paris*. 1960.

de ciudadanos; pero al mismo tiempo no deben verse arrastrados por los recuerdos nacionales del Primer Imperio [...]. Que aprovechen con calma y resolución su libertad republicana para proceder metódicamente a su propia organización de clase».

Auguste Serrailier, enviado del Consejo General de Londres, declara en el pleno del 16 de septiembre del Comité de Vigilancia:

«Es increíble pensar que algunos pueden ser internacionales durante seis años, abolir las fronteras durante seis años, no concebir más a alguien como extranjero, y llegar a ese extremo sólo para conservar una popularidad ficticia, de la que tarde o temprano serán sus víctimas [...]. Pero saben como yo que engañan al pueblo halagándolo, sienten que cavan un abismo bajo ellos y, digo más, tienen miedo de confesarse abiertamente internacionales, y, ante semejante estupidez, resulta que ¡no encuentran nada mejor que parodiar la revolución de 1793!»⁴⁹.

Es trágico constatar que todos esos militantes contribuyeron a quebrar el impulso insurreccional

⁴⁹ Citado por Marx en una carta a César de Paepe, fechada el 14 de septiembre de 1870. Como vemos, A. Serrailier no estaba en una contradicción, ya que era delegado del Consejo General para oponerse a toda tentativa de levantamiento, de ruptura, de insurrección.

del 3 y 4 de septiembre, siendo incapaces de comprender la fuerza proletaria y revolucionaria que aquél contenía. Como dijimos más arriba, es importante recordar que toda la carga explosiva del proletariado es en primer lugar la expresión de su odio visceral hacia la burguesía y su guerra. El veneno nacionalista viene después a suplantar esa reacción de clase y hace que el proletariado se encuentre luchando al lado de la burguesía. No obstante, más tarde el proletariado romperá con todo esto y luchará con mayor claridad en su terreno de clase. Pero antes pasará por la cruel experiencia de su alianza con la burguesía.

A partir del mes de octubre de 1870

El asedio de París lleva a la penuria total. El desprecio evidente del gobierno por las condiciones de vida de los proletarios los empujará a romper con esa unión nacional. En el seno de los Comités de Vigilancia, que en principio se organizan para una mejor defensa patriótica, se va a ir afirmando poco a poco una expresión de clase, principalmente en los barrios proletarios como Belleville, Montmartre y la Villette, que ya tienen una larga tradición de lucha. Sin llegar a una delimitación franca y nítida con el nacionalismo, tomarán distancias con el *Comité*

Central Republicano (que coordina la actividad de los Comités de Vigilancia), enredado en la defensa de la patria.

Tras el 4 de septiembre, los proletarios descenderán más de una vez de sus barrios para exigir al gobierno una mejor defensa de la patria, siendo rechazados en cada ocasión. Así, los días 15 de septiembre y 8 de octubre, los Comités de Vigilancia criticarán con carteles las indecisiones del gobierno de Defensa Nacional. Incluso el 8 de octubre, en la manifestación organizada por el *Comité Central Republicano*, es reivindicada por primera vez y abiertamente la Comuna. Será precisamente a partir del mes de octubre cuando el proletariado empiece a salir de su letargo.

Lleno de contradicciones, es lanzado a luchar contra todo lo que la sociedad burguesa le ha enseñado, pero influido inevitablemente por esa «educación». Se trata, como hemos visto, del nacionalismo, del politicismo, del parlamentarismo..., trampas burguesas en las que la fuerza del proletariado es engullida momentáneamente. Pero la situación de represión, de miseria, de hambre y de frío que llega con el invierno empuja al proletariado a avanzar.

A través de una multitud de organizaciones y de lugares de encuentro, la fuerza proletaria va saliendo

a la superficie. La situación es tan explosiva, los hechos se desarrollan tan rápidamente, que no sólo los Comités de Vigilancia se radicalizan, sino que también emergen una serie de organizaciones como los clubes, que tienden a desmarcarse del apoyo, incluso del apoyo crítico, al gobierno provisional.

Si bien los Comités de Vigilancia son bastante conocidos, la existencia de clubes proletarios lo son menos. Esos clubes surgen directamente del hilo de las reuniones públicas autorizadas desde 1868. En esos diferentes clubes, como el *Club democrático de Batignoles*, el *Club de la Revolución democrática y social*, el *Club de los Montañeses*, etc., los proletarios debaten todos los problemas inherentes al proceso revolucionario. Se denunciaba en particular a los especuladores de alimentos de primera necesidad, el Monte de Piedad, así como «el inmovilismo» del gobierno de Defensa Nacional. A menudo era lanzada la necesidad de la Comuna. Esos clubes se radicalizarán al mismo tiempo que los Comités de Vigilancia y numerosos proletarios combativos se reencontrarán allí, aportando sus quejas, sus rencores, sus odios. ¡Los clubes serán el lugar donde la contestación se perpetuará a lo largo de los diferentes gobiernos!

Muchas veces en el transcurso de ese mes, batallones de guardias nacionales llegados de los barrios

rojos, y encabezados por Flourens, Sapia, Duval, se dirigen al *Hôtel de Ville* para exigir una serie de reivindicaciones, tales como salidas masivas contra el ejército alemán, fusiles, elecciones municipales, requisamiento y racionamiento de las subsistencias. En cada ocasión, el gobierno desecha a esas delegaciones con arrogancia y desprecio. No es extraño que bajo esas condiciones vaya madurando la idea de un levantamiento.

El 27 de octubre, el ejército francés capitula en Metz. Corren los rumores de la capitulación. La noticia llega a París el 31, día que se materializa el levantamiento.

Ese día una muchedumbre proletaria, regimientos de la Guardia Nacional ganados para la revolución encabezados por militantes blanquistas, así como francotiradores, entre los cuales se encuentran los famosos *Tiradores de Belleville* dirigidos por Flourens, asaltan el *Hôtel de Ville*. El gobierno es hecho prisionero. Pero ese levantamiento se derrumba al instante. Los militantes que desde hace semanas trataban de organizar la creciente fuerza del movimiento demuestran una inconsecuencia terrible. Una vez dueños del lugar, comienzan a dudar, liberan a los ministros y les hacen prometer que dimitirán y cederán su lugar a una Comuna libremente elegida. Todo sin percatarse de que, mientras se de-

sarrolla ese espectáculo, las fuerzas de la contrarrevolución se reorganizan y les rodean. Mientras que revolucionarios y republicanos de izquierda ergotizan, los Móviles Bretones (tropas de élite) toman el lugar, los apuntan con las armas, los detienen y los encarcelan.

El gobierno de Defensa Nacional consolidará el entierro de este sobresalto proletario organizando un plebiscito⁵⁰ el 3 de noviembre del que saldrá una mayoría de «sí» a su favor. A su estela, organizará elecciones municipales el 5 y 7 de noviembre que, a pesar de las promesas de amnistía, son acompañadas de nuevas detenciones. Será así como la burguesía promoverá el parlamentarismo. Pero lo trágico de la historia es que el conjunto de militantes revolucionarios participarán en todo este circo electoral, reforzando la ilusión de que la lucha tiene que desarrollarse en el plano del derecho, mientras que es en el terreno de la fuerza donde hay que organizarse. Sin embargo, en el transcurso de esas elecciones, que globalmente significaron un apoyo masivo al gobierno de Defensa Nacional, los proletarios de los barrios «rojos» se abstuvieron en masa⁵¹, mientras que los militantes de la AIT y los blanquistas se

⁵⁰ La pregunta era: «¿Quiere la población mantener, sí o no, los poderes del gobierno de Defensa Nacional?».

⁵¹ Hubo 321.000 «sí», 84.000 «no» y 200.000 abstenciones.

presentaron todos (al menos que sepamos), avalando una práctica que debilitó al proletariado. Esos militantes aún no habían adquirido una práctica de contraposición total a todo gobierno burgués, sea cual sea la máscara usada, y contribuyeron de ese modo a expandir el veneno de la mistificación democrática.

Tras el 31 de octubre se intensificará la represión y se atravesará un breve periodo de reflujos que tras un mes dejará paso a una intensificación y clarificación en el pulso entre el gobierno de Defensa Nacional y los proletarios. Una vez más, la burguesía se verá forzada a contraponer una comedia que se corresponda con la presión proletaria. La burguesía, a través de sus representantes más extremistas, intensificará su propaganda por una «mejor defensa nacional». Pero la nueva fracción burguesa, nacida el 4 de septiembre, ya había mostrado su verdadero rostro y para una parte creciente de proletarios ya no era creíble. El antagonismo de clase se hará entonces más claro. Las nieblas que oscurecían la conciencia del proletariado, impidiéndole captar en lo más profundo de su ser esa oposición fundamental, empezarán a disiparse. Tras el fracaso del 31 de octubre, un proceso de radicalización y autonomización comienza a materializarse, a afirmarse aquí y allá en diversas expresiones concretas.

Claro que esas rupturas no se desarrollarán sin obstáculos. El peso de la ideología burguesa, ya sea a través del patriotismo, el republicanismo, los grandes recuerdos de la Revolución francesa, serán «una pesada carga sobre el cerebro de los vivos»⁵². De cualquier modo, esas debilidades no conseguirán dominar por completo la situación y todo ese muro contrarrevolucionario se llenará de grietas que se irán ampliando bajo los golpes del proletariado que busca afirmar sus necesidades.

En este periodo, la consigna «Viva la Comuna» se escucha cada vez con más fuerza. Ese grito, que el proletariado lanza a los burgueses y que les asusta tanto por las reminiscencias del movimiento de lucha proletaria de 1789 a 1797, como por su aroma a motines y venganza, ese grito lanzado por los *partageux*⁵³, por los que no temen a la propiedad común de los medios de vida, los que tienden pues al comunismo... Sin embargo, ese mismo grito concentrará también la muerte del movimiento a manos de la ideología comunalista que los políticos proudhonistas, republicanos y otros demócratas se esforzarán en promover, ayudados en su labor por la misma base histórica de 1793 que contiene ese grito, donde

⁵² Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. 1852.

⁵³ Partidarios de la comunidad de bienes.

la desorientación del proletariado lo llevó a los campos de batalla de una guerra patriótica contraria a sus intereses de clase.

Toda la tragedia de la canalización de nuestra lucha se encuentra en esa contradicción. Los políticos salivaban ya sobre la organización administrativa de base que ansiaban gestionar, mientras que los proletarios gritaban su voluntad de acabar con la miseria. Esa desnaturalización de la consigna comunista «¡Viva la Comuna!» por parte de los reformistas puede ser sintetizada en: «¡Viva el comunalismo!», es decir, viva el socialismo en una sola ciudad, el federalismo, el municipalismo, la gestión de pequeñas unidades de capital, la explotación del proletariado sometido y ahogado en el pueblo...

1.4. Del 31 de octubre de 1870 al 22 de enero de 1871

Pasado el 31 de octubre y hasta finales de diciembre, el movimiento revolucionario y sus vanguardias padecen la represión y se repliegan. El desgaste de la fracción republicana no se ha consumido aún. El proletariado todavía se encuentra ampliamente dominado por la fuerza del nacionalismo y no se opone radicalmente al gobierno de Defensa Nacional.

Contrariamente al proletariado que, al llamar a la defensa de París, no sabe ya quién es su enemigo, la República tiene claro su objetivo: la masacre de los proletarios mediante la guerra, el confinamiento de los militantes revolucionarios en París, puestos bajo fuerte vigilancia, y la política de hambruna del gobierno de Thiers. Como subraya Marx:

«Trochu consideraba mucho más importante mantener a los rojos en París bajo control, con la ayuda de sus guardias bretones (que le prestaban el mismo tipo de servicios que los corsos a Luis Bonaparte), que combatir a los prusianos. Ése es el verdadero secreto de las derrotas padecidas tanto en París como en Francia, en todos los lugares en los que la burguesía, de

acuerdo con la mayoría de las autoridades locales, ha aplicado el mismo principio»⁵⁴.

París estaba prácticamente rodeado por el ejército alemán. Pretendiendo romper ese estado de sitio, el gobierno de Defensa Nacional organiza entonces la masacre:

- La salida de Champigny (28/11-2/12) es detenida en plena ofensiva. El general Ducrot solicita un alto el fuego de veinticuatro horas «para recoger a los muertos». El ejército alemán aprovecha para reforzarse (30.000 hombres más). Luego el frío hace su aparición (-10 C°). Los soldados del ejército francés pasan las veinticuatro horas sin tiendas ni mantas, lo que incrementa las muertes por el frío. El ejército alemán ataca: desbandada y matanza.

- La salida de Stains (21/12) fue llevada con desgana, sin plan, y se efectuó después de que las tropas se hubieran desplegado, a pleno día, durante dos días. En el momento en el que Ducrot lanza las tropas, la artillería, que debía apoyar los ataques, deja de golpe de disparar. Se sucede una nueva carnicería.

- El 19 de enero, la salida de Buzenval será percibida como algo sanguinario por los proletarios, como un envío organizado hacia la muerte. La co-

⁵⁴ K. Marx, carta a Kugelmann del 4 de diciembre de 1870.

mandancia emplea el doble de hombres de los que se necesitarían: 90.000 hombres en un frente de seis kilómetros. Además, no hay oficiales para guiar las columnas, ninguna artillería... Según Ducrot: «La opinión pública no estará satisfecha mientras no haya 10.000 guardias nacionales abatidos»⁵⁵. Habrá 3.000 muertos y heridos. Los que vuelven gritan exasperados «¡Viva la paz!», que, en ese contexto, significa «¡Abajo la guerra!». ¡Esos proletarios ya caminan hacia la revuelta!

La cita siguiente ilustra claramente la posición de la burguesía:

«Poco a poco entraba en el espíritu de los jefes este pensamiento cruel y, sin embargo, lógico de que ese mundo turbulento [la guardia] no se mantendría tranquilo hasta haberse hecho matar un poco, y que para curar a París de su fiebre era necesario sustraerle algunas pintas de sangre...»⁵⁶.

Los proletarios morirán en masa a causa de esas salidas criminales, no sólo atrapados entre dos fuegos, sino principalmente por el frío, de enfermedades (neumonía, bronquitis, viruela, tifus, etc.) y... ¡de hambre! Se trataba efectivamente, de modo sis-

⁵⁵ *Investigación parlamentaria sobre la insurrección del 18 de marzo*, T. III.

⁵⁶ Conde de Hérisson, *Journal d'un officier d'ordonnance*.

temático, de hambrear a los proletarios con los racionamientos y el requisamiento. Numerosos militantes lo denunciaron. Arthur Arnould testimonia:

«Después del 18 de marzo [...] se encontraron enormes cantidades de harina, trigo, patatas, arroz, salazones, etc., como para mantener a toda la población parisina... Todas esas provisiones, a pesar del descuido del gobierno de Defensa Nacional, que había dejado pudrirse una gran parte, sobraron para el mantenimiento de la Guardia Nacional federada durante los dos meses que duró la Comuna»⁵⁷.

Y Flourens da en el clavo:

«Sin embargo, M. Ferry no requisaba para distribuir a medida de las necesidades, sino para almacenarlo y hacer que se pierda. Las patatas que encuentra las deja pudrirse en los sótanos y después las tira. El queso requisado deja que lo devoren las ratas»⁵⁸.

Como en todas las guerras burguesas, el racionamiento y las requisas tienen como fin aterrorizar al proletariado y debilitarlo con interminables colas para obtener pan, carne y madera. Contrariamente a Arnould, que habla de descuido, nosotros hablamos de política deliberada de la burguesía.

⁵⁷ Arthur Arnould, *op. cit.*

⁵⁸ Flourens, *París livré*. 1871.

En noviembre, con la aparición del hambre en París, el calvario de los proletarios no hace más que comenzar⁵⁹. Muchas veces había que elegir entre calentarse o comer... ratas, ¡cuando no eran demasiado caras! Pero el hambre, el frío, la intensificación de los combates contra los prusianos, los bombardeos, la desconfianza hacia ese gobierno, que crudamente deja cada vez más claro que su objetivo no es organizar la defensa de París, empujan al proletariado a retomar la iniciativa. Esto se expresará en diferentes niveles de estructuración de su acción:

- Intensa agitación revolucionaria en la Guardia Nacional, cuya descomposición se intensifica: el centro de gravedad de numerosos regimientos de la

⁵⁹ Lissagaray, en *Historia de la Comuna de 1871*, describe esta situación: «El hambre azotaba más duro a cada hora. La carne de caballo se convertía en una delicadeza. Se devoraba a los perros, los gatos y las ratas. Las amas de casa, con un frío de -17°C, o en el barro del deshielo, buscaban durante horas una miserable ración. Por pan, una masa negra que retorció las entrañas. Los niños morían sobre los pechos agotados de sus madres». Maurice Choury, en su *París entregado*, escribe: «La gente se nutre de tripas de caballo y de trozos de arroz. El gato desapareció. El 10 de noviembre en el mercado estaba a 5 francos la pieza, y el 8 de enero, a 12. Mientras los precios siguen asequibles, la gente se aprovisiona de ratas en el mercado de alrededores del *Hôtel de Ville* (30 a 35 céntimos la pieza el 9 de noviembre). ¡El día de Año Nuevo el cuervo llegaba hasta 2 francos con cincuenta!».

Guardia Nacional se desplaza, pasando de la óptica de la lucha prioritaria contra los «prusianos del exterior» a la de la lucha contra los «prusianos del interior», para retomar la fórmula de Bakunin⁶⁰ que se adelantará a lo que otros revolucionarios formularán con mayor claridad algunos decenios más tarde: «El enemigo está en tu país, es tu propia burguesía». Lo cual no quiere decir que desaparezca el veneno nacionalista, sino que el cuestionamiento se radicaliza.

- Creación de batallones de francotiradores en el seno de los cuales la cuestión social toma cada vez una importancia mayor en detrimento de la cuestión nacional.

- Asaltos de algunas armerías en el transcurso de enero.

En el seno de los clubes revolucionarios, las preocupaciones evolucionan así:

- En septiembre y octubre: reivindicaciones confusas de destituir al gobierno de Defensa Nacional y suspensión de las elecciones.

⁶⁰ Bakunin escribe en *Carta a un francés*, de 1870: «Antes de marchar contra el enemigo, hay que destruir el que está detrás [...]. Hay que derribar a los prusianos del interior para poder marchar luego, con confianza, contra los prusianos del exterior».

- En noviembre: recriminaciones incesantes contra la carestía de la vida y el racionamiento establecido: denuncia de los acaparadores.

- En diciembre: tendencia cada vez más clara a efectuar las reuniones en secreto; denuncia de que se conduce a la hambruna al proletariado y a la masacre a los guardias nacionales; exigencia de la gratuidad de los alquileres.

- A finales de diciembre en el Club Blanqui (después de haberse dado varios casos de muerte por frío y hambre): justificación de robos de leña y saqueo de alimentos.

- A partir de principios de enero: en lugar de reclamar la resistencia contra el ejército alemán, los proletarios comienzan a reclamar con fuerza la Comuna... Se reconoce de forma cada vez más clara que el enemigo está en su propio país; denuncia violenta de los especuladores, acaparadores, beneficiados por la guerra, de los que quieren «traicionar» (es decir, capitular) después de haberse llenado bien los bolsillos:

«Mientras tuvieron comestibles para vender a diez veces el precio que les había costado, estaban por 'la resistencia sin paliativos'; ahora los que han vendido todo y no tienen ya con que

hacer beneficios, empiezan a hablar de capitulación»⁶¹.

En París, el paro es total. De nuevo corren rumores de armisticio.

En cuanto a la actividad en el seno de los Comités de Vigilancia de los 20 distritos⁶² notamos la siguiente evolución:

- Actividad intensa en otoño, focos de discusión, recriminaciones contra el gobierno de la miseria y organización paralela cada vez más volcada en la lucha.

- Es en el seno de esos Comités de Distrito, y de su comité central, el Comité Central de los 20 Distritos, del que desde finales del mes de noviembre desertan los militantes de la AIT, desde donde van a actuar los blanquistas, utilizando la cobertura de la Liga de Defensa, organización armada medio secreta, particularmente vigorosa en el 13º, 14º y 20º distrito. Desde ese momento se conspira para imponer la Comuna.

⁶¹ Extraído del cronista liberal del *Journal des débats*, G. de Molinari, *Les Clubs Rouges pendant le siège de Paris*. Marzo de 1871, complemento de los artículos de Molinari, publicados entre septiembre de 1870 y febrero de 1871.

⁶² Ver M. Cordillot, *Varlin, Chronique d'un espoir assassiné*. 1991.

Queremos detenernos un momento en una tentativa conspirativa/insurreccional muy silenciada, cuando no negada. Sin embargo, ésta es esencial en este proceso de ruptura y en la voluntad militante de imponer otra dirección. Conocemos el cartel rojo del 6 de enero de 1871 escrito por Vallés, Rigault, Tridon..., en nombre de los Comités de los 20 Distrito, y pegado por todo París, llamando a destituir a la «banda de Judas» (es así como en los suburbios se conoce al gobierno).

Cartel rojo del 6 de enero de 1871

AL PUEBLO DE PARÍS

Los delegados de los 20 distritos de París.

¿Ha llevado a cabo la misión de la que el gobierno de Defensa Nacional se encargó el 4 de septiembre? ¡No!

¡Somos 500.000 combatientes y 200.000 prusianos nos cercan! ¿De quién es la responsabilidad sino de aquellos que nos gobiernan? No pensaron más que en negociar en vez de fundir cañones y fabricar armas.

Se negaron al levantamiento en masa.

Dejaron en su lugar a los bonapartistas y encarcelaron a los republicanos.

La mañana del 31 de octubre, tras dos meses, se decidieron por fin a actuar contra los prusianos. Pero su lentitud, su indecisión, su inercia, nos han conducido al borde del abismo:

No han sabido ni administrar ni combatir, mientras tenían en su mano todos los recursos, la comida y los hombres; no han sabido entender que, en una ciudad sitiada, todo el que sostiene la lucha para salvar la patria tiene el mismo derecho a recibir de ella la subsistencia; no han sabido prever nada: allí donde podría haber abundancia, han dejado miseria; morimos de frío, ya casi de hambre: las mujeres sufren, los niños languidecen y sucumben. La dirección militar es más deplorable aun: salidas sin objetivo; luchas mortíferas sin resultados; fracasos repetidos que podían descorazonar a los más valientes; París bombardeado. El gobierno da su medida; nos mata. La salvaguarda de París exige una decisión rápida. El gobierno no responde más que por la amenaza a los reproches de la opinión pública. Declara que mantendrá el ORDEN, como Bonaparte ante Sedan.

Si a los hombres del *Hôtel de Ville* les queda aún algo de patriotismo, su deber es retirarse. Dejar

que el pueblo de París tome en sus manos su liberación. La municipalidad o la Comuna, da igual el nombre con el que se llame, es el único recurso del pueblo contra la muerte.

Toda incorporación o intromisión en el poder actual no sería más que un emplaste que perpetuaría los mismos errores, los mismos desastres. Sin embargo, la perpetuación de este régimen es la capitulación, y Metz y Rouen nos indican que la capitulación no es ni siquiera la hambruna, sino la ruina de todos, la ruina y la vergüenza. Es el ejército y la Guardia Nacional llevados prisioneros para Alemania, desfilando por las ciudades bajo las injurias del extranjero: el comercio destruido, la industria muerta, las contribuciones de guerra aplastando París: esto es a lo que nos lleva la impericia o la traición.

¿El Gran Pueblo del 89, que destruyó la Bastilla y derribó los tronos, va a esperar en la inercia de la desesperanza, que el frío y la hambruna hielen su corazón, del que el enemigo cuenta los latidos y la última gota de sangre? ¡No!

La población de París nunca aceptará esas miserias y esa vergüenza. Sabe que todavía hay tiempo, que unas medidas decisivas permitirán a los trabajadores vivir, a todos combatir.

**MOVILIZACIÓN GENERAL - RACIONA-
MIENTO GRATIS - ATAQUE EN MASA**

**La política, la estrategia, la administración
del 4 de septiembre continuadoras del Imperio
han sido juzgadas.**

**¡PASO AL PUEBLO! ¡PASO A LA COMU-
NA!**

Los delegados de los 20 distritos de París

¡Sin embargo, este cartel no es más que una muestra de una acción de diferente envergadura! Las consignas «¡Paso al Pueblo! ¡Paso a la Comuna!» que podemos leer al final de este cartel deben tomarse al pie de la letra. No era una vaga intención, una perspectiva lejana, el cartel tenía que anunciar simplemente la toma del poder por la Delegación comunal de los 20 distritos. El objetivo del Comité Central de los 20 distritos, o más bien de sus militantes más enérgicos, es «instalar revolucionariamente la comuna revolucionaria». Así, encontramos en el acta de la sesión del 30 de diciembre de ese Comité Central:

«El presidente (un militante blanquista) declara que no hay que discutir más lo que se hizo el día anterior, que la Comuna está constituida y que hay que ponerse de acuerdo sobre las me-

didadas que deben adoptarse para llevar a cabo la misión revolucionaria que lleva adelante. Propone la constitución de un Comité Ejecutivo, compuesto por un pequeño número de miembros resueltos. Delegados del 11º y del 18º distrito apoyan al Comité Ejecutivo, sosteniendo que llegó la hora de actuar y que no hay un minuto que perder. Dicen sus hombres que están preparados, con armas y munición, los clubes, también»⁶³.

Son militantes blanquistas como Tridon⁶⁴, Sapia, Ferré, Brideau, Caria, Duval, los que defienden esa necesidad, pero se dejarán engañar por hábiles charlatanes como Chassin, republicano moderado, que se negó a asumir la responsabilidad de un levanta-

⁶³ Jacques Rougerie, *Quelques documents nouveaux pour l'histoire du Comité Central des vingt arrondissements*, aparecido en el nº 37 de la revista *Le Mouvement social*. Que sepamos, a parte de *París libre* del mismo autor, y de manera anecdótica por Jean Ellenstein en su *Historia del socialismo*, este documento no ha sido citado en ningún otro libro o artículo sobre la Comuna después de su publicación en octubre de 1961.

⁶⁴ Tridon había escrito ya el 9 de octubre de 1870: «Hay Comuna y comuna, como hay fagot y fagot. La Comuna revolucionaria que salvó a Francia, y que el 10 de agosto y septiembre (1792) fundó la República, no fue el producto de una elección regular, una emanación burguesa de un rebaño que se rinde a las urnas. Salió de una enorme convulsión, como la lava del volcán».

miento. En el artículo que mencionamos podemos leer:

«El cartel rojo, aunque finalmente inútil, fue sin embargo pegado, y en mi opinión no podríamos comprender su significación real sin ese contexto revolucionario hasta aquí ignorado, fuera del cual, tendríamos que haberlo sentido como algo inesperado, intempestivo, sólo bueno para provocar una reacción violenta del gobierno, sin beneficio para los revolucionarios».

¡Efectivamente! La represión se va a ejercer con todo su vigor y forzará a los militantes más radicales a esconderse, al menos a aquellos que no fueron ya detenidos. ¡Una pena que los militantes blanquistas no hayan ido hasta el final de su lógica! En todo caso vemos las consecuencias de dejar una acción a medio camino.

Con conciencia del peligro de haber armado a unos batallones que se dirigían abiertamente hacia el terreno revolucionario, el gobierno ya había encarcelado a Flourens y disuelto a los *Tiradores de Belleville*, que seguían, hasta entonces, a principios del mes de diciembre, incontrolados. Sin embargo, el 21 de enero, Flourens (así como algunos líderes blanquistas) son liberados de la prisión de Mazas por una acción de comando organizada por Cipriani (su compañero de lucha desde hacía años) a la cabeza

de los *Tiradores de Belleville*, reconstituidos a pesar del decreto de disolverlos que había adoptado el gobierno⁶⁵.

«En la noche del 21 de enero, guardias nacionales encabezados por blanquistas liberan a los hombres que habían sido detenidos tras los acontecimientos del 31 de octubre»⁶⁶.

E inmediatamente, el 22 de enero hay una nueva tentativa de apoderarse del *Hôtel de Ville*. Al lado de la muchedumbre que grita: «¡Abajo Trochu!», «¡Muerte a los traidores!»..., batallones de insurgentes, comandados por revolucionarios como Rigault, Sapia, Duval, Louise Michel, etc., se posicionan. Gustave Chaudey⁶⁷, como adjunto del alcalde de París, Jules Ferry, recibe a los delegados de los batallones de la Guardia Nacional que exigen la Comuna.

⁶⁵ Tras de la muerte de Flourens, ese cuerpo será rebautizado como los *Vengadores de Flourens*.

⁶⁶ Samuel Bernstein, *Auguste Blanqui*. 1970.

⁶⁷ Uno de los ejecutores testamentarios de... Proudhon, que defendió en el congreso de la AIT de 1865 en Ginebra «la alianza del proletariado con la burguesía». En las elecciones municipales del 5 de noviembre de 1870, escribía en un cartel a los lectores del 9º distrito: «No he cejado desde el 4 de septiembre, conforme a los principios que siempre defendí en mis escritos, de resistirme a la idea de la Comuna de París. [...] El 31 de octubre estuve luchando durante tres horas, en la alcaldía, contra los invasores del Hôtel de Ville».

En el mismo momento, los defensores del orden abren fuego y hay una treintena de víctimas, entre ellos Sapia.

Fijarse como objetivo, el 22 de enero de 1871, la toma del *Hôtel de Ville* propició que el proletariado se prestara a los disparos fáciles de las tropas burguesas, concentradas en su interior. Esos golpes represivos debilitarán por el momento al movimiento revolucionario y dejarán posteriormente al Comité Central de la Guardia Nacional ocupar el lugar y colocarse como la organización que centraliza todas las luchas llevadas por el proletariado contra «los prusianos del interior».

Se necesitó de esta nueva derrota sangrienta para sacar dos lecciones:

- Que la organización de las acciones debe ser secreta.

- Y, sobre todo, que tras la tentativa insurreccional del 30 de diciembre, que finalmente sólo produjo el cartel rojo, el momento era claramente favorable para la preparación insurreccional más radical, sin ilusiones parlamentarias, sin ninguna ilusión sobre la fracción burguesa republicana. En consecuencia, esta vez el enemigo interior es tomado conscientemente como enemigo.

En resumen, podemos ver que, a nivel general, el movimiento se desmarca más claramente del gobierno de Defensa Nacional e impulsa a ciertos militantes blanquistas a darle una dirección insurreccional. En ese proceso, la responsabilidad de los militantes blanquistas en las acciones violentas del proletariado ha evolucionado después de la Vilette (el 14 de agosto). Consolidados y conducidos por el movimiento, se ponen conscientemente a la cabeza de la mayor parte de las expresiones organizativas del proletariado. Dirigen regimientos rojos de la Guardia Nacional, batallones de francotiradores. Se posicionan con determinación hacia una confrontación violenta con el Estado, se preparan para ello y la organizan. Están presentes en la mayoría de clubes, Comités... Su influencia en los suburbios es creciente. Lo que es trágico en ese movimiento de ruptura es la casi ausencia de los militantes de la AIT, que son incapaces de ver el desarrollo del movimiento y siguen reorganizando sus secciones, haciendo propaganda conciliadora muy por debajo de lo que está fermentándose en el seno del proletariado.

1.5. Del 22 de enero al 18 de marzo de 1871

El 28 de enero se firma el armisticio. Los cañones se silencian. Se realiza oficialmente el desarme. Pero en los hechos, el proletariado no entrega sus armas, se mantiene en pie de guerra. A partir de ese día podemos afirmar que las tensiones entre la burguesía y el proletariado se agudizan más aún. El proletariado, en base a las experiencias pasadas, ha adquirido una conciencia curtida a base de palos. A finales de enero la burguesía golpea en dos frentes: por un lado el general Vinoy⁶⁸ ordena cerrar los clubes y prohíbe 17 periódicos; por otro lado, después de haber utilizado la hambruna contra los proletarios para diezmarlos y aterrorizarlos lo suficiente para someterlos, la burguesía utilizará la vuelta de los víveres para imponer el armisticio como una solución aceptable.

«Les han dicho que hubo que ceder por falta de víveres; pero desde hace dos días, desde los primeros rumores de armisticio, los víveres han reaparecido como por arte de magia, puesto que los especuladores ya no pueden apostar a que sigan escaseando»⁶⁹.

⁶⁸ Desde el 22 de enero, Vinoy sucede a Trochu como comandante en jefe del ejército de París.

⁶⁹ Bernard Noël, *Dictionnaire de la Commune*. 1978.

Las elecciones nacionales se convocarán para el 8 de febrero. Paradójicamente, en el mismo momento en el que el proletariado se radicaliza, una gran mayoría de militantes revolucionarios se pierden en el parlamentarismo, reforzando la ilusión criminal de que el trampolín electoral constituye una vía posible para luchar contra los burgueses. Asistimos al espectáculo lamentable de la federación parisina de la AIT enfrascada en esta campaña electoral hasta el punto de presentarse en una lista compartida con elementos abiertamente burgueses. Hay que resaltar, sin embargo, que una minoría de militantes de la AIT se pronunció por la abstención, aunque impulsada por «los peligros de enviar a Burdeos a miembros de la Internacional, para asistir, incluso protestando, a la vergüenza de un tratado como este que nos prepara la burguesía». A pesar de todo parece ser que una parte de esa minoría abandonó esa posición, ya que la suerte de «la República está en juego, hay que defenderla. La asamblea [se trata de la asamblea de varias secciones: de Grenelle, Vaugirard, les Ternes, Batignolles], al ser consultada, declara por gran mayoría que la Internacional tiene que tomar parte en la lucha electoral»⁷⁰.

⁷⁰ J. Rougerie, *L'AIT et le mouvement ouvrier pendant les événements de 1870-71*.

En el transcurso del mes de febrero y marzo de 1871, el proletariado tiende a actuar por cuenta propia. Su proceso de autonomía toma amplitud⁷¹. Hemos puesto de relieve una serie de hechos importantes que muestran que el proletariado, en lugar de reaccionar golpe por golpe, tiende a ser cada vez más ofensivo, a tomar la iniciativa. Esas acciones son asumidas tanto por militantes de vanguardia, como los blanquistas, como por regimientos de la Guardia Nacional, por soldados de un ejército en plena decadencia. De igual forma en barrios como Belleville, Montmartre y La Villette, los proletarios se manifiestan violentamente todos los días, agrediendo a policías y oficiales y confraternizando con los soldados.

- **24 de febrero.** Ese día, en conmemoración de la revolución de febrero de 1848, importantes manifestaciones reagrupan al mismo tiempo a batallones de la Guardia Nacional, guardias móviles de la Sei-

⁷¹ En Alemania, la guerra había supuesto un parón al movimiento de lucha. La victoria militar contra Francia no había beneficiado para nada a los proletarios, que vieron empeoradas sus condiciones de vida: aumento de la explotación, estado de sitio en las regiones más «agitadas» socialmente, fuerte represión de cualquier lucha, etc. De esta forma, desde comienzos de 1871 la agitación social llega al mismo nivel que en 1869 teniendo su cénit en 1872.

ne y del ejército regular, que se juntan y confraternizan en la plaza de la Bastilla.

- **25 de febrero.** Esas manifestaciones toman importancia y por la tarde la Guardia Armada, que interviene para reprimir, se pone del lado de los manifestantes.

- **26 de febrero.** Un policía, que comete la imprudencia de apuntar el número de regimientos insu-
misos, es arrojado al Sena y se ahoga en el acto. Ese mismo día, los guardias nacionales se apoderan, a pesar de la guardia de soldados, de 38 cañones⁷² de Wagram y de 300 fusiles del depósito del Este. Todo ese armamento es repartido poco después en los barrios donde ya no se adentran los policías. Al anoche-
cer, cuatro batallones del ejército que tenían que tomar la Bastilla confraternizan con los manifestantes y se retiran. Al día siguiente se organizan manifestaciones contra la presencia eventual del ejército

⁷² Queremos recordar que los cañones fueron pagados por suscripciones de obreros de París y tienen, al principio, un valor simbólico de la resistencia a los prusianos. Esa suscripción no era más que una gran extorsión que tenía la finalidad de hacer participar a los proletarios en el circo de una sociedad democrática y solidaria, y apuntalarlos al carro del nacionalismo. Pero el proletariado bajo la presión de la revolución tiende el 18 de marzo a darle la vuelta a la cuestión y considera esas armas útiles para la lucha contra el enemigo... de clase.

alemán. Miles de guardias nacionales desfilan por la noche e invaden los barrios burgueses. Montmartre está en plena ebullición.

- **27 de febrero.** La prisión de Sainte-Pélagie es asaltada a las cuatro de la madrugada para liberar a compañeros. Tres millones de cartuchos son sustraídos del Panteón, así como de otros almacenes, por los guardias nacionales. Ese día, la manifestación se encamina a la guarnición de la Pépinière, cerca de la estación St. Lazare, para llamar a los marinos a unirse a ellos. Unos sesenta se unen a la manifestación.

- **28 de febrero.** Le toca el turno a los depósitos de armas del Este de recibir la visita de los guardias nacionales que se apoderan de armas y munición en cantidad. En Belleville, los cuatro regimientos que estaban acantonados son obligados a marcharse: los oficiales no podían ya dar un paso en la calle sin arriesgarse a ser insultados, agredidos y, por consiguiente, menos aún podían impedir el movimiento de confraternización. Concretamente, los barrios de Belleville y Montmartre son abandonados por el ejército. Ese mismo día hay una manifestación armada de 50.000 guardias nacionales decididos a oponerse por la fuerza a una eventual entrada del ejército alemán en París, que había sido decidida de común acuerdo por los dos países beligerantes. En cambio, la Comisión Provisional de la Federación

de la Guardia Nacional, apoyada por el Comité Central de los 20 distritos, en colaboración con Vinoy, hizo todo lo posible por oponerse a una eventual confrontación.

«La Guardia Nacional, formando un cordón en concierto con el ejército por todos lados, velará que el enemigo, aislado de ese modo en un terreno que ya no será nuestra ciudad, no pueda de ninguna manera comunicarse con las partes atrincheradas en París.

El Comité Central insta a toda la Guardia Nacional a prestar su concurso para la ejecución de las medidas necesarias para llegar a tal fin y evitar cualquier agresión que sería el derrocamiento inmediato de la República»⁷³.

- **2 de marzo.** Unos cañones son tomados en las murallas del 12^o distrito, así como 2.000 fusiles en el hospital St. Antoine. Continúan las manifestaciones en la Bastilla.

- **3 de marzo.** Desaparece pólvora en un bastión de las murallas del 12^o distrito, así como armas y municiones en una comisaría de policía de Gobelins. Hay que subrayar que Vinoy dirá más tarde que se había negado a intervenir «consciente de las debili-

⁷³ Cartel del que será el embrión del Comité Central de la Guardia Nacional pegado sobre los muros de París el 28 febrero de 1871, *Las paredes Políticas*. 1875.

dades de sus tropas». Es una señal de que la burguesía es incapaz de reprimir todas esas acciones.

- **4 de marzo.** Veintinueve obuses y municiones son tomadas en la Villette, «desaparecen» cañones en la Chapelle. Un destacamento de la Guardia Republicana, unidad de élite particularmente odiada por el proletariado, tiene que evacuar los locales, en la calle Mouffetard. En los días que siguen ese tipo de acciones prosiguen. Así por ejemplo, el 4º sector (del ejército comandado por Vinoy) señala que un total de 1.592.637 cartuchos han sido robados.

- **8 de marzo.** Un bastión insurreccional es formado en el 9º sector (Barrera de Italia). Duval es nombrado comandante. Éste se organiza independientemente del Comité Central de la Guardia Nacional, al que se juzga demasiado moderado.

- **10 de marzo.** Son votadas dos leyes: una exige el pago de los pagarés de comercio y otra el de los alquileres, sobre los que había una moratoria durante el cerco. Esos decretos se reciben como una provocación. Miles de proletarios se encuentran en la calle, incapaces de pagar su alquiler; miles de pequeños comerciantes se van a la quiebra y se encuentran arruinados, sin perspectiva. Todo este descontento se une a la atronadora corriente de revuelta.

- El conjunto de estos hechos demuestran que el proceso insurreccional madura y se extiende.

Volvamos ahora con esa historia de los cañones que hizo verter mucha tinta. La historiografía oficial se mantiene en la versión simplista, según la cual la insurrección obrera del 18 de marzo tuvo lugar simplemente como respuesta a una «provocación» de Versalles para retomar los cañones guardados por la Guardia Nacional.

Ante todo debemos saber que hubo negociaciones entre el gobierno y el Comité Central de la Guardia Nacional para recuperarlos, y que éstas estuvieron a punto de llegar a buen puerto. Incluso el 61º batallón de Montmartre –pese a que era uno de los más combativos– propuso públicamente la devolución de los cañones al gobierno. Pero no contaban con la reacción del proletariado. Fue así que...

- **13 de marzo.** Se traen unos caballos para el día previsto por el ejército para recuperar los cañones de Montmartre. Sin embargo, unos proletarios encolerizados se oponen e impiden la retirada de las piezas. Un fiasco para el gobierno.

- **16 de marzo.** Este día debía repetirse lo mismo en Vosges. Trajeron los caballos, tal y como estaba previsto, y una escolta armada. Idéntica reacción, los proletarios se oponen e impiden la retirada. A la

mañana siguiente, las manifestaciones prosiguen en el barrio, ¡se levantan barricadas! ¡Esto ocurre la víspera del 18 de marzo!

Remarcar que en los dos casos que acabamos de citar el Comité Central de la Guardia Nacional, sobre el que volveremos más adelante, no jugó ningún papel en las reacciones contra el retorno de los cañones, más bien al contrario.

Pero antes de ir más lejos en el desarrollo de esas jornadas, entre ellas la del 18 de marzo, tenemos que examinar algunos elementos importantes para comprender mejor el desarrollo de los acontecimientos:

1. La decadencia del ejército.
2. El análisis de lo que fue el Comité Central de la Guardia Nacional, que jugó un papel importante en el desarme ideológico y práctico del proletariado.
3. La estrategia de la fracción burguesa dirigida por Thiers.

1. Estado del ejército regular

Volvamos un poco hacia atrás y veamos cómo ese ejército está en plena descomposición. Ya hemos visto cómo el gobierno es obligado a evacuar cuarteles enteros, que los oficiales son agredidos e insultados. Uno de los principios fundamentales de todo

ejército ya no se respeta: concentrar en los cuarteles a los soldados para separarlos del resto de la población. En mayo de 1871, Thiers dice:

«Jamás la tropa tiene que tener vacilaciones contra un motín [...]; los soldados nunca deben dejar que se aproxime una columna de amotinados, por las mujeres y los niños; la duda de la infantería en hacer fuego puede comprometerla y desarmarla. Se debe dar aviso, a 200 pasos, a los amotinados para que se detengan, si no obedecen, una vez ejecutadas intimidaciones, [...] hay que abrir fuego directamente. Las mujeres y los niños [...] son la vanguardia del enemigo y deben ser tratados como tales».

Por el contrario, los soldados acampan en las calles y los jardines públicos, ocupan barracones de madera en las plazas o reciben dinero que les permiten alojarse en casas de la vecindad. ¡Algo que favorecía los movimientos de confraternidad! Pero la cuestión va más lejos aún: el 9 de marzo batallones de guardas móviles se amotinan, detienen a los oficiales y los arrastran ante el *Comité Central*... ¡que los libera!

Es por eso que Vinoy quiere que esas tropas dejen París, cuanto antes mejor, y como las partidas en tren toman demasiado tiempo, decide en el curso del mes de marzo una salida a pie de tres columnas ha-

cia Orleans. Pero muchos no acuden a la salida. Por otro lado, llegan de provincias refuerzos aparentemente más seguros, pero no hay nada previsto para acogerlos. A eso se añade el problema de las raciones alimentarias, que disminuyen a partir del mes de marzo. Muchos caen enfermos (se habla de 40.000 enfermos y heridos).

El ambiente necesario para el mantenimiento de la disciplina ha desaparecido; para más inri, los nuevos oficiales no tienen ni la capacidad ni la voluntad necesarias para poner fin a la indisciplina, la apatía y el desconcierto que paralizan cada vez más al ejército.

2. Nacimiento del Comité Central de la Guardia Nacional

El control de la Guardia Nacional, tal y como al Estado le hubiera gustado que fuera, se hace imposible. Numerosos proletarios enrolados en la Guardia Nacional rechazan la disciplina militar, ya no obedecen las órdenes de sus oficiales, rechazan los objetivos fijados por el Estado... Cada vez más se aferran a su situación de proletarios con uniforme para armarse contra el Estado, contra el ejército burgués, y defender sus propios intereses. Se reconocen cada vez más como proletarios definiendo sus necesida-

des de clase. Y enfrentándose, no con otros proletarios, sino con la clase enemiga, con la burguesía y su programa de restauración del orden capitalista, desestabilizan seriamente ese cuerpo represivo del Estado. Batallones enteros de la Guardia Nacional son ganados de este modo para la revolución.

El 15 de febrero, el gobierno, que busca deshacerse de esa Guardia Nacional, cuyo cuerpo está gangrenado por la indisciplina y la insubordinación, decide suprimir su sueldo (menos para los indigentes). Esa medida exacerba el odio de los guardias nacionales hacia el gobierno y deciden «federarse» ese mismo día, es decir, dotarse de un órgano de dirección claramente distinto del gubernamental. Esa «federación»⁷⁴ responde a la necesidad de reagrupamiento y centralización de los batallones de la Guardia Nacional que niegan el armisticio, que quieren continuar la guerra y sobre todo se oponen radicalmente al gobierno. Esa federación expresa pues, en un primer momento, un proceso de ruptura, una tentativa de organización autónoma de las fuerzas que rechazan la lógica del gobierno, una tentativa de derrocar la dirección de la Guardia Nacional.

⁷⁴ Es a partir de entonces cuando se les llamará «federados» a los proletarios en lucha bajo el uniforme de la Guardia Nacional.

Evidentemente para la burguesía esto es inaceptable, peligroso, pues abre la puerta a la constitución de un ejército proletario. No puede dejar continuar esa iniciativa que puede hacerle perder el control de la situación y hacer vascular la correlación de fuerzas en favor del proletariado.

Esos hechos demuestran de manera innegable una fuerte afirmación del movimiento proletario, pero, como también veremos, este movimiento no es tan fuerte como para desembarazarse de las estructuras del Estado burgués, organizarse de manera autónoma y dotarse de una dirección claramente revolucionaria.

De manera general, la falta de una perspectiva bien definida, la dificultad de la vanguardia de nuestra clase para estructurarse en torno a un claro programa revolucionario, conduce al proletariado a abandonar progresivamente, a lo largo de los combates contra el ejército versallés, el terreno de lucha del proletariado contra la burguesía y perderse en un terreno que ya no es el suyo: la defensa de París, el apoyo al gobierno de la Comuna contra el de Versalles, percibido como gobierno traidor de la patria, oposición que lo lleva a defender una fracción burguesa contra otra.

Atrapado en esa ambigüedad, el proceso de descomposición sufrido por la Guardia Nacional acaba por canalizarse y las rupturas con la disciplina burguesa no toman el camino para acabar con ese brazo armado de la burguesía. Al contrario, en vez de llegar a constituir una nueva fuerza armada, deshaciéndose de la disciplina burguesa, de su lógica militar y de su jerarquía, el proletariado acaba por someterse a la dirección de un Comité Central, recién constituido, y cuyo proyecto no es otro que la reforma, fortaleciendo así al ejército.

Como precisa Marx:

«La clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión del aparato del Estado tal como está y servirse de él para sus propios fines»⁷⁵.

¡No se ocupa ni se desvía un ejército burgués, se destruye! Esto vale tanto para el ejército como para todos los demás componentes del Estado. De hecho, la ilusión de desviar los aparatos del Estado burgués para que sirvan a otros fines será la aspiración del gobierno de la Comuna.

A finales de febrero, la constitución del Comité Central de la Guardia Nacional (refrendada oficialmente el 3 de marzo) liquida el proceso de ruptura

⁷⁵ K. Marx, *La guerra civil en Francia*. Mayo de 1871.

en favor de una dirección que se esforzará en invertir dicha tendencia. Desde su creación, ese organismo no fue para nada proletario y fue un escollo para la constitución del proletariado en fuerza.

Efectivamente, en el mismo seno de la Guardia Nacional se expresa la lucha de clases, la delimitación entre ruptura proletaria y reformismo burgués. Esa delimitación que se opera en la actitud, la indisciplina, la insubordinación, la revuelta, la toma de posiciones, la ruptura, y que constituye un proceso real de demarcación de las fuerzas proletarias, se expresa también geográficamente en el hecho de que las fuerzas reales del proletariado se encuentran en los suburbios, tanto entre los proletarios organizados en grupos de francotiradores, como en los regimientos de la Guardia Nacional que se pasaron a la revolución. Es la historiografía burguesa la que nos presenta ese París insurrecto como si fuera una entidad homogénea, unánimemente reagrupada detrás del gobierno de la Comuna, sin fronteras de clase, unida por un mismo impulso patriótico.

Pero la realidad es muy diferente. Frente al peligro de una delimitación cada vez más nítida entre clases, el Comité Central se va a esforzar por aparecer como la expresión del conjunto de la Guardia Nacional, ahogando en la masa a las expresiones revolucionarias.

La burguesía tenía que parar y recuperar esa ruptura del consenso social, tomando la iniciativa de la creación de un organismo dirigente de esa federación de la Guardia Nacional. En definitiva, se trataba de eliminar, controlándola, la revolución dentro de las filas de la Guardia Nacional.

Esos militantes faltos de perspectiva y claridad van a oscilar entre la revolución, que implica asumir una dirección fuera y contra el Comité Central, y el apoyo a ese Comité.

El 28 de febrero, contra la agitación de los proletarios frente a la inminente ocupación de París por el ejército alemán, la federación parisina de la AIT y el embrión del futuro Comité Central lanzan una llamada a la calma:

«Los actuales miembros creen que es su deber declarar que consideran que cualquier ataque servirá para lanzar al pueblo ante los golpes de los enemigos de la revolución, los monárquicos alemanes o franceses, que ahogarían las reivindicaciones sociales en un río de sangre».

Comprobamos así que los mejores militantes blanquistas e internacionalistas no tienen la fuerza para romper con esos falsos amigos republicanos con los que se codean en ese Comité. Situados hasta el momento del lado de la revolución, muchos de ellos se van a enredar con reformistas de larga tra-

yectoria, salidos principalmente del vivero republicano (conocidos personajes, con barniz radical) para constituir ese famoso Comité Central de la Guardia Nacional, que jugará un papel de canalización del movimiento, de encuadramiento reformista, de desarme del proletariado. Ese hecho evidencia las vacilaciones, tergiversaciones y debilidades que tiene el movimiento a pesar de su fuerte combatividad.

Estas debilidades posibilitan a la burguesía democrática y parlamentaria imponer ideologías ajenas al proletariado y estructuras que lo desorganizan. Al declararse ellos mismos «republicanos», muchos de esos militantes de vanguardia definirán un espacio común en el que el movimiento revolucionario negociará finalmente con esa burguesía de izquierda un conjunto de decisiones que le serán fatales. El republicanismo en el seno del proletariado será la puerta de entrada para los demócratas burgueses, bien posicionados a la izquierda, que tomarán progresivamente la dirección del movimiento para desactivarlo mejor. Esa ideología de la burguesía, esa fuerza material «en el interior» del movimiento, fue la más funesta, por ser la más eficaz en la desorganización a todos los niveles de nuestra lucha.

Con la creación de ese Comité Central de la Guardia Nacional se constituye una nueva fracción burguesa. Constituida por republicanos de izquierda,

miembros de la AIT, blanquistas..., captados por su aptitud para dotar de una coherencia seudorrevolucionaria a esa fracción, que no cesará en su empeño de constituir una alternativa política, un nuevo gobierno, desplazando el enfrentamiento al terreno parlamentario.

El interés de los revolucionarios por ese Comité Central expresaba su voluntad de dotar al proletariado de un órgano de centralización de las luchas. Esta voluntad expresaba las necesidades acuciantes que tenía el movimiento en ese momento. Su terrible error fue creer que el Comité Central podría jugar ese papel. Y, de hecho, su participación acarrea en sí misma su propia falta de ruptura con la ideología republicana. La creación del Comité Central fue en definitiva la expresión de la victoria republicana, la victoria de la legalidad, de la legitimidad popular, del parlamentarismo, del patriotismo.

El proceso de formación del Comité Central de la Guardia Nacional, en febrero-marzo de 1871, expresa claramente esa contradicción de clase: el proletariado necesita centralizar su fuerza en el seno de una guardia roja y la burguesía necesita desorganizar esa misma fuerza estructurándola en un ejército burgués pintado de rojo.

Más adelante veremos que la vanguardia revolucionaria se desmarcará en la práctica de todo ese reformismo, organizando entre febrero y marzo la insurrección fuera del Comité Central, como también fuera de él se organizó la extensión de la lucha en el mes de abril. Veremos que esa vanguardia representará también en el mismo seno del Comité Central una tendencia proletaria, pero ésta será incapaz de librarse del democratismo reinante y por lo tanto de romper con el Comité Central.

3. Estrategia de la fracción burguesa dirigida por Thiers

La capacidad del gobierno de Defensa Nacional para adaptarse a la evolución de la lucha le hará traspasar su papel de espectador, su pasividad, todo ello evitando la confrontación directa con el proletariado promulgada por los defensores del emperador: en ese momento, el gobierno no sabe con qué regimientos puede contar y, en consecuencia, tiene fuertes probabilidades de que tal empresa se convierta en drama. El gobierno procede entonces de otra manera: a principios de marzo, prepara su retirada a Versalles. Evacua de París los regimientos menos contaminados por el derrotismo; en las provincias desarma a los regimientos inseguros, encar-

cela a los cabecillas... Por otro lado, los regimientos imperiales son igualmente alejados de París. A pesar de las protestas que la fracción monárquica lanza frente a esa iniciativa, se alinean en los hechos detrás de la fracción Thiers que se postula como la única capaz de acabar con los rojos, los partageux.

La burguesía retoma la confianza en sí misma. Su fracción más lúcida, reagrupada alrededor de Thiers, tiene en ese momento una visión de la salida al conflicto de clase más clara que el mismo proletariado. A lo largo de ese pulso social, desde agosto de 1870, el movimiento revolucionario no ha sido suficientemente fuerte para identificar cuáles son sus propios objetivos, cuáles son sus enemigos, mientras que por su lado, la burguesía, a pesar de las discrepancias entre las diferentes fracciones que la componen, no pierde de vista que el peligro real, más que la presencia de las tropas prusianas a las puertas de París, es el proletariado en armas.

Al hilo de todos esos acontecimientos, la fracción Thiers ha maniobrado muy hábilmente:

- En agosto: apoyando (y escondiéndose detrás) a los diputados monárquicos cuando se trataba de calmar las revueltas mediante una guerra.

- En septiembre: canalizando el impulso destructor del proletariado con una política de cambio de gobierno.

- Durante todo el otoño y el invierno: enviando a la masacre a los proletarios más difíciles de controlar, jugando hasta el final con los sentimientos nacionalistas.

- En marzo, por fin, descartando tanto la solución conciliadora llevada por el Comité Central de la Guardia Nacional como la precipitación de la fracción monárquica: organizando la retirada sobre Versalles, con una nítida conciencia del ineluctable enfrentamiento clase contra clase, siendo su estrategia: ¡retroceder para saltar mejor, dejar París para reconquistar París!

Será en esa lógica como, desde principios de marzo, el gobierno prepare su repliegue hacia Versalles y, consciente de la inevitabilidad del enfrentamiento con el proletariado en armas, prepare y sobre todo decida el terreno y la fecha de ese enfrentamiento. La fracción Thiers tendrá una claridad política y una facultad de anticipación que le supondrán la victoria. Efectivamente, a pesar de que día tras día la población, forzada a la proletarización, se una al movimiento revolucionario, que el gobierno pierda crédito con ella, y a pesar de que el ejército sea cada

vez más inseguro de sí mismo y más indisciplinado, la fracción Thiers sabrá preparar las condiciones del enfrentamiento: selección de los batallones, repliegue, reorganización del ejército, preparación del asalto final, etc. Thiers sabía que el nivel de confrontación clase contra clase iba a sobrepasar en intensidad a los precedentes. Hasta Bismarck había aconsejado a Jules Favre el 23 de enero: «Provoque usted un motín mientras aún tiene un ejército para aplastarlo».

El 17 de marzo, la víspera del levantamiento, el gobierno detiene a Blanqui⁷⁶. Su plan es la ocupación militar de la ciudad. Su objetivo: desarmar en particular los barrios rojos, que constituyen una amenaza permanente. En cada ocasión (el 4 de septiembre, el 8 de octubre y 31 de octubre, etc.), es desde esos distritos desde los que las fuerzas más decididas bajan en masa hacia el *Hôtel de Ville*.

Ese mismo día, Choppin, asistiendo al prefecto de la policía, se pasa la noche redactando la lista de los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la de los militantes más conocidos

⁷⁶ Tenemos que subrayar la importancia de este hecho y como la fracción Thiers se aseguró en detener a Blanqui para trasladarlo a una prisión de Versalles en previsión de lo que estaba por venir. La lucha del proletariado en París se quedará así sin uno de sus militantes más destacados y de mayor experiencia.

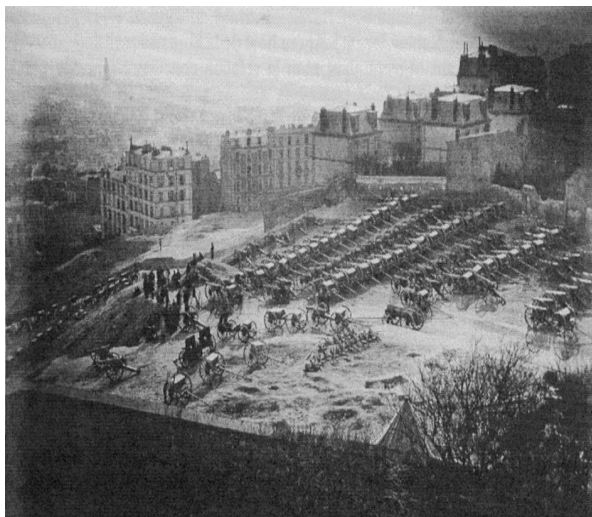
para detenerlos de inmediato junto con la toma de los cañones de Montmartre. Estaba previsto que detrás de cada columna del ejército, interviniera la policía para detenerlos a todos.

Esa víspera del 18 de marzo, la burguesía, más precisamente la fracción Thiers, se preparaba para el enfrentamiento armado sin cuartel. En cuanto a la otra fracción, la republicana de «izquierda», reagrupada alrededor del Comité Central, también asumía de buen grado eludir una insurrección. Eso explica que el Comité Central propusiera oficialmente, como afirmaba A. Arnould, restituir los cañones «a condición de que se encontrara una forma que permita mantener la autoestima de los guardias nacionales» y subrayaba que «no se podía llevar más lejos el espíritu de conciliación». ¡Pero ya vimos lo que sucedió el 13 y 16 de marzo!

II

VICTORIA Y DERROTA DEL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL





Los cañones de Montmartre

2.1. El 18 de marzo de 1871

Vimos con anterioridad que pese a las tentativas del gobierno de imponer la paz social, pese al pacifismo del Comité Central de la Guardia Nacional, el proletariado afirma su fuerza mediante diferentes niveles de estructuración. Contrariamente a la historiografía, que nos presenta los acontecimientos como resultado de la más absoluta espontaneidad, el 18 de marzo no es una tormenta en plena calma. La burguesía se siente incapaz de detener el armamento, la autonomía creciente del proletariado y la completa desorganización del comercio y la industria. El proletariado rechaza soportar la miseria, el hambre, el frío... Las clases enemigas caminan hacia el enfrentamiento.

La madrugada del 18 de marzo, el gobierno se apodera de puntos estratégicos como Montmartre, Buttes-Chaumont, Puebla (Belleville), así como la plaza Vosges para hacerse con los cañones de Montmartre. Columnas de soldados recorren París. Algunos guardias nacionales que tratan de resistir son asesinados. Los oficiales se pavonean, envían una declaración de victoria a los periódicos y encierran a los soldados que tratan de confraternizar con los guardias nacionales llegados para impedir la toma de los cañones. Sin embargo, el ejército no posee

medios para llevarse los cañones. Le faltan caballos y tiempo. Las horas pasan, amanece, el rumor de ese suceso ya se ha extendido y la reacción es inmediata.

El proletariado se subleva y se contrapone a esa ofensiva de la burguesía. Hay que subrayar en ese proceso la importancia en el seno del proletariado de las mujeres y los niños. Son precisamente ellas las primeras en reaccionar, ayudadas por sus hijos, increpando a los soldados y mezclándose con ellos. Pese a las amenazas de los oficiales, se suceden los casos de desobediencia entre los soldados. Se niegan a obedecer la orden de abrir fuego. Incluso, dos oficiales, dos sanguinarios, los generales Clément Thomas y Lecomte⁷⁷, son detenidos y fusilados por sus propios soldados sin agucias legales⁷⁸.

⁷⁷ Este último fue uno de los instigadores de la masacre proletaria de junio de 1848.

⁷⁸ En el texto escrito en junio de 1871 para la Internacional, Eugène Pottier reivindicará el derrotismo revolucionario practicado aquí:

«Los reyes nos embriagan con vanidades,
¡Paz entre nosotros, guerra a los tiranos!
Apliquemos la huelga a los ejércitos,
¡Culatas al aire y rompamos filas!
Si se obstinan esos caníbales,
en hacer de nosotros unos héroes,
sabrán pronto que nuestras balas
son para nuestros propios generales».

Rápidamente, en los barrios obreros, se levantan barricadas. Se inicia un movimiento para retomar los puntos estratégicos bajo el impulso de los batallones que bajan de los suburbios. Como en Petrogrado en 1917, como en Barcelona en 1936, la ocupación de los puntos estratégicos de la ciudad se presenta como objetivo primordial.

Destaquemos que la reacción proletaria se concreta fuera del Comité Central. Los revolucionarios, miembros o no del Comité, dirigen sus batallones por iniciativa propia y se posicionan frente a los soldados de Thiers. Da Costa destaca que:

«Durante toda la mañana, los barrios se habían organizado bajo el único impulso de los Comités de Vigilancia en ocasiones, en otras de los jefes decididos de batallones, o de miembros del Comité Central actuando sin previo acuerdo, sin orden y por iniciativa propia»⁷⁹.

Los combates serán una excepción ante la potencia que desata el movimiento de confraternización entre los proletarios que tumba el encuadramiento en los diferentes cuerpos represivos. Esa confraternización es fruto, como ya hemos subrayado, de un proceso de descomposición del ejército comenzado

⁷⁹ Gaston da Costa, *La Commune vécue*. 1903.

el mes de febrero y acentuado bajo la presión de los acontecimientos.

La burguesía consciente de ese proceso debía sondear y determinar las fuerzas con las que aún podía contar. El asunto de los cañones de Montmartre sirvió para seleccionar aquellos regimientos aún a salvo de los ya gangrenados por la revolución.

En *La Molino de la Galette*, la columna Paturel consigue cargar dos convoyes de cañones. Por el contrario, la incautación de los cañones por la columna de Lecomte⁸⁰ será un fiasco. Aunque se dudaba sobre el resultado de la acción, el gobierno quedó totalmente sorprendido por la respuesta del proletariado, y en particular por la capacidad de los batallones de los barrios obreros para movilizarse, por su propia iniciativa, independientemente de las consignas del Comité Central de la Guardia Nacional, ocupando los lugares estratégicos para hacer frente y obstaculizar los movimientos de las tropas comandadas por Thiers; pero también quedó sorprendido por la intensidad del derrotismo imperante en el ejército.

⁸⁰ Esas acciones se desarrollarán todas en Montmartre, donde había varios recintos de cañones. La columna de Lecomte se encargará de *Château Rouge*, cuartel general de los batallones de Montmartre, al este del cerro.

Es importante tener en cuenta que ese movimiento proletario no es una súbita explosión en respuesta al golpe del enemigo. Su triunfo es entre otras cosas el resultado de la continuidad dada por los militantes revolucionarios a la actividad organizativa en el seno de los Comités de Vigilancia, los clubes, los batallones rojos de la Guardia Nacional, los francotiradores y otras asociaciones proletarias... El resultado de la actividad de militantes blanquistas y/o miembros de la AIT o también militantes «sin partido», miembros o no del Comité Central de la Guardia Nacional, que supieron aquí y allá imprimirle una dirección revolucionaria y hacer converger en la acción las múltiples energías militantes.

El éxito se explica también por toda la actividad conspiradora e insurreccional de algunos militantes blanquistas que, en continuidad con las tentativas fracasadas del 6 y el 22 de enero, se habían organizado para formar un ejército revolucionario. Unos años más tarde, Eudes testimonia:

«Me reencontré con él [Duval] el 10 de marzo, funcionando ya como jefe de la 13ª legión. En ese momento decidimos que nuestras dos legiones (yo entonces era el jefe de la 20ª), a las que se unirían la 14ª legión comandada por Henry, la 15ª dirigida por un comité del que Chauvière era el hombre, la 18ª en manos del

Comité de Vigilancia de Montmartre, del cual Ferré era presidente, más algunos batallones del 11º y del 19º..., estarían bajo nuestra dirección inmediata sin pasar por el Comité Central, que no ofrecía las garantías deseadas.

Fuimos dos comandancias: la de la orilla izquierda, bajo las órdenes de Duval, y la de la orilla derecha, bajo la mía. La precipitación de todos los acontecimientos impidió la organización de ese ejército revolucionario; y lo único que pudimos hacer el 18 de marzo, él con la 13ª y yo con la 20ª, fue tomar la prefectura de policía por parte de Duval, y el Hôtel de Ville por la 20ª legión»⁸¹.

⁸¹ Se puede encontrar ese texto, al que casi ningún historiador y otros universitarios hacen referencia, en el diccionario biográfico del movimiento obrero francés, en el artículo consagrado a Duval. Retomando otro ejemplo pudimos encontrar en el artículo publicado en la revista *Le mouvement social*, n^{os} 33-34, una información muy importante aunque, como pasa frecuentemente, parcial: «El 15 de febrero del 71, el 82º está representado en Vaux Hall, donde se organiza el Comité Central de la Guardia Nacional. En marzo se prepara para la insurrección: su comandante Faltot participará el día 13 en un consejo insurreccional, en la calle de la Corderie; días después, el 18, los hombres recuperan los cañones de Luxemburgo y entablan contacto con las tropas de primera línea que están allí acuarteladas». Hemos leído bien: «Un consejo insurreccional en la calle de la Corderie» (¡sede de la AIT!), pero no hemos conseguido averiguar más.

Ese día son Duval y las tropas del 13° y 5° distrito quienes suben de los barrios del sur, bajo el impulso de la revolución y no del Comité Central. Ya a primera hora de la mañana hay un telegrama dirigido al jefe del poder ejecutivo y a sus ministros. En él se señala: «En el 13° hay cañonazos a modo de llamada al motín». Una quincena de cañones es situada alrededor del *Hotél de Ville* en dirección a las avenidas. Jóvenes proletarios cavan trincheras y levantan una barricada. Los esbirros de las comisarías del distrito son detenidos y llevados a la cárcel. En el transcurso de la tarde, Duval y sus hombres pasan a la ofensiva y se apoderan de la estación de Orleans y del Jardín de las Plantas. Gran parte de la orilla izquierda se encuentra entonces bajo su control y hacia las 15 horas es el *Hôtel de Ville* el que pasa al punto de mira. Paralelamente, Eudes desciende desde el norte con los proletarios de Belleville. Lo mismo en el caso de Varlin, que reagrupa a los miembros de la AIT de las Batignolles. Había por lo tanto una fuerza de clase estructurada y eficaz, una combatividad que inevitablemente iba a enfrentarse con el Comité Central.

Las experiencias pasadas, los fracasos..., toda la actividad asumida desde años atrás y sobre todo en los últimos meses, los balances que esos revolucionarios extrajeron de ello, muestran que se prepara-

ron a conciencia para el enfrentamiento y contribuyeron a la organización en fuerza del proletariado. Militantes como Eudes, Duval, Henry, Chauvière, etc., se preparaban para el enfrentamiento que sabían ineludible. Desde finales de febrero, en contraposición al Comité Central «que no ofrecía las garantías deseadas» –¡y tanto!– se hicieron con los medios necesarios para resistir. Se apropiaron de cañones, saquearon depósitos de municiones, asaltaron a los aduaneros y a los guardias municipales, como en el caso del 13° distrito. Es así como esos militantes devienen en sujetos de su/nuestra historia, se convierten en actores de la revolución. La fuerza del movimiento insurreccional impondrá que los militantes más lúcidos asuman (parcialmente) la preparación de una insurrección.

Sin embargo, esos militantes que supieron actuar de manera revolucionaria, pese a pertenecer algunos al Comité Central de la Guardia Nacional, no impulsaron consecuentemente la ruptura con dicho Comité. Sobre esta debilidad volveremos más adelante.

Por su parte, el Comité Central de la Guardia Nacional, a pesar de ser superado y negado por los acontecimientos, será quien recoja el beneficio de ese levantamiento proletario y quien socave las tentativas de extensión de la lucha. Al asumir el control de la situación, el Comité Central iba a imponer una

dirección de contemporización, mientras que el movimiento planteaba la cuestión urgente y dramática de ¿extensión de la revolución o muerte! El planteamiento era: tras esta rápida victoria..., ¿por qué no ir a cazar a la bestia que huyó a refugiarse a Versalles? ¿Por qué no desarrollar el derrotismo revolucionario ganando a la multitud de soldados indecisos y desmoralizados que se concentraban en Versalles, atacando directamente al gobierno de Versalles?

La burguesía, por su parte, no pierde su tiempo. Esa misma noche el gobierno, junto con amplias columnas de gendarmes y de soldados (algunos fieles al gobierno, otros indecisos), se retira sin obstáculos hasta Versalles. El 19 de marzo, Jules Favre dirá:

«El gobierno abandonó París con el único fin de conservar al ejército. Pero que lo sepan los amotinados, si la Asamblea Nacional está en Versalles, es con el ánimo de regresar para combatir el amotinamiento y combatirlo resueltamente».

Las fuerzas revolucionarias no perciben lo crucial del momento permitiendo, casi sin trabas, la reorganización de las fuerzas burguesas. Para la burguesía se trata de impedir que la revolución gangrene aún más las fuerzas armadas, cortar el contacto de las tropas indecisas con los batallones ganados para la revolución. Se trata de retroceder para tomar

mejor impulso. Su retirada provocará también el aislamiento de los bastiones revolucionarios.

Para sobrevivir, toda lucha tiene que desarrollarse, tanto en el sentido de desarrollar su ruptura con todos los aspectos de esta sociedad de miseria y de muerte, como en el de extenderse geográficamente. El aislamiento privará al proletariado de París de la posibilidad de desarrollar el derrotismo revolucionario, de hacer propaganda en las tropas indecisas, de buscar el contacto con los soldados desmoralizados, de apuntar a los oficiales que ahora se encuentran a cubierto en Versalles.

Además, ese aislamiento conseguirá que la lucha del proletariado se identifique con la defensa de París, «abandonada» a los prusianos. Las fuerzas burguesas que permanecen en París lo tendrán muy fácil para conducir al movimiento insurreccional hacia la defensa de la «ciudad libre». «Defender París» y «Gestionar la victoria» serán otros tantos factores para ahogar al proletariado insurrecto en una lucha que ya no le pertenece, para hacer que los proletarios de los suburbios se sientan solos y desarmados. Se jugaban pues dos cuestiones fundamentales: aislar París, pero también aislar, dentro de París, los barrios rojos.

En esa situación nace una gran confusión. Si bien el movimiento revolucionario en París se expresó en un primer momento bajo la bandera de la defensa de Francia, y después bajo la de París, entre enero y febrero se hizo cada vez más claro para un número creciente de proletarios que el enemigo estaba en el mismo París. Pero con la nueva repolarización París-Versalles esa claridad se esfuma. ¿Quién es ahora el enemigo? ¿Thiers y su camarilla retirados a Versalles? ¿Bismarck y sus tropas que cercan París? ¿O hay que buscarlo como siempre en París?

Condenar a Thiers por abandonar París a la presencia prusiana era una baza inesperada para llevar al proletariado a luchar del lado del futuro gobierno parisino. Pero defender París no era necesariamente defender la revolución. Al contrario..., bajo la consigna de «Salvar París» la lucha proletaria va a ser desviada del enfrentamiento clase contra clase y ahogada en los problemas de gestión «de la victoria». Es así como el mito de la «ciudad libre» acaba arrastrando la lucha por la defensa de la revolución a la defensa de un territorio, en el cual los bastiones proletarios de los barrios rojos no representaban más que una minoría. Esa repolarización de la situación permitía proceder a la transformación de la guerra de clases en guerra burguesa.

Hoy podemos afirmar que fue un grave error dejar marchar al enemigo, no perseguirlo hasta debilitarlo y organizar su desbandada definitiva; fue un grave error, no sólo dejar al enemigo reorganizarse, sino también dejar que el movimiento se encerrase en París. Para la burguesía se trataba de organizar la contrarrevolución salvando lo que aún podía salvarse, reagrupando a las fuerzas disponibles y preparándose para volver con mayor fuerza. Se trataba así de cortar toda posibilidad de extensión de la revolución, de romper todo contacto con otras tendencias a desarrollar por la revolución, se trataba de aislarla y fatigarla para después destruirla.

2.2. Del 19 al 26 de marzo de 1871

Tras un año repitiéndole una y otra vez a los proletarios que sus enemigos son los prusianos, el movimiento proletario se volvió contra «sus propios» oficiales, «sus propios» burgueses y por eso mismo contra el nacionalismo, bandera que le sujeta a la nación, entidad aclasista en la cual el proletariado no puede servir más que de carne de trabajo y/o de cañón. Sin embargo, con la marcha de una fracción burguesa a Versalles, se introdujeron nuevos subterfugios. El nuevo reparto entre París y Versalles, la división de tareas entre el gobierno de la Comuna y el gobierno de Thiers apresó al proletariado. Es así como a partir del 19 de marzo, y ante la ausencia de una clara ruptura con la izquierda burguesa, otros elementos complementarios de la contrarrevolución tomarán el relevo del nacionalismo: politicismo, parlamentarismo, republicanismismo.

La incapacidad del proletariado para asumir el salto de cualidad insurreccional que habría supuesto el aplastamiento de los canallas de Versalles, sus dilaciones, la delegación de su poder y su sumisión al legalismo son tales que será el Comité Central de la Guardia Nacional, quien ya dio pruebas de su papel contemporizador, el que se convertirá en la instancia

bajo la cual se jugará la suerte del movimiento insurreccional. Sin embargo, mientras la mayoría en ese Comité contribuye a encerrar la lucha en la gestión cotidiana parisina y en la preparación de las elecciones, existe también en su seno una fracción que, impulsada por la fuerza de la revolución, reclama marchar sobre Versalles y disolver allí la Asamblea Nacional.

Es un momento crítico en el cual es preciso actuar. Por un lado, el ejército, ocupado en replegarse sobre Versalles, está en plena descomposición; del otro, en París hay millares de proletarios dispuestos a tomar el camino hacia Versalles para vencer al enemigo. Esta movilización es de tal magnitud que está a punto de desestabilizar por completo a la burguesía, impedir su reorganización en Versalles y variar la correlación de fuerzas. Sin embargo, la debilidad existente en el movimiento hace que esos miles de proletarios se sometan a la autoridad del Comité Central de la Guardia Nacional: se inscriben en masa en el *Hôtel de Ville* como voluntarios, esperando... que ese Comité Central asuma la dirección de la respuesta, que tome las decisiones necesarias para actuar enérgicamente.

Pero ésa no será la intención del Comité en absoluto, sino que, por el contrario, se esforzará en imponer una solución política, haciendo una cuestión

de honor el remitir la responsabilidad de los acontecimientos a un gobierno elegido por sufragio universal. El Comité Central pondrá entonces todas sus energías en preparar las elecciones y de ese modo activar todos los mecanismos para asfixiar el movimiento y pacificar la situación, consagrando así su función contrarrevolucionaria. Por su parte, la desbordante energía revolucionaria será incapaz de dotarse de otra dirección.

La fuerza del legalismo y su corolario trágico, la incapacidad del proletariado de asumir el salto de calidad insurreccional hasta el final, con el aplastamiento de la sabandija versallesa, la falta de claridad y de decisión de los militantes más radicales del momento, como Eudes y Duval, permitirá que el Comité Central se convierta inevitablemente en la instancia que decide el futuro del movimiento.

Esos militantes quedarán atrapados en una contradicción. Al mismo tiempo que permanecen en el Comité Central, dándole así toda la credibilidad que éste necesita para tomar las riendas del movimiento, propondrán acciones que el Comité Central no sólo no tendrá ninguna intención de sostener, sino que, por el contrario, hará todo lo posible por impedir. Es así como agotarán todas sus energías tratando de influir en las decisiones del Comité Central consoli-

dando y fortificando a este organismo en su función de dirección burocrática y de freno del movimiento.

Por ejemplo, a lo largo del día 18 de marzo y bajo el impulso de su propia actividad, militantes como Duval, Eudes, Brunel y los blanquistas pertenecientes al Comité Central, le proponen a éste marchar sobre Versalles y tomar medidas urgentes. En palabras de Duval:

«Ciudadanos, acaban de decirnos que la mayoría de los miembros del gobierno permanecen todavía en París; en el 1º y 2º distrito se está organizando la resistencia; los soldados parten hacia Versalles. Hay que tomar medidas rápidas, detener a los ministros, dispersar los batallones, impedir la salida del enemigo»⁸².

Otros militantes, como Ferré o Jaclard, situándose fuera del Comité Central, reclaman también esa salida. Pero de esa forma no hacen sino repetir el error que cometieron cuando se detuvo al general Chanzy el 18 de marzo: en lugar de apoyarse en los militantes más combativos, ignorando las argucias legalistas, se remiten a la autoridad supuestamente revolucionaria del Comité Central.

⁸² J. Rougerie, *Paris libre*. 1871.

Las únicas acciones que emergen desde nuestra clase fuera del Comité Central fueron asumidas por militantes como Jean Allemane⁸³. El 19 de marzo se dirige a Versalles y junto con sus compañeros planea realizar un ataque que presentará el día 22 a Billioray –miembro de la AIT, del Comité Central y del futuro gobierno de la Comuna– y vuelve para conspirar. Pero Billioray ignorará ese proyecto comprometiendo el desarrollo de la revolución y la vida de los militantes involucrados en esa acción revolucionaria. Esa oposición revela todo el abismo de clases que hay entre la práctica de quienes asumen riesgos para responder inmediatamente a las necesidades de la lucha y quienes se preparan para el criminal circo democrático.

La tentativa de Jean Allemane de propagar el derrotismo revolucionario en Versalles respondía plenamente a las necesidades y posibilidades del

⁸³ La historia burguesa ha impuesto que se recuerde a Jean Allemane por su práctica reformista posterior más que por la actividad revolucionaria que desarrolló en la lucha contra Versalles. En *Mémoires d'un communard* (1906) denuncia con fuerza todo el democratismo de los futuros diputados que se oponen a las enérgicas tentativas, aunque insuficientes, de destrucción del Estado. Anotemos también que en 1878, en Nueva Caledonia, rechazó, en contraposición a la mayoría de los *communards* deportados, participar en la represión armada contra los insurgentes *kanak*.

desarrollo de la lucha en esos momentos. Efectivamente, como ya hemos señalado, las tropas no estaban cohesionadas: los soldados insultaban a los oficiales, muchos de ellos regresaban a París, otros obedecían sólo por el miedo a los gendarmes. Claramente, el sentimiento general de los soldados era el de simpatizar con lo que sucedía en París. También Louise Michel, que había percibido la importancia de esta cuestión, acudió a Versalles a discutir con los soldados y distribuirles la prensa de París, a la cual evidentemente no tenían acceso.

¿Y qué hace el Comité Central? Gestiona los asuntos de Estado, para lo cual asigna puestos gubernamentales, responsabilidades solemnes. Se deja absorber totalmente por la preocupación puramente burguesa de gestionar los bienes de la República. Militantes históricos como Eudes son nombrados «ministro de la Guerra», Duval y Rigault, «ministros de la Prefectura de Policía», Varlin y Jourde, «ministros de Finanzas»... Mientras tanto, la contrarrevolución se organiza y se burla de tanta indecisión. Incluso un desecho burgués como Vinoy (jefe de las tropas de Versalles hasta el 14 de abril) se percataba del error «militar» del proletariado, que así mila entonces al Comité Central:

«El Comité Central cometió un error grande e irreparable al no aprovechar su ventaja para marchar inmediatamente sobre Versalles»⁸⁴.

Otro grave error fue no tomar el monte Valérien, fuerte militar situado al oeste de París, estratégicamente importante ya que domina desde lo alto toda la ciudad. Los versalleses se apoderaron de él la noche del 20 al 21 de marzo.

Marx hace un balance de la actividad contrarrevolucionaria del Comité Central:

«Parece evidente que los parisinos están derrotados. Ellos mismos tienen la culpa, pero esta culpa es el resultado de una gran honestidad. El Comité Central y más tarde la Comuna dejaron tiempo a ese enano monstruoso de Thiers para que concentrase las fuerzas enemigas:

Primero, porque tenían la loca voluntad de no impulsar la guerra civil. ¿Acaso Thiers no la empezó ya al intentar desarmar París por la fuerza? ¿Acaso la Asamblea Nacional, convocada únicamente para decidir entre la guerra o la paz con Prusia, no declaró de inmediato la guerra a la República?

Segundo, porque no querían que sobre ellos sobrevolara la duda de haber usurpado el poder,

⁸⁴ Investigación parlamentaria sobre la insurrección del 18 de marzo.

perdiendo un tiempo precioso con las elecciones de la Comuna, para las que la organización, etc., conllevó mucho tiempo, cuando habría que arremeter directamente contra Versalles después de la derrota de los reaccionarios en París»⁸⁵.

Pero mientras la contrarrevolución se reorganiza en Versalles, el Comité Central se entretiene en minucias, arengas y canaliza el impulso revolucionario en la gestión de los «asuntos cotidianos». El tiempo es más valioso que nunca, la revolución no espera; su detención, aunque momentánea, significa su muerte. En el seno del Comité Central, la preocupación por la legalidad es tan fuerte que cede a la presión... de los todavía representantes legales de París (los alcaldes) que querían ¡que el Comité Central abandonara el *Hôtel de Ville*, que ocupaba sin haber sido elegido! Durante dos días las negociaciones con ellos van viento en popa para desembocar, el 20 de marzo de madrugada, en un acuerdo que estipula que «a las 4 de la mañana Varlin y el resto de miembros [del Comité Central] acuerdan abandonar el *Hôtel de Ville*, los ministerios, las alcaldías, todas las administraciones y entregárselas a las municipalidades». Pero la fuerza de la revolución aún está presente, ya que ese compromiso fue rechazado por

⁸⁵ K. Marx, carta a Liebknecht del 6 de abril de 1871.

los «Comités de Vigilancia que obligan al Comité Central a permanecer en el *Hotél de Ville* hasta después de las elecciones. Los esfuerzos de Varlin no sirvieron de nada»⁸⁶. Sin embargo, queda en evidencia que los esfuerzos de éste, así como los de otros miembros del Comité Central, como Moreau, Jourde..., contribuyeron a que los proletarios se centraran en minucias en vez de a actuar contra Versalles. En los hechos, no actuar contra Versalles suponía dejar las manos libres a la contrarrevolución para reorganizarse y reconstruir un ejército disciplinado, sumiso y aislado del proletariado de París, es decir, preparar la masacre.

La gestión significaba también la sumisión al poder del dinero. El Banco de Francia, con 3.000 millones de francos, de los cuales unos 300 existían en efectivo, es custodiado por unos pocos batallones fieles a Versalles. En buena lógica, un militante como Varlin no podía más que plantear apoderarse de ese tesoro de guerra al alcance de la mano. A ese propósito un expediente de policía precisa:

«En la segunda sesión del Comité Central mantenida en el Hôtel de Ville el 19 de marzo de 1871, el señor Varlin propuso apoderarse del Banco de Francia con ocasión del retraso de las

⁸⁶ M. Cordillot, *op. cit.*

pagas a los guardias nacionales. Esa propuesta fue desestimada para aceptar un préstamo de dos millones».

El Comité Central se inclina ante esta institución, limitándose a pedir algunas miserables monedas para pagar el sueldo de los federados y los asuntos cotidianos de la administración del Estado.

Es tal la fuerza del dinero que el instinto revolucionario, socavado por los mecanismos democráticos como el voto, la sumisión a la mayoría y el respeto por la legalidad, es reducido a la nada. Las tareas indispensables (y relativamente simples) para el desarrollo de la lucha proletaria son eludidas y transformadas en mendigar al poder del dinero. ¡Por falta de claridad, de ruptura y de determinación, algunos militantes, como Varlin, se dejan absorber por todos estos mecanismos castradores y acaban atados de pies y manos a ese movimiento de reforma del capital!

En esos momentos de inestabilidad social, el Banco de Francia podía utilizarse como tesoro de guerra. Pese a que es evidente que la revolución no se compra, y que los criterios de su extensión no tienen nada de mercantiles, no es menos cierto que el dinero es el nervio de la guerra y que el proletariado debía de impedir que la fracción Thiers dispusiera

de ese apoyo logístico indispensable para reorganizarse.

Será así como el Comité Central adquiera peso con el paso de las horas, de los días. La oposición, constituida por los elementos más radicales que se habían manifestado desde el 19 de marzo, acabará integrada en la gestión de las necesidades... ¡burguesas! del momento. El Comité Central se afirmará cada vez más como autoridad ineludible e interlocutor oficial con los representantes legales de París, con Versalles y el ejército alemán. Como dice Da Costa:

«Reconoce tanto a la Asamblea como al gobierno de Thiers, con la doble condición, sin embargo, de que el programa de las reivindicaciones parisinas se acepte y que no se atente contra la República salida de la revolución pacífica del 4 de septiembre de 1870».

De ese modo, el Comité Central afirmará su fuerza y representatividad mediante toda una serie de medidas, como por ejemplo:

- El 19, el Comité Central libera al general Chanzy⁸⁷, encarcelado la víspera por Duval que quería usarlo como rehén y que los proletarios querían

⁸⁷ Cuestión que desarrollamos en las «Notas sobre la AIT, los blanquistas y otros militantes».

fusilar como ya habían hecho con los generales Clément y Thomas.

- Ese mismo día los proletarios habían ocupado los periódicos burgueses para acallar su propaganda contrarrevolucionaria; el Comité Central ordena el respeto a la libertad de prensa.

- El 21, ante la inquietud del ejército alemán por la revolución, el Comité Central responde:

«La revolución acometida en París por el Comité Central, teniendo un carácter esencialmente municipal, no es bajo ningún concepto agresiva contra el ejército alemán».

Cuando el día 21, el Comité Central realiza una serie de medidas muy populares, sobre todo con los más desfavorecidos, no hace más que ratificar un estado de cosas contra el que no puede oponerse. Como afirma Lissagaray:

«El mismo día, el Comité Central suspendía la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad, prorrogaba por un mes los vencimientos, y prohibía a los propietarios desalojar a sus inquilinos hasta nueva orden».

Cuando los alcaldes de París y algunos diputados quieren retrasar la fecha de las elecciones del gobierno de la Comuna, el Comité Central se verá de nuevo enredado en charlatanerías que durarán varios

días. Sólo bajo la presión de los Comités de Vigilancia el Comité Central decide interrumpir los debates. El 21 de marzo en la plaza Vendôme, una manifestación de burgueses hostiles a la revolución es reprimida por un batallón rojo de la Guardia Nacional –acción que será condenada por la mayoría de los partidarios que legitiman las elecciones–. Pero a pesar de ese tipo de resistencia, el proletariado se deja impregnar por la trampa del parlamentarismo, devolviendo el control de los tiempos a la contrarrevolución blanca, que lo necesitaba vitalmente para reorganizarse. Thiers no tiene dudas al respecto y afirma sobre todo este circo:

«Sin la ayuda que me prestaron todos los alcaldes y algunos diputados de París, que entretuvieron durante diez días a las gentes del Hôtel de Ville [el Comité Central], estábamos perdidos».

En otro momento Engels ya había subrayado que: «La defensiva es la muerte de toda insurrección armada»⁸⁸. La fuerza del movimiento proletario no será suficiente para alejar a los saboteadores reformistas que se apoyarán sobre esa debilidad para erigirse en los nuevos gestores, ansiosos en retomar

⁸⁸ F. Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. 1852.

por su cuenta la victoria provisional del 18 de marzo, para convertirla en derrota.

Los militantes proletarios llevarán muy lejos el compromiso con los falsos enemigos de Versalles, es decir, con la otra fracción burguesa: charlatanería con los alcaldes que permanecían en París sobre las formas del escrutinio y sobre la fecha de las elecciones; charlatanería con Versalles sobre la legitimidad de las elecciones. Esos militantes que siguieron confiando en un organismo que, en ese periodo crucial, seguía dedicado a la palabrería, a luchar contra la revolución, a desgastarla, fallaron en el momento en el que todo podía cambiarse. La práctica desorganizativa del Comité Central⁸⁹ es una arma que actúa contra el movimiento: prepara los proyectiles que Versalles lanzará sobre el proletariado un poco más tarde.

Y pese a todo, ¡qué periodo de generalización de las luchas! Durante el mes de marzo se declaran o

⁸⁹ Eudes nos señala: «Clémenceau quiso hablar con autoridad y mandó retirarse del Hôtel de Ville al Comité Central. Fue entonces cuando Duval lo interrumpió violentamente y pidió al Comité Central la autorización para conducirlo a Mazas». Ya habrá adivinado el lector cuál fue la respuesta del Comité Central. Sin embargo, ¿quién habría podido impedir a Duval y a su regimiento poner a la sombra a ese burgués engalanado?

resurgen movimientos insurreccionales por toda Francia:

- Del 22 al 25 de marzo en Lyon.
- Del 23 al 4 de abril en Marsella.
- Del 24 al 31 en Narbonne.
- Del 24 al 27 en Toulouse.
- Del 24 al 28 en St. Etienne.
- Del 26 al 28 en el Creusot.

Es necesario relativizar el aislamiento de París dentro de ese movimiento de lucha que alumbró un buen número de ciudades y regiones de Francia, en particular allí donde el movimiento obrero se manifestó con fuerza desde 1868 y donde era notable la influencia de la AIT. Sin embargo, los movimientos, tal y como ocurre en París, aunque generosos, siguen presos de la confusión y de la dispersión. Los mismos militantes no consiguen dar una dirección más clara a esa efervescente energía revolucionaria⁹⁰. No hubo casi ningún intento serio por parte de los revolucionarios de comprender esas tentativas insurreccionales como partes de una misma lucha dirigida contra el viejo mundo, y menos aún de asumir la necesidad de coordinarlas y centralizarlas.

⁹⁰ Hay que tener en cuenta también el importante movimiento de solidaridad en Alemania.

Durante ese tiempo «... mediante la simulación de negociaciones de paz con París, Thiers ganó tiempo para preparar la guerra contra París»⁹¹.

La imagen sobrevalorada del Comité Central en plena ola insurreccional del proletariado (para hacerla romper sin estropicios) se preservará a causa de su efímera existencia. El proletariado no tendrá tiempo de llevar más lejos la confrontación, verificando el temple y la naturaleza de ese organismo... y rompiendo con él. El Comité se apresurará a pasar el relevo a un futuro gobierno, adornado con el reconocimiento oficial dado por las elecciones.

Los militantes revolucionarios no llevarán su ruptura hasta abandonar el Comité Central, organizando sus perspectivas fuera y en contra de esa estructura. Al contrario, querrán mantenerla tal cual más allá del 26 de marzo, fecha de las elecciones. Quedarán atados a ese Comité y no romperán con su práctica reformista. Cuando el 24 de marzo, Eudes, Brunel y Duval, llamados por el Comité Central, toman la dirección militar en sus manos, la situación es ya irreversible. Se encuentran a la cabeza de una estructura vacía de su fuerza principal y que no ju-

⁹¹ K. Marx, *La guerra civil en Francia*.

gará más que un papel de fachada en el transcurso de los acontecimientos⁹².

Los proletarios, que hasta entonces tenían sus ojos puestos en el Comité Central, van a dirigirlos ahora sobre la elección del gobierno de la Comuna. Atrapados por la farsa electoral, van a delegar sus fuerzas en manos de burgueses patentados. ¡De una trampa a otra!

⁹² Ejemplifiquemos la política del Comité Central: la mayoría había puesto a Lullier como jefe militar, en contra de la minoría proletaria que quería poner a Brunel, que había dado ya pruebas de sus aptitudes militares. Lullier, incompetente y alcohólico hasta no poder más, será además un traidor, fanfarroneando más tarde de haber permitido a miles de gendarmes salir de París, y haber conspirado contra la revolución. Su actitud le valió incluso para beneficiarse de un régimen de favor en el presidio del Bagne.

2.3. El gobierno de la Comuna en acción

En París se desata el delirio del parlamentarismo. Se procede a la elección del gobierno de la Comuna. Militantes como Ferré, Rigault, Varlin y muchos más, curtidos en las prisiones, las barricadas, las huelgas, las manifestaciones, el exilio, la agitación, que han enriquecido con sus experiencias la clarificación del programa comunista..., se preparan para enfundarse el infame traje de diputado.

El 26 de marzo el gobierno de la Comuna es elegido. La constitución de ese gobierno materializa y refuerza la codiciada polarización entre París y Versalles. Es un paso más en la cristalización de las dos fracciones burguesas cuyo objetivo común y fundamental es la lucha contra el movimiento insurreccional, el restablecimiento de la paz social.

El gobierno de Thiers apunta al aplastamiento del proletariado insurrecto antes de toda reorganización del Estado. El gobierno de la Comuna tiende a la armonía social presentando un programa de reformas de fachada socialista, humanista, para adormecer al proletariado. Sus funciones son complementarias. Sin embargo, la fracción Thiers necesita más tiempo pues a nivel militar no se encuentra aún preparada.

En lo que concierne a la reorganización del ejército, podemos resumir el programa de Thiers en los siguientes puntos:

- Acuartelamiento y aislamiento de los soldados de Versalles con el fin de cortar cualquier tipo de lazo con los insurrectos; organización de una intensa campaña de lavado de cerebro; instigación de un espíritu de cuerpo contra el peligro (reducido a) «parisino».

- Depuración: miles de proletarios indisciplinados y poco fiables serán despedidos del ejército; otros son enviados, desde el 19 de marzo, a Argelia y participarán en la represión del movimiento insurreccional de la Kabylia⁹³.

- Vigilancia de los soldados mediante la presencia de gendarmes y otros chivatos, con el fin de hacer reinar... la disciplina y el miedo entre los proletarios con uniforme con el objetivo de transformarlos en una tropa capaz de masacrar a otros proletarios sin rechistar.

⁹³ Por ejemplo, el 23º batallón de cazadores que participó en la manifestación de la Bastilla a principios de marzo, así como el 86º de infantería, implicado en los acontecimientos del 18 de marzo en Montmartre, fueron enviados al norte de África. Sin duda alguna, la amenaza de ser enviado a África, que equivalía a años de trabajos forzados, contribuyó a restablecer la disciplina militar.

Por su lado, el gobierno de la Comuna introduce un discurso que consiste en hacer creer que los «hombres regulan su actividad con la razón y que la justicia evidente de la causa comunal se impondrá a todos los franceses...»⁹⁴. Basta con leer el discurso de Beslay, gran defensor de la Banca de Francia y miembro de la AIT⁹⁵, en ocasión de la proclamación de la Comuna en el que, después de haber afirmado que «la Comuna se ocupará de lo que es local, el departamento de lo regional, el gobierno de lo nacional...», concluye así: «No traspasemos ese límite fijado por nuestro programa, y el país y el gobierno serán felices y estarán orgullosos de aplaudir esta revolución tan grande y tan simple».

He ahí definido el comunismo: la gestión de los asuntos de Estado a nivel local sin otra pretensión, dejando de ese modo las manos libres a la fracción Thiers para retomar las riendas del Estado. Tras los acontecimientos, podemos afirmar que efectivamente todos los protagonistas de este gobierno se guar-

⁹⁴ Talès, *La Commune de 1871*. 1921.

⁹⁵ Su programa se reduce a la defensa del «orden, la República y la ley», como él mismo escribe en sus *Memorias*. En eso es fiel al programa burgués con el que se ha ilustrado, tomando parte en la represión de las jornadas insurreccionales de junio de 1848. Así se justifica en sus *Memorias*: «La exaltación del partido revolucionario y la miseria de la población laboriosa representaban un peligro que había que conjurar».

daron bien de no sobrepasar ese límite, y de ese modo contribuyeron a aislar París del resto del mundo, a encerrar y desarmar al proletariado.

¡La fuerza de la mistificación democrática alcanza su apogeo! ¡El parlamentarismo goza de toda su fuerza contrarrevolucionaria! Las luchas de fracciones, las oposiciones izquierda/derecha, las decisiones mayoritarias..., lo invaden todo. Las decisiones tomadas por mayoría son preconizadas como garantía contra los abusos de poder. Pese a no constituir más que un cuarto de los diputados, los miembros de la AIT, presos aún de la ideología proudhoniana, impulsarán la política global de ese gobierno, reduciendo su actividad a la de vulgares títeres del gran circo parlamentario. Al aceptar esa participación quedan atados ideológica y prácticamente. Todo ello contendrá una terrible fuerza de inercia. Se darán algunas raras excepciones, como la salida del 3 de abril, la ejecución de rehenes..., que constituirán rupturas momentáneas; sobresaltos de lucidez que les llevarán a tomar acciones en total oposición a la política del gobierno de la Comuna con el fin de actuar en el sentido del desarrollo de la revolución. Sin embargo, la farsa electoral, el comunismo y el legalismo tendrán las de vencer y entregarán al proletariado desarmado a la represión.

El conjunto de medidas tomadas por el gobierno de la Comuna va en el sentido de mantener las relaciones sociales burguesas. Otro extracto de la declaración de Beslay al día siguiente de la proclamación de la Comuna de París nos muestra todo el respeto rendido a los valores fundamentales de la sociedad del capital:

«La República de 1871 es un trabajador que ante todo necesita libertad para que la paz sea fecunda. ¡Paz y trabajo! He aquí nuestro porvenir. He aquí la certeza de nuestra revancha y de nuestra regeneración social»⁹⁶.

Ninguno de los pilares del mundo burgués será puesto en cuestión. Más bien al contrario, como veremos más adelante, retomando una serie de decretos, el gobierno de la Comuna hizo prueba, en el mejor de los casos, de una timidez extrema con las instituciones burguesas, como el Monte de Piedad, el Banco de Francia..., y una gran decisión respecto a objetivos simbólicos como tirar la columna Vendôme, destruir la casa de Thiers... para distraer a un proletariado que, pese a no declararse vencido, estaba totalmente desorientado.

La función misma de ese gobierno, en continuidad con la práctica del Comité Central, es la desor-

⁹⁶ Lissagaray, *op. cit.*

ganización de la vanguardia del proletariado. El movimiento insurreccional será quebrado desde el interior por la democracia parlamentaria; a la burguesía sólo le restaba aplastarlo desde el exterior por medio de la democracia de los cañones.

2.4. El 3 abril de 1871

La víspera del 3 de abril, Versalles retoma la iniciativa con un objetivo táctico inmediato: atacar Courbevoie, controlar el puente de Neully que atraviesa el Sena e impedir el reavituallamiento de los federados, y al mismo tiempo evitar todo contagio revolucionario⁹⁷. En ese enfrentamiento militar clásico, los guardias nacionales salen mal parados, lo que contribuye a su desmoralización. Sin embargo, ese ataque pone a prueba y consolida la unidad del ejército versallés que comienza a sentirse con alas.

Los proletarios, creyendo realmente que el gobierno de la Comuna se hacía cargo de sus intereses y confiando en su capacidad de iniciativa, se sorprenden cuando descubren que éste no había decidido nada para oponerse al ataque desde Versalles. Con esa ausencia de respuesta, el gobierno de la Comuna no hacía más que revelar la línea de conducta que iba a mantener hasta el final: inactividad, inmovilismo..., dejar que el ejército de Versalles se cuele por las brechas existentes, poco a poco despejar la

⁹⁷ El 31 de marzo, Bergeret fue a reconocer el puente y cuando llegó con patrullas de federados «los obreros salieron de sus fábricas» (sin que hayamos podido averiguar más), situadas a las afueras de París, «en gran número», según Thombs en su libro, *La guerra contra París*. De ahí la necesidad para Versalles de crear un cordón sanitario alrededor de París.

entrada a las tropas de Versalles en París, dando así paso a la masacre que siguió.

Al ataque de Courbevoie le seguirá un bombardeo sistemático de París peor que el del ejército alemán. Como respuesta, el proletariado desciende en masa de los barrios rojos gritando: «¡A Versalles! ¡A Versalles!».

«Un batallón de trescientas mujeres subía, con la bandera roja a la cabeza, los Campos Elíseos, pidiendo que las dejaran salir al encuentro del enemigo»⁹⁸.

Bajo la presión del proletariado, los blanquistas Eudes, Duval y Bergeret, retoman su actitud revolucionaria y deciden, fuera y en contra del gobierno de la Comuna –ocupado en aquel momento en legislar sobre la cuestión de la «separación de la Iglesia del Estado»⁹⁹– organizar una salida militar. El gobierno, del que Cluseret era el nuevo ministro de la Guerra tras su designación el 2 de abril... y miembro de la AIT, se abstiene de participar en esa salida. Se contentó con «asistir al movimiento», tal y como el mismo Cluseret escribió en sus memorias dándose un buen papel.

⁹⁸ Lissagaray, *op. cit.*

⁹⁹ Procesos verbales, expediente de la Comuna de 1871, edición integral de 1925.

Y como Lissagaray remarcó:

«Cluseret vio a los generales, los dejó comprometerse y por la mañana denunció su 'chiquillada'. Fue a este publicista militar, sin más prenda que la decoración conquistada sobre las barricadas de junio [... de 1848, ¡del lado de los represores!], al que algunos socialistas del 71 le encargaron defender la revolución».

Ardor y odio contra Versalles no faltaba. Como escribió Flourens a Berge:

«Tengo a 10.000 hombres de la 2ª legión en la Avenida des Ternes, llenos de ardor y no piden otra cosa que marchar sobre Versalles»¹⁰⁰.

¿Y en cuanto a organización? En realidad faltaba de todo, no había nada previsto: ni el aprovisionamiento ni el apoyo serio de la artillería ni los medios de enlace. Como constató B. Noël:

«Cada uno se tomaba por la República y cada cual pensaba que bastaba con presentarse para que Versalles, aterrorizado, abandonara la partida»¹⁰¹.

A las tres de la mañana del 3 de abril, tres columnas reunidas a duras penas bajo la autoridad de Eudes, Duval, Bergeret y Flourens, se dirigen resueltamente

¹⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁰¹ B. Noël, *op. cit.*, en la palabra «ofensiva».

hacia Versalles. Pero desde el monte Valérien se disparan algunos obuses que caen sobre la columna Bergeret. A pesar de no provocar grandes efectos, genera un movimiento de pánico y desconcierto entre los proletarios, que avanzaban convencidos de que la victoria sería fácil¹⁰², lo que permitirá a las tropas de Versalles retomar la iniciativa.

«Rendíos y salvareis vuestras vidas», les comunica el general Pellé. Los federados se rinden. Inmediatamente, los versalleses se apoderan de los soldados que combatían en las filas federadas y los fusilan. Los demás prisioneros, entre dos filas de cazadores, salen dirección a Versalles. Sus oficiales, con la cabeza descubierta, los galones arrancados, marchan a la cabeza del convoy.

En Petit-Bicêtre, la columna se encuentra a Vinoy. Éste ordena fusilar a los oficiales. El jefe de la escolta recuerda la promesa del general Pellé. [...] '¡Sois unos canallas!', dice Vinoy y girándose hacia sus oficiales exclama: '¡Que los fusilen!'. [...]

¹⁰² Según Lissagaray parece ser que algunos miembros del gobierno de la Comuna sabían que el monte Valérien estaba ocupado por Versalles y, según A. Arnould, algunos jefes de la Guardia Nacional también. De ese modo, el gobierno de la Comuna, al desentenderse de aquella acción, contribuye objetivamente a la masacre del proletariado.

El ejército del orden, retomando la horrible tradición de junio de 1848, masacra a los prisioneros»¹⁰³.

Lo trágico de esta salida es que no existió una estructura de toma de decisiones autónoma que enmarcara la acción en un plan para extender la revolución, que hubiera concebido el asalto como una guerra de clases, evitando los campos de batalla frente contra frente, y que, como ya lo hemos subrayado, hubiera minado previamente al enemigo en su origen, desarrollando el derrotismo revolucionario, ganando a los soldados aún indecisos para la causa revolucionaria, y atacando directamente al gobierno de Versalles.

Desgraciadamente, la ausencia total de preparación, así como la ingenuidad criminal de los militantes aún fieles al gobierno de la Comuna, perdidos en las ilusiones comunistas, no podía más que llevar al desastre ya conocido: lo mejor del proletariado en desbandada, decenas de muertos y heridos, prisioneros ejecutados en el acto como los militantes Duval y Flourens, vilmente asesinados, o torturados y después encerrados en los pontones¹⁰⁴ durante meses.

¹⁰³ Lissagaray, *op. cit.*

¹⁰⁴ Los prisioneros se amontonaban en viejas naves desarmadas, a veces ancladas en el mar, a veces ancladas en un puerto. Unos 20.000 proletarios fueron encarcelados allí en espera de juicio.

Son acciones tan desastrosas que desmoralizan a los proletarios más combativos y dejan el campo libre a Versalles, que a partir de ahí toma la iniciativa. Desde entonces los partidarios de la Comuna no harán más que padecer sus asaltos.

La salida del 3 de abril puede ser considerada como la última tentativa del proletariado de romper con el yugo del gobierno parisino y desarrollar la revolución. Tras los días que siguieron al 18 de marzo, en los que no se aprovechó la oportunidad de perseguir a los versalleses, el fracaso de la salida del 3 de abril pone punto y final a la capacidad de proletariado de revertir la correlación de fuerzas entre clases, de extender la revolución, de distanciarse del gobierno de la Comuna y de desarrollar su autonomía de clase. Desde ese momento, el combate se va a transformar. La guerra clase contra clase dará paso a una guerra burguesa contra el proletariado.

2.5. ¡Guerra burguesa o guerra de clases!

Hoy podemos afirmar que el gobierno de la Comuna sirvió objetivamente (es decir, en los hechos e independientemente del discurso que podía mantener) a la contrarrevolución. Pese a todo, tuvo que defenderse de varias tendencias que desde su interior ponían en cuestión, en el plano militar, su falta de iniciativa, su inercia, su desorganización muchas veces calificada de «incuria». Y hemos visto que la iniciativa de la salida del 3 de abril, que nosotros consideramos la última tentativa del proletariado por desarrollar la revolución, no pudo hacerse más que fuera y en contra de ese gobierno. Poco nos importa ahora determinar si, desde un punto de vista militar, la victoria sobre Versalles era aún posible el 3 de abril. Lo que queremos subrayar en cualquier caso, es el hecho de que militarmente el gobierno de la Comuna no intentó organizar ni esa salida ni cualquier otro tipo de resistencia al cerco de París.

Citemos a Elisée Reclus, apresado en la salida del 3 de abril:

«Durante los primeros días de la Comuna, la organización militar fue tan grotesca, tan nula,

como lo había sido durante el primer asedio bajo la dirección del lamentable Trochu»¹⁰⁵.

Lissagaray, que describe ampliamente la falta de organización de la defensa de París, hace hincapié en algunas cuestiones:

«Antes de finales de abril, la ofensiva prometida por Cluseret es imposible para cualquier testigo avisado. Dentro, hombres activos, comprometidos, se desgastan en luchas enervantes contra las oficinas, los comités, los subcomités, los miles de engranajes pretenciosos de las administraciones rivales y pierden días para que se les entregue un cañón. En las fortificaciones, algunos artilleros acribillan las líneas de Versalles, y [...] no abandonan sus piezas hasta que son barridos por los obuses [...]. Los bravos tiradores, a descubierto, van a sorprender a los soldados atrincherados en sus agujeros. Esa entrega y ese heroísmo, van a perderse en el vacío. Parece una caldera de la cual el vapor se escapa por cientos de brechas».

«Por su lado el comité de artillería, nacido el 18 de marzo, disputaba los cañones al servicio de la guerra [...]. Nunca se pudo crear un parque central ni siquiera saber el número exacto de bocas de fuego. [...] Algunas piezas de largo

¹⁰⁵ Número especial de la revista *Europe sur le Commune*.

alcance quedaron, hasta el último momento, tendidas a lo largo de las fortificaciones, mientras que los fuertes no tenían más que piezas del calibre 7 y de 12 para responder a los cañones monstruosos de la marina. A menudo las municiones enviadas no eran de ese calibre.

De las 1.200 bocas de fuego que poseía París, sólo 200 utilizó el Departamento de la Guerra.

El servicio de armería no pudo suministrar fusiles de aguja a todos los hombres en campaña y los versalleses, después de la victoria, encontraron 285.000, además de 190.000 de 'tabaquera' y 14.000 carabinas Enfield»¹⁰⁶.

¿Cómo pudo ese gobierno mantener ese engaño frente al proletariado?

Desde el principio, el objetivo del gobierno de la Comuna es poner orden en los batallones de la Guardia Nacional, reintroducir la disciplina militar y retomar el control. Para ello lo primero es suprimir paulatinamente la autoridad del Comité Central de la Guardia Nacional. Una comisión militar se posiciona en la plaza desde el 29 de marzo y:

«La comisión reemplaza al Comité de la Guardia Nacional; ella es responsable de la disciplina, del armamento, de la vestimenta y del equipo de la Guar-

¹⁰⁶ Lissagaray, *op. cit.*

dia Nacional. Se encargará de elaborar los proyectos de decretos relativos a la Guardia Nacional. El Estado Mayor de la plaza Vendôme sólo le rinde cuentas a ella. De acuerdo con la Comisión de Seguridad General, asume la seguridad de la Comuna y la vigilancia de las acciones de Versalles»¹⁰⁷.

Más allá del Comité Central de la Guardia Nacional, se trata de poner fin a toda iniciativa de auto-organización del proletariado, de reorganizar el monopolio de las armas y ponerlo en manos del gobierno de la Comuna. En una intervención en la sesión del 12 de abril, Gustave Lefrançais, miembro activo del gobierno de la Comuna, es explícito al respecto y:

«... solicita que la Comuna se encargue de lo siguiente: a pesar del decreto declarando que no se establecerá en París ninguna fuerza pública, salvo la Guardia Nacional, se han formado pequeños cuerpos que dan órdenes y crean puestos, como por ejemplo el cuerpo de Voluntarios de la Bastille, formado sin autorización. Se solicita pues que la Comuna inste a que el delegado de la Guerra sólo permita que se formen cuerpos de armas especiales, como artilleros y marinos [...]. El ciudadano Lefrançais [...]

¹⁰⁷ Ver los Procesos verbales, expediente de la Comuna de 1871, edición integral de 1925. .

entregó al buró la redacción siguiente: 'La Comuna deseando llegar lo más lejos posible en los términos de su decreto, insta al delegado de la Guerra a entregar inmediatamente a la Comisión Ejecutiva las informaciones necesarias para que ésta pueda disolver, o mantener, los diversos cuerpos francos que se han creado al margen de la Guardia Nacional»¹⁰⁸.

Como se evidencia en este extracto, el proceso de militarización no se hace sin problemas. Pequeños grupos desobedecen las consignas de enrolamiento e intentan conservar la iniciativa. De ese modo:

«Sin que nadie lo haya ordenado o autorizado, la creación de cuerpos francos reclutados en base al voluntariado [...] proliferan espontáneamente, sobre todo en mayo. Aparecen nombrados una treintena, como los 'Lascars de Montmartre', los 'Vengadores de Flourens', los 'Iluminadores de Bergeret', los 'Voluntarios de Montrouge', los 'Francotiradores de la Revolución', los 'Turcos de la Comuna'»¹⁰⁹.

Como se verificará en Rusia en 1917 o también en España en 1936, cuando el proletariado se arma y organiza sus propias milicias, grupos armados, bata-

¹⁰⁸ W. Serman, *La Commune de Paris*.

¹⁰⁹ *Ibíd.*

llones..., la burguesía, en nombre de la eficacia y de la necesidad de centralización, intenta siempre retomar el control de ese armamento, reintroducir la disciplina burguesa, los grados y los tribunales para ahogar mejor y condenar toda iniciativa proletaria.

Es así como en nombre de la necesidad de organizar la defensa de París, el gobierno de la Comuna pone en pie la militarización, proceso cuyo objetivo es poner fin al armamento del proletariado y disolver los cuerpos armados creados en el fragor de la lucha.

He aquí lo que significa la militarización de los cuerpos francos, formados por los elementos más decididos del proletariado: neutralizar su fuerza de choque y devolver a los proletarios a su función de carne de cañón. Ése es el verdadero propósito de los decretos que el gobierno de la Comuna dictará: restaurar la jerarquía, los galones, las medallas, las diferencias de sueldos, la corte marcial, los calabozos y las ejecuciones..., en resumen, restaurará la disciplina burguesa.

El engaño reside en el hecho de que todo se decide en nombre de la organización de la defensa de París. Así Cluseret, que se apodera de la dirección de las operaciones militares, con los cadáveres aún calientes de los proletarios caídos en combate en la

salida del 3 de abril, afirma estar preparando un sistema de barricadas para asegurar la defensa de París. ¡Hay que mantener al proletariado ocupado, distraerlo y adormecerlo! Pero en realidad nunca se emprendió nada en ese sentido, lo que facilitó el rápido avance hacia París de las tropas de Thiers desde el 21 de mayo, con la masacre posterior.

Iniciado con los decretos sobre la Guardia Nacional, el proceso de militarización se extiende y tiende a englobar toda la sociedad. A partir del 8 de abril, el gobierno de la Comuna censa a la población, decreta y organiza el servicio militar obligatorio, registra y persigue a los desertores... El Comité Central y luego los futuros Comités de Salud Pública aplicarán la misma política.

El gobierno de la Comuna, en la persona de Cluseret, decreta la movilización general de todos los hombres entre dieciocho y cuarenta años¹¹⁰, su incorporación en las unidades recién reformadas de la Guardia Nacional¹¹¹, y ¡su envío al frente! Dentro de esa lógica, se generalizan: regimientos especiales, condenas por insumisión o desertión, consejos de

¹¹⁰ Voluntario desde los cuarenta años.

¹¹¹ Esta medida también contribuyó a separar a generaciones de proletarios: los de más edad, que tenían la experiencia de las barricadas de los motines de 1848, se encontraron en la Guardia Nacional sedentaria.

guerra, así como otras medidas disciplinarias totalmente indispensables para el mantenimiento del orden en un ejército burgués¹¹²... Unas medidas que los diferentes funcionarios del gobierno se apresurarán en aplicar en sus respectivos distritos. A todo esto hay que añadir la desorganización voluntaria: regimientos abandonados a su suerte, órdenes contradictorias o no transmitidas, refuerzos que llegan demasiado tarde o que no llegan, municiones y equipos que no se distribuyen... El gobierno de la Comuna sólo podía llevar a la generalización de la desmoralización de las tropas, continuando la política de desgaste y liquidación del proletariado emprendida por Trochu, entonces miembro del gobierno de Defensa Nacional al que seguiría luego Rossel.

La transformación de la defensa de París en una guerra frente contra frente sólo puede conducir a entregar la victoria a la fuerza militar más poderosa, aquélla reagrupada en Versalles bajo las órdenes de Thiers, quien, por una parte, sigue disponiendo del dinero del Banco de Francia (que nunca fue acosado por el gobierno de la Comuna) para reorganizar su ejército, y, por otra, obtiene de Bismarck la liberación de 60.000 prisioneros y la autorización de au-

¹¹² Decreto del 11 de abril de 1871.

mentar hasta los 130.000 el contingente de hombres destinados a retomar París.

El proletariado, desarmado por su nuevo gobierno, sólo podía ganar la batalla con una táctica de acoso por parte de pequeñas unidades móviles que golpean allí donde no se las espera, creando la sorpresa, la desorientación y la desmoralización en las tropas regulares. Pero bajo el carácter que le ha dado el gobierno a la guerra, los proletarios que son enviados al frente contra los versalleses o atrapados en los fuertes bajo la metralla, sin ser relevados ni apoyados, comienzan rápidamente a generar un movimiento de desertión. Como subraya Allemane:

«Desgraciadamente, el entusiasmo había desaparecido y se cuentan por miles los refractarios»¹¹³.

Este movimiento de desertión tuvo que enfrentarse al encuadramiento cada vez más fuerte del gobierno de la Comuna. La adhesión del proletariado a la defensa de París era tal que los desertores fueron pronto tratados de «refractarios» y las mayoría de las veces obligados a volver al frente.

Por ejemplo, en el 12º distrito, «un batallón de mujeres» tratan de imponer al armamento de los

¹¹³ *Mémoires d'un communard.*

hombres «refractarios» y su envío al frente¹¹⁴. Incluso desde los clubes rojos se reclamaba vigorosamente esta medida. El interés de los proletarios enviados al frente era evidentemente negarse a ir a la carnicería, rebelarse contra esa guerra que ya no era la suya, rechazar el reclutamiento, retornar a sus barrios y organizarse en cuerpos francos que aumentarán durante el mes de mayo, a pesar de los decretos para desarrollar la militarización.

Sin embargo, a base de caer en los planes que conscientemente organizan la derrota, la situación lleva a la desmoralización.

Por un lado la militarización, por el otro los cuerpos francos se multiplican aunque sin superar su carácter minoritario y marginal. Como testimonia un oficial federado:

«Vivíamos en una casa de la que todos los inquilinos formaban parte de los batallones insurgentes. Cada día me enfrentaba a los insultos y a las amenazas; las mujeres repetían constantemente que era joven, que era una vergüenza que me quedara en casa»¹¹⁵.

Para el gobierno de la Comuna, el frente es una trampa, una falsa línea de defensa, en última instan-

¹¹⁴ E. Thomas, *Les pétroleuses*. 1963.

¹¹⁵ R. Tombs, *La guerre contre Paris*. 1981.

cia un tiro al blanco al que enviar a los proletarios con mayor voluntad de seguir peleando, a fin de exponerlos a los fusiles versalleses y deshacerse de ellos.

Para gran parte de los proletarios, ese frente es una línea de defensa del bastión de su revolución. Desean que esté a la altura de sus esperanzas y exigen al gobierno que haga lo necesario para ello.

Pero una minoría de proletarios ve, cada vez más claro, que todo está hecho para organizar su derrota. Ese frente no tiene más objeto que la de servir de carne de cañón. Se hacen refractarios y su posición es calificada de «holgazana», «cobarde» o incluso «traidora».

Sin embargo, ante el nuevo auge del patriotismo, ese movimiento de deserción y de constitución en cuerpos francos no tiene la fuerza para revertir la situación. Se mantiene en estado de negación pasiva, de desánimo, de desmovilización.

Por lo general ninguna fuerza organizada, ningún militante clarividente, ninguna expresión de una dirección/centralización de la lucha, se expresó con la suficiente fuerza para dar un vuelco al curso dramático de los acontecimientos. Lo que dominó hasta el final entre los proletarios más combativos fue esa política que apuntaba a sacudir al gobierno de la Co-

muna, en presionarle para hacer que asumiera la defensa del París insurrecto. El problema fue ver incoherencias –faltas, errores, debilidades– y hacer presión para rectificar, allí donde lo que había era coherencia en la voluntad de enviar al proletariado a la debacle.

Es paradójico que la salida fallida del 3 de abril viniera a pedir de boca en la argumentación de los diputados del gobierno de la Comuna, para desanimar y silenciar a quienes aún creían en una posible defensa del París insurrecto. ¡Es impresionante constatar cómo los comunicados de guerra emitidos tanto por Cluseret como por Thiers son similares en su triunfalismo!

Como resultado de todo esto, el 21 de mayo en París ya no quedaban más que ¡12.000 federados!

Y otra paradoja. Frente a los fusiles versalleses, a pesar de toda el ambiente de desorganización y el desgaste general, los proletarios venderán cara su piel, sosteniendo con firmeza las barricadas hasta el final.

2.6. Los decretos del gobierno de la Comuna

Desde el punto de vista burgués, la ventaja del gobierno de la Comuna respecto al Comité Central de la Guardia Nacional es su legitimidad, el hecho de que es producto de la voluntad popular, elegido por sufragio universal¹¹⁶. Los partidarios del gobierno de la Comuna eran los únicos en sacar alguna gloria de esa legitimidad parlamentaria. Para Versalles, el objetivo inmediato estaba logrado: empujar a París a enredarse en una campaña electoral y así ganar tiempo para preparar con fuerza su regreso. Es más, tras el 26 de mayo los dos gobiernos van a darse el lujo de prolongar esta farsa entablado, por medio de la prensa, una batalla jurídica sobre la legalidad del escrutinio. De esta forma, por un lado el Estado entretiene al proletariado con un espectáculo de marionetas, mientras que por el otro afila sus armas. Por un lado, el gobierno de la Comuna se infla con declaraciones cada vez más grandilocuentes y, por el otro, Versalles reorganiza sus fuerzas y prepara su entrada en París.

Si miramos de cerca los decretos del gobierno de la Comuna, que por lo general la historia nos presenta como las expresiones prácticas de la revolu-

¹¹⁶ ¡No tan universal, ya que las mujeres no votaban!

ción, comprobamos que ninguno de ellos corresponde a las necesidades del momento: ni extensión ni defensa de la revolución. Echando una rápida ojeada, sólo uno de los decretos podía corresponder, a nivel de redacción y sobre el papel, a las necesidades de la lucha. Precisamente es interesante que nos detengamos en él, aunque sea brevemente, porque tanto el origen como la redacción definitiva de ese decreto ilustra bien la voluntad del gobierno de la Comuna de actuar en todas circunstancias en el cuadro de la legalidad, del respeto del derecho y por la pacificación social.

El decreto sobre los rehenes o cómo defender la legalidad y la justicia

Frente a la ausencia de un contraataque serio por parte de las fuerzas comunales, la arrogancia de las fuerzas de Versalles no tiene límites. Los *communards* hechos prisioneros en la salida del 3 de abril son sometidos a la tortura y el asesinato. En represalia, el gobierno de la Comuna emite el 5 de abril el decreto sobre los rehenes, de una dureza extraordinaria..., ¡pero sólo en lo formal! Como pasa frecuentemente con ese gobierno, es el verbo el que lleva la voz cantante, pero en la práctica todo se centrará en que ¡el decreto no se aplique! Cuando Versalles co-

noce esta realidad por medio de los innumerables espías que tiene desplegados por París, retomará las torturas con más brío: violaciones, ejecución de los heridos, hacinamiento en calabozos siniestros, etc.

Las condiciones bajo las que se realizó ese decreto sobre los rehenes permiten conocer mejor cómo los militantes proletarios se dejaron arrastrar a la defensa del derecho, mientras que en la víspera del 4 de abril se colocaban en el terreno de la fuerza. Y esto es válido tanto para lo concerniente a los decretos de aplicación inmediata como a los decretos más generales, referentes a la propiedad, la iglesia y el ejército.

Para que se nos entienda mejor, queremos exponer un extracto del relato del 4 de abril cuando los miembros del gobierno de la Comuna conocen la muerte de Duval, Flourens, etc.:

«Todo el mundo está en pie... 'Hay que vengarlos... como represalias tenemos que fusilar nosotros también'. Se exponen las posiciones más violentas. Rigault quiere que se fusile al obispo, que fue detenido ayer en Mazas..., que se fusile a los curas y a los jesuitas arrestados con él. 'Hay que abrir las prisiones al pueblo que hará justicia', grita alguien...»¹¹⁷.

¹¹⁷ M. Vuillaume, cuaderno n° VII de los *Cahiers rouges au temps de la Commune*, publicados 1908, cuaderno suprimido en

Es en ese momento que interviene Protot, el delegado de Justicia; tomando la palabra:

«Represento a la Comuna por la enorme responsabilidad que va asumir si cede a esta corriente de violencia hacia la que se quiere arrastrarnos. 'No se responde, dije, a una masacre con otra. No podemos violar el derecho de las personas. Hay que actuar legalmente'. La sala se agita. Rastoul me grita: 'Entonces, si siguen matándonos no haremos otra cosa que seguir la legalidad'. Le respondo: 'Se puede ser terrible con los enemigos permaneciendo justos y humanos [...]. Por lo demás, no hay en las cárceles tan sólo enemigos de la Comuna, se encuentra gente denunciada, que pueden resultar inocentes... Lo que podemos hacer es tomar una resolución legal, redactar, discutir y adoptar, si la aprobamos, una proposición que instituya una forma de represalias, manteniéndonos dentro de los límites del derecho'».

Así es como este personaje interviene para impedir cualquier respuesta inmediata en el calor de la batalla. Arroja un jarro de agua fría sobre el fuego, y esos mismos miembros que reclamaban represalias inmediatas, presos de la legalidad burguesa, acaban por aclamar a Protot al final de su intervención y le piden que redacte el decreto sobre rehenes. Este de-

las siguientes ediciones.

creto no sólo es un trozo de papel, sino que ante todo su historia es una muestra de cómo individuos impregnados de legalidad, de justicia y de paz, logran calmar, banalizar y desviar el impulso clasista que apuntaba a organizar el contraterror, vaciando rápidamente el decreto sobre rehenes de todo contenido.

Retendremos de esa intervención la frase clave: «... manteniéndonos dentro de los límites del derecho», porque permite entender los límites en los que se movían, no sólo los elementos más reformistas del gobierno de la Comuna, sino también militantes proletarios como Eudes, Vaillant, Clément, Rigault. Militantes que, por lo demás, continuaban defendiendo aspectos fundamentales del programa de la revolución, como la lucha contra la propiedad privada, la necesaria organización del contraterror, aunque manteniéndose, por el momento, presos de la lógica del gobierno de la Comuna.

Ese decreto no será más que una medida demagógica, politicista, para calmar a los proletarios enfurecidos por los ecos de las masacres llevadas a cabo por Versalles y que clamaban venganza. Cuando el proletariado, acorralado por las fuerzas de Versalles en plena semana sangrienta, se decida finalmente a poner en práctica el necesario contraterror y fusile el 26 de mayo a los rehenes, los mismos

que habían votado el decreto seguirán, a riesgo de sus vidas, oponiéndose a ello con todas sus fuerzas.

Será necesaria la presión de los proletarios acribillados por obuses, y sobre todo asqueados por la orientación criminal del gobierno de la Comuna, para que, en plena semana sangrienta, militantes como Raoul Rigault y Ferré asuman actos de contra-terror rojo en total contraposición al gobierno de la Comuna: encarcelamiento de burgueses que permanecían en París (espías, curas, banqueros y otros) y ejecución de parásitos como Chaudey. Será necesario estar atenazados por los cañones versalleses, indignados por toda la charlatanería parlamentaria y los engaños cometidos hasta que finalmente son desgarradas sus entrañas, para situarse claramente del lado de las necesidades de la lucha y deshacerse de las prerrogativas de ese gobierno enemigo.

Por fin quedaba claro que no asumir ese decreto coincidía objetivamente con el terrorismo de Estado de Versalles. Blanqui había mostrado el camino de la intransigencia:

«La libertad que aboga contra el comunismo, ya la conocemos, es la libertad de avasallar, la libertad de explotar al máximo, la libertad de las grandes existencias, como dice Renan, con las multitudes por estribo. Esa libertad el pue-

blo la llama opresión y crimen. Ya no quiere nutrir la con su carne y su sangre»¹¹⁸.

Otros decretos

¡En su frenesí legalista, el gobierno parisino, como cualquier otro gobierno, se puso a legislar! Franquicia municipal, reforma del Monte de Piedad, supresión del trabajo nocturno de los panaderos... Mientras los proletarios se levantaban en diferentes ciudades de Francia... ¡los decretos consolidaban el comunalismo!

A nivel global, para el gobierno de la Comuna se trataba de «gestionar la victoria». El politicismo se lo toma a pecho: las diversas reelecciones del gobierno de la Comuna, el baile de responsables, la infinita serie de comisiones y sus incesantes remodelaciones, las charlatanerías, los votos..., toda esa frenética actividad parlamentaria cava un abismo entre el proletariado en armas y aquellos que se consideran sus representantes.

El gobierno de la Comuna canalizaba y desviaba la lucha de los proletarios con el objetivo de que abandonaran sus intereses de clase en favor de una alternativa burguesa al gobierno de Versalles. El análisis de los decretos tomados de forma aislada

¹¹⁸ Blanqui, *Le communisme, avenir de la société*. 1869-1870.

podría sugerir, en última instancia, una cierta tentativa –aunque insuficiente– de responder a la lucha. Pero si los ponemos en su contexto global, apreciamos que algunos no hacen más que responder, según las circunstancias, a la necesidad urgente de aliviar temporalmente las condiciones de vida del proletariado a fin de detener cualquier ataque a la sacrosanta propiedad privada, mientras que otros no tuvieron otra función que la de desviar la atención. En todos los casos, la función de todos los decretos es calmar al proletariado, hacerlo esperar, deponer su lucha y si se rebela lanzarle un hueso.

Los admiradores del gobierno de la Comuna han hecho mucho ruido en torno a esos decretos, presentándolos como el embrión de una sociedad comunista y/o en ruptura con el viejo mundo. Falso. Los nuevos gestores, habiéndose fijado la tarea de defender París en el cuadro de una guerra frente contra frente, de reorganizar la economía y gestionar el comercio de la fuerza de trabajo, sin ningún tipo de ruptura con la lógica del valor, de la propiedad privada, de la explotación mediante el trabajo, no podían hacer otra cosa que emitir decretos reformistas; algunos de los cuales se situaban incluso por debajo de medidas tomadas por gobiernos anteriores.

Pese a todo, la situación de convulsión social era de tal magnitud que permitía acciones de ruptura

con el reino del dinero. Como escribió «un viejo hebertista»:

«En este momento no hay más que un derecho, es el del proletario contra el propietario y el capitalista, del pobre contra el rico y el burgués, del desheredado desde hace siglos contra el holgado y el hedonista. Pobres y proletarios no queremos más al que tiene todo y vive en el placer. Si el pastel no es suficientemente grande para que todos tengan una parte igual, primero para nosotros antes que nadie: ya hace demasiado tiempo que esperamos...»¹¹⁹.

Sin embargo, el gobierno de la Comuna defiende el derecho del propietario, del banquero. Podemos comprobarlo cuando promulga algunos decretos como los que afectan a la vivienda, al Monte de Piedad, o al *octroi*¹²⁰, en los que no hace más que respetar la propiedad privada. A pesar de frases grandilocuentes pronunciadas por Vaillant («recuerden que tienen que golpear la propiedad con nues-

¹¹⁹ Se trata de un texto dirigido a Audouynaud, miembro del Comité Central, fechado el 28 abril de 1871, firmado por «un viejo hebertista» y citado en el libro de J. Rougerie, *Procès des communards*. Tomamos aquí algunos pasajes porque dicho texto tiene el mérito de ser claro, de ser una denuncia del gobierno de la Comuna y de haber sido escrito en esa época.

¹²⁰ Impuesto aplicado a los productos alimenticios.

tros decretos socialistas»¹²¹), todos los miembros del gobierno se colocan en los hechos bajo la fórmula del reformista Jourde, pronunciada en las discusiones sobre el Monte de Piedad: «Destruir el Monte de Piedad sería realizar un atentado a la propiedad, algo que jamás hemos hecho. No creo que sea sabio, útil, inteligente proceder de esa manera»¹²².

El viejo hebertista se desmarca de esa posición burguesa:

«¿Qué es lo que se oye en el Hôtel de Ville? Viejas palabras de respeto, de derecho, de probidad, de decencia, incluso, ¡que el diablo me lleve!, de delicadeza, todo tonterías para cubrir y justificar la opresión de los proletarios por los ricos y los burgueses. También se habla, créeme ciudadano, de capitales e intereses».

El decreto sobre los alquileres, adoptado el 29 de marzo, es lamentable porque no significa la abolición pura y simple de los alquileres, sino sólo la anulación de los tres últimos meses, medida aplicable a todas las capas de la población, dejando al proletariado a su suerte frente a sus propios propietarios:

¹²¹ «Expedientes».

¹²² «Expedientes».

«En vez de instalar al pueblo definitivamente en las viviendas de los ricos y de los burgueses, se le hace la humillante concesión, acompañada de consideraciones más humillantes aún, de tres meses de alquiler, y en el futuro se le expone a las garras de los buitres que sabrán muy bien cómo recuperarlos. Se le deja en la cloaca»¹²³.

Posteriormente, el 24 de abril fue aprobado el **decreto sobre la expropiación de los apartamentos vacíos**. Fue únicamente la presión de los acontecimientos —realojar a los habitantes de Neully que huían de los bombardeos de los versalleses— lo que hizo que el gobierno de la Comuna lo adoptara. En los hechos, su política en materia de vivienda consistió, en continuidad con el gobierno anterior, en mantener a los proletarios en sus barrios, por lo general miserables, conservando de esa forma a un París dividido en dos: el oeste para los burgueses y el este para el proletariado. La situación era crítica como J. Allemane denunció vigorosamente:

«Se expropián unas pocas viviendas vacías, pero se tiene cuidado de no ordenar la destrucción de inmuebles infectos en los que se debilitan y mueren miles de proletarios, mientras que

¹²³ Texto firmado por «un viejo hebertista».

en los barrios ricos centenares de espléndidas casas permanecen deshabitadas».

Para nosotros, la cuestión es evidente, semejante condición de miseria no puede superarse cualitativamente más que «por la expropiación de los actuales propietarios, por la ocupación de sus inmuebles por trabajadores sin techo o que se encuentran hacinados en sus viviendas»¹²⁴.

El decreto sobre el Monte de Piedad no irá más allá de las medidas adoptadas por gobiernos anteriores. Incluso es una farsa, porque si el decreto (cerrado tras largas charlatanerías el 6 de mayo, y aplicable ¡a partir del 12 de mayo!) especifica que los préstamos que no sobrepasen los 50 francos podrán ser retirados gratuitamente; por otro lado, el gobierno de la Comuna se compromete a reembolsarlo íntegramente a la administración del Monte de Piedad, es decir, a todos los accionistas, verdaderos vampiros del proletariado.

«¿Es éste el proyecto relativo a los Montes de Piedad? En lugar de estrangular a los ricos y burgueses, a los explotadores, y con el producto de esa institución, ya sea en muebles, en dinero o en productos de alimentación, iniciar por fin al proletario en los placeres del confort

¹²⁴ F. Engels, *La cuestión de la vivienda*. 1872.

e incluso del lujo, se le hace, o mejor dicho, se le propone hacerle el bello regalo de 50 francos, después se da marcha atrás, se vacila, por no contrariar a los accionistas del Monte de Piedad»¹²⁵.

El decreto sobre los impuestos, adoptado por el Comité Central de la Guardia Nacional el 24 de marzo, decidiendo mantener el *octroi* a las puertas de París, se sitúa también en el terreno del capital y protege a más no poder los intereses de los burgueses: ese impuesto sobre las mercancías fue una fuente de ingresos nada despreciable para el nuevo gobierno (13 millones) y como siempre un costo adicional para los proletarios. Sin embargo, el *octroi* ha sido históricamente odiado claramente por el proletariado. El 13 de julio de 1789, el hambre en París empujó a los proletarios a atacar los puestos de *octroi*, en las barreras de París, a saquear las mercancías allí almacenadas y prenderles fuego.

«El impuesto sobre los bienes de consumo, y esencialmente en este caso sobre los comestibles (*octroi*), continúa bajo la Comuna cargándose sobre los pobres, pese a que una reforma fiscal debería empezar por suprimirlo»¹²⁶.

¹²⁵ Texto firmado por «un viejo hebertista».

¹²⁶ B. Noël, *op. cit.*

¡En septiembre de 1870, en Lyon, los revolucionarios habían suprimido el *octroi*!

En cuanto a la recaudación de impuestos, podemos leer en el *Journal Officiel*, fechado el 3 de abril, que el gobierno de la Comuna de París pide que:

«... hasta que una nueva ley fije la participación de todos en los gastos de la República de la manera más equitativa, contamos con vosotros para el ingreso de vuestras contribuciones en la caja de perceptores de la Comuna».

¡Todo esto mientras ese gobierno respeta al Banco de Francia y sus 3.000 millones de francos!

El decreto sobre el trabajo nocturno de los panaderos. Se trata del decreto que suprime el trabajo nocturno de los panaderos y suprime los agentes¹²⁷. Se adoptó el 20 de abril y es uno de los escasos decretos —aplicado oficialmente el 3 de mayo— que puede parecer agradable¹²⁸.

¹²⁷ Para ser contratados, los obreros de las panaderías tenían que pasar obligatoriamente por la intermediación de un «agente» que además percibía un tributo por cada trabajador en activo. Se trataba de una extorsión instaurada en el Segundo Imperio.

¹²⁸ El *Journal Officiel* publica este decreto en su edición del 21 abril. Después en el decreto final sólo figurará la prohibición del trabajo nocturno, según un cartel fechado el 27 abril donde se escribe: «El trabajo en las panaderías no podrá empezar antes de las 5 de la mañana». Por consiguiente, la supresión de los agentes quedó en nada.

Los panaderos habían llevado a cabo numerosas huelgas durante el Segundo Imperio, así como en el transcurso de abril de 1871. Después de haber enviado una petición que quedó sin respuesta, tuvieron que manifestarse unos 300 delante del *Hotél de Ville* el 20 de abril para exigir que sus reivindicaciones fueran satisfechas, amenazando con «romper los hornos». Ese decreto, adoptado con carácter de urgencia y presentado como socialista por los adoradores del gobierno de la Comuna, llevaba sin embargo más de dos años estudiándose bajo el Segundo Imperio. Si pudo ejercer una reducción de la explotación de algunos trabajadores¹²⁹, lo que no hizo ese gobierno fue levantar la prohibición de huelga a los panaderos y en absoluto quiso intervenir en los sueldos de miseria que se mantenían en la profesión.

La creciente debilidad del proletariado

«El primer deber del gobierno es hacer que se ejecuten sus decretos: si no tiene esa firmeza, sus adversarios no dejarán de explotar esa debilidad y sus partidarios, incluso los más fervientes, se desmoralizarán.

¹²⁹ Subrayemos que la mayoría de los patronos se pusieron de acuerdo con sus obreros (sospechamos que «voluntariamente») para seguir trabajando como antes.

Es lo que sucede en estos momentos.

La flor de los republicanos se desangra mientras que la no aplicación de los decretos lleva a un montón de gente válida no sólo a vagar tranquilamente a sus asuntos, sino también a ridiculizar a los combatientes...

»Mi corazón de ciudadana teme que la debilidad de la Comuna haga abortar nuestros bellos proyectos de futuro»¹³⁰.

El texto de «un viejo hebertista» contiene una vigorosa crítica a esos decretos, pero también es una expresión de un momento en el que había muchas consignas potentes, escritos vengativos, pero pocos actos que golpearan realmente los intereses del capital. De hecho, la carta de ese proletario expresa bien la contradicción en la cual se debatía nuestra clase: por un lado, cierta lucidez en cuanto a la función del gobierno y, por el otro, una incapacidad para romper con todo el farragoso legalismo y organizarse para imponer las necesidades elementales. Podemos tomar dos ejemplos relacionados con lo escrito más arriba:

Tras la aplicación del decreto sobre los alquileres, los proletarios aprovechan para no pagar a sus

¹³⁰ *Carta de la ciudadana Gérard*, 159, rue Amelot. 4 de mayo de 1871.

propietarios el siguiente alquiler, ¡mudándose! Pero la cosa no va más allá, no hay en ese momento el esbozo de un movimiento más ofensivo de negación de la propiedad ocupando las viviendas de la burguesía.

Tras la aplicación del decreto sobre el Monte de Piedad, los proletarios esperan pacientemente poder retirar sus pertenencias. De 1.800.000 pertenencias (¡lo que da una imagen de la miseria del proletariado!) sólo son retiradas 41.928. Hay que subrayar también que durante los tres días previstos para la retirada, el segundo día fue interrumpido por una amenazante muchedumbre de mujeres que querían que las cosas fueran más rápido. ¡Y fue la Guardia Nacional, fiel al gobierno, la que se interpuso para proteger esa institución!

Sin embargo, algunos miembros del gobierno de la Comuna eran muy conscientes del peligro potencial que representaba el proletariado. J. B. Clément escribe lo siguiente:

«No hay ninguna duda, si las sesiones de la Comuna hubiesen sido públicas, el pueblo habría resuelto francamente la cuestión de los

vencimientos defenestrándonos, a nosotros y a nuestros proyectos»¹³¹.

Aunque sea totalmente normal que una asamblea mantenga sus decisiones en secreto cuando se trata de una estrategia insurreccional, cuando se aplica el secreto para asuntos ordinarios es porque el gobierno desconfía de las reacciones de un proletariado cada vez más exacerbado y que se reconoce cada vez menos en la charlatanería de los politiqueros.

Frente a la reticencia de esa asamblea burguesa para tomar una medida elemental contra los propietarios y que había sido impulsada por los proletarios, J. B. Clément, miembro de esa asamblea soporífera, reacciona:

«Ciudadanos –exclamé–, os advierto que si el decreto sobre los alquileres no se vota hoy y en un sentido totalmente favorable a los inquilinos, mañana bajaré con los batallones de Montmartre».

Sin embargo, pese al impacto del fracaso de la salida del 3 de abril y el golpe recibido por la creación del Comité Central de la Guardia Nacional, el movimiento por la revolución sigue expresándose en los Comités de Vigilancia, los clubes rojos... En los

¹³¹ *La revanche des Communeux*. 1886.

clubes —que se reunían a veces en las iglesias (pervertiendo, de hecho, la función de aquellos antros de sumisión)— se debate sobre la revolución... Los nombres de esos clubes son elocuentes: *Club de Proletarios*, *Club de la Revolución*, *Club de la revolución social*, *Club de la Bola Negra*... Es en esos lugares donde con mayor claridad se afirman las exigencias del momento: la ejecución de los rehenes, la liberación de Blanqui, el armamento de las mujeres, la vigilancia de la periferia contra los espías, la obligación a todos los hombres válidos de defender la revolución, la supresión de la Iglesia y el arresto de la escoria clerical, la apropiación de los medios de producción, la organización en fuerza de los proletarios contra Versalles, la preparación de las barricadas, la extensión internacional, etc. También es en esos clubes donde se expresa la creciente desconfianza hacia los politiqueros.

Las iniciativas que se toman desde esas estructuras van en el sentido de la autonomía del movimiento proletario:

Crear, a mediados de abril, una *Unión de Mujeres para la defensa de París y el cuidado de los heridos*.

Crear, a principios de mayo, una Federación de clubes.

Esas iniciativas son importantes en la medida que tienden a fortalecer las filas proletarias, a asumir el control de la situación, a responder a la creciente desorientación de los proletarios dominados por el resentimiento y la rabia producto de la incapacidad del gobierno para responder a las verdaderas necesidades de la lucha, a organizar las energías revolucionarias... Todo esto mientras la situación está fuertemente marcada tanto por la dispersión y la desorientación, como por un ambiente sobrecalentado del que emergen impulsos radicales sin continuidad y muchos discursos altisonantes pero totalmente vacíos de contenido, a la vista de la escasez de acciones que se derivan de ellos.

El radicalismo verbal era (¡aún lo es!) una gran debilidad, una trampa para enredar y anestesiar al proletariado. Como B. Malon subrayó justamente:

«En esos focos ardientes de la pasión popular, la Comuna era considerada moderada, reaccionaria para una minoría. 'Ya que el pueblo siempre es engañado por sus elegidos –decían oradores apasionados–, ¡que rompa el mandato que les otorgó, que el pueblo lleve revolucionariamente sus asuntos! ¡Qué nos importan las

personalidades! La reacción tiene que ser vencida, tienen que morir los traidores, tiene que triunfar el pueblo, y triunfará si somos dignos de él'. Esta creciente avalancha de indignación radical sigue en aumento, arrastrando con ella a la parte militante de la masa»¹³².

Esas iniciativas, en ruptura con la algarabía por la irrupción electoralista y opuestas a seguir el paso de los batallones de proletarios encuadrados en la nueva Guardia Nacional, tienden a acentuar la ruptura entre el movimiento de la revolución y el reformismo/gestionismo del gobierno de la Comuna. Es la expresión de una tentativa de autonomización del proletariado.

Pero este movimiento reemergente seguía siendo débil. Se mostrará incapaz de impulsar en la práctica otra dirección que no sea la del gobierno de la Comuna. Tampoco será capaz de defender París, en tanto que bastión de la revolución, contra la amenaza creciente de las fuerzas que en Versalles trazan lentamente, pero de manera segura, un plan para retomar París.

Lo que dominará será una fracción de proletarios que, a pesar de cierta lucidez, permanece bloqueada

¹³² B. Malon, *La troisième défaite du prolétariat français*. 1871.

por la confianza que se otorga al gobierno al que califican de «flojo» en su accionar. A pesar de todas sus críticas, consideran que el gobierno de la Comuna tiene los medios para controlar la situación y reclaman que haga lo necesario. Lo que en esos momentos se comenta en los clubes ilustra claramente ese *impase*:

«Teniendo en cuenta el momento de supremo peligro en el que se encuentran nuestras instituciones sociales, y la pobreza que muestran los miembros de la Comuna en promover no sólo los decretos sino también actos revolucionarios que puedan, por sí solos, salvar la situación y asegurar el triunfo de la Revolución tan felizmente alumbrada el 18 de marzo, los miembros de dicha sección se dirigen a ustedes, sus representantes electos, para remediar este estado de cosas que, si persisten en la vía en la que os habéis empeñado, nos conducirá inevitablemente a la derrota [...].

Sois los dueños de París, sois un gobierno a la cabeza de una gran potencia, ¡la ciudad de París! Nada os falta [...].

¿Qué teméis?, sois dueños de la situación, si os falta dinero, podéis conseguirlo: no veis que cada día transcurrido en la defensa hace temblar un trono más y nos suma el apoyo de to-

dos los trabajadores del mundo de los que defendemos la causa»¹³³.

Sólo en plena semana sangrienta, cuando el cuchillo se encuentre sobre la garganta del proletariado, será cuando esas ilusiones sobre lo que «el alma burguesa encierra de egoísmo y de fría crueldad» (Allemane) se evaporaren.

La cortina de humo

El derribo de la columna *Vendôme*¹³⁴ en plena lluvia de obuses el 16 de mayo nos trae a la mente la fórmula romana del ¡pan y circo!, para distraer al populacho. Exactamente igual que la destrucción, el 27 de abril, de la capilla Bréa¹³⁵, o del derribo de la capilla expiatoria de Luis XVI, o la destrucción de la vivienda de Thiers (orden gubernamental del 11 de mayo). Como escribió Jean Allemane, esto era «más fácil que derribar su poder».

¹³³ J. Rougerie, *op. cit.*

¹³⁴ Construida en honor a Napoleón I, cuyas guerras produjeron al menos un millón de muertos sólo en las filas del ejército francés.

¹³⁵ Capilla en recuerdo del verdugo Bréa, construida donde fue ejecutado. Responsable del fusilamiento de los insurrectos de junio de 1848 a los que había prometido salvarles la vida.

Como pasa frecuentemente, el odio del proletariado contra todos esos símbolos del poder burgués fue utilizado con el fin de «entretener al pueblo»..., de desviar la atención de los proletarios de las acciones urgentes a llevar a cabo... El único símbolo sobre el que se volcó la cólera directa del proletariado, sin mediación estatal, fue la cremación en la plaza pública de la guillotina. Se quemó tras haber sido requisada el 6 de abril a la fuerza por el 137º batallón de la Guardia Nacional del 11º distrito. Diferente fue el caso en el derribo de la columna Vendôme, en el que para asistir al espectáculo, ¡había que tener un salvoconducto debidamente acuñado por el comandante de la plaza Vendôme!



Por otro lado, el gobierno de la Comuna gastaba muchas energías en distraer al proletariado promoviendo todo tipo de espectáculos políticos tan estériles como ilusorios, como el de los «conciliadores»: francmasones reivindicando la reconciliación entre

Versalles y París, y que el 29 de abril se manifiestan sobre las fortificaciones encabezados por una bandera blanca en la que está inscrito: «¡Amémonos los unos a los otros!». Como se puede sospechar no obtuvo ningún resultado práctico.

El decreto del 2 de abril sobre las requisiciones de los bienes religiosos calificados de culto, sobre la separación de la Iglesia y el Estado, equivalía también a lanzarle un hueso a un perro rabioso; ¡ese perro rabioso quería merendarse a los curas o en todo caso encerrarlos! En su lucha contra sus explotadores directos, el proletariado, históricamente, siempre atacó al clero. Ese decreto significará en la práctica que el gobierno de la Comuna no atacará los bienes de la Iglesia (ni mucho menos a los de los banqueros e industriales)¹³⁶. Contra los proletarios que apresaban a curas u ocupaban iglesias para organizar sus clubes, Arnould exigió que se respetase las iglesias para, según decía, «que la población

¹³⁶ Hubo incluso un decreto garantizando daños y perjuicios para los patronos cuyos talleres habían sido «utilizados» por los proletarios..., ¡talleres que esos mismos patronos habían abandonado! Sin embargo, las fábricas que los explotadores mantenían ni siquiera fueron tocadas por el gobierno de la Comuna. Fue célebre el caso del empresario de calzado Godillot, que proveía a la Guardia Nacional merced a una feroz explotación de sus trabajadores, y que no fue ni por asomo molestado.

pueda ir libremente»... Sólo Rigault hizo cerrar algunas iglesias.

Y terminemos listando otra serie de medidas del gobierno de la Comuna:

Mantener el odiado carnet de trabajo, implantado bajo el Imperio.

Acuñar nuevas piezas de moneda con las siguientes leyendas: ¡«Dios protege a Francia» y «Trabajo, Garantía Nacional»!

El proyecto del gobierno de la Comuna de instaurar para cada ciudadano... ¡un carnet de identidad! no pudo llevarse a cabo.

Respeto para la Bolsa, que reabrirá sus puertas el 28 de marzo marcando unos buenos números. ¡Viva el capitalismo!

Defensa de la propiedad privada... o cómo la Banca de Francia no fue siquiera molestada

El respeto de la propiedad privada (bancos, talleres, viviendas, etc.) fue algo dramático tanto entre los militantes revolucionarios como entre proletarios en general. Como subraya J. Allemane durante la semana sangrienta:

«Los combatientes preferirán hacerse matar detrás de minúsculas trincheras antes que asaltar

las casas, abriendo saeteras y pasos que los guarecieran de los movimientos envolventes...».

No es de extrañar que en la sección francesa de la AIT, cuyo programa estaba fuertemente influido por el proudhonismo, no se abordara la cuestión de la abolición de la propiedad privada. Proudhon mismo declaraba:

«No tengo intención de suprimir la propiedad privada, sino de socializarla; es decir, reducirla a pequeñas empresas y privarla de su poder».

El respeto de la propiedad privada, o peor aún, su defensa, se expresó de manera especialmente grave en la protección de esa venerada institución que es el Banco de Francia. Esta institución no fue para nada amenazada a lo largo de todos esos meses. La expresión más que evidente de la preocupación del gobierno de la Comuna por este asunto se comprueba en el *Periódico Oficial de la Comuna de París*: las mismísimas cotizaciones de la Bolsa eran reproducidas en su interior todos los días. ¡Sin comentarios!

Más tarde, el ya mencionado Jourde, que asumirá abiertamente la política de defensa de la propiedad privada y de las instituciones bancarias, declarará en su comparecencia delante de los jueces versalleses:

«Afirmo, por mi honor, que me dije a mí mismo: si el Banco se toca Francia está perdida, pero es necesario que el Banco ceda algunos fondos; de lo contrario descenderán de los suburbios...»¹³⁷.

No haber asaltado el Banco de Francia parece aberrante a primera vista, tanto más cuando la empresa era fácil de acometer. Desde el 19 de marzo, el proletariado contaba con todo tipo de posibilidades para ello. Ninguna fuerza en París podía oponerse, y menos aún los miserables batallones reagrupando 430 guardias nacionales. Para el gobierno de la Comuna, el honor quedará a salvo. ¡Ese antro sagrado del mundo del dinero se respetará! La causa de esta increíble debilidad hay que buscarla en la no ruptura con el respeto a la propiedad privada. Después de que Varlin sometiera la cuestión al Comité Central, el cual se había apresurado en votar no, ¡desde luego que no!..., no se hace nada más para expropiar el dinero, expresión material, fría, impersonal, de las lágrimas, el sudor y la sangre del proletariado. Cuando el 1 de abril unos federados se apropian, pistola en mano, de la caja de un puesto de *octroi*, será Varlin quien proteste contra lo que llamó entonces «una usurpación de poder por parte de algunos miembros del Comité Central». De modo que pode-

¹³⁷ G. Soria, *La grande histoire de la Comune*, tomo IV.

mos afirmar, contrariamente a todos los que hablan del «error» de no haberse apoderado del Banco de Francia, que esa actitud es totalmente coherente a la naturaleza democrática de ese gobierno¹³⁸.

J. Allemane no podía más que condenar esa posición:

«Así, mientras la Comuna está en situación de tomarlo todo para intentar triunfar, y sus delegados arrancan penosamente a de Ploeuc veinte millones, ¡Thiers, alejado de París, recibe doscientos cincuenta y ocho!».

... ¡y hay que precisar, que se transportará en un carruaje desde el mismo París! El *octroi* está para velar que las mercancías puedan circular libremente. Esta sumisión a la sociedad burguesa encoleriza a este militante que concluye acertadamente:

«Esta falta de audacia, nacida de la incompreensión del pueblo y de sus electos, se volverá a encontrar cada vez que haya que atacar los privilegios de los poseedores».

¹³⁸ Cuando el 21 de abril una parte del 208º batallón de la Guardia Nacional (el mismo que tomó posiciones alrededor del Banco de Francia el 12 de mayo) birló la caja de la Compañía de Gas, el gobierno de la Comuna no tardó en devolverla integralmente. Cf. Eric Cavaterra, *El Banco de Francia y la Comuna de París*.

Inmediatamente después del 18 de marzo la toma del Banco de Francia hubiera creado el pánico en las filas de la burguesía; sin embargo, con el paso del tiempo, la fracción de Thiers se reforzaba y gozaba todavía más de la confianza renovada de los banqueros... y de Bismarck. Incluso podemos afirmar que la burguesía hubiera sacrificado esos miles de millones, desde el momento en que estuviera asegurada la relación social capitalista.

Pese a todo, había militantes perfectamente conscientes de que había que apoderarse, sin dudar, del Banco de Francia. Troehel, militante blanquista, escribía con gran lucidez en una carta a Rigault el 14 de abril:

«[...] quisiera acabar de un solo golpe con la burguesía. Para ello no veo más que un medio: apoderarse del Banco de Francia [...], entregar 5.000 francos de prima a cada voluntario, hacerse cargo de los muertos y heridos, fusilar a cualquiera que no quisiera aceptar, enviar 200 millones como fondo para la caja de la Internacional, devolver inmediatamente los objetos empeñados en el Monte de Piedad [...]. El tiempo apremia, las revoluciones, como los muertos, van deprisa».

La dificultad, y en resumidas cuentas, la imposibilidad de organizar la toma del Banco de Francia,

puede comprenderse por la fuerza del legalismo, pero también por la determinación de un Beslay empeñado en defenderlo con uñas y dientes. Hubo varias tentativas, no de ocupar el Banco de Francia y echar a de Ploëuc, su gobernador, sino de efectuar pesquisas en busca de armas. Esas tentativas fueron las del 8 de abril y el 12 de mayo, esta última organizada por Rigault, Ferré y Cournet, apoyándose en los batallones de voluntarios los *Vengadores de Flourens* y los *Garibaldinos*. Pese a oponerse en esto a la mayoría del gobierno de la Comuna, del que precisamente formaba parte Beslay y que amenazó con dimitir, desgraciadamente estos compañeros quedaron atados a ese gobierno y sus tentativas no se transformaron en una ocupación permanente. Sólo el 23 de mayo se obtendrán 500.000 francos cuando el Comité de Salud Pública lo exija por la fuerza y lo reciba de manera inmediata. ¡No puede entonces extrañarnos que Beslay recibiera por parte de Thiers la infamante recompensa de un salvoconducto para marcharse al exilio, mientras que en esos mismos momentos algunos proletarios, ante la imposibilidad de huir, tendrán que contar con la solidaridad de otros hermanos de clase, ya sea para esconderse o largarse, poniendo en grave peligro sus vidas!

2.7. Los Comités de Salud Pública

Durante el mes de abril, a medida que se agotan los impulsos de combatividad por medio de la organización deliberada de la derrota, la estrella del gobierno de la Comuna palidece. La desmoralización gana terreno. El reto consiste en debilitar las fuerzas del proletariado, organizar la desbandada.

Los proletarios en París están agotados por el incesante bombardeo de las tropas de Versalles, situadas al alcance de los fusiles. Se sienten frustrados por la falta de organización en la respuesta y la de medios, de las órdenes contradictorias, de las posiciones tomadas y rápidamente abandonadas, de los fallos en el mantenimiento de los puestos avanzados, de la dejadez en la vigilancia de las fortificaciones...

El 1º de mayo se constituye un Comité de Salud Pública¹³⁹, aparentemente para controlar y tener bajo su mando las diversas comisiones, y con pretendida

¹³⁹ El Comité de Salud Pública es una reminiscencia de la *Revolución francesa* y, según el Boletín Oficial del 2 de mayo de 1871, está destinado «a cortar las cabezas de los traidores» y a «golpear a la traición». Retóricas sin efecto alguno. El Comité de Salud Pública que se creó el 6 de abril de 1793, en plena la *Revolución francesa*, tenía como objetivo tomar decisiones enérgicas contra el peligro de una guerra general.

preocupación en la eficacia de la lucha contra Versalles. Por su pretensión de ejercer una dictadura para organizar la respuesta militar contra Versalles, el gobierno de la Comuna perpetúa la ilusión de que se encarga de defender París, de poner fin a las crecientes masacres, como la de los 200 federados degollados el 3 de mayo en el Moulin-Saquet. Pero en los hechos no hace nada y los reveses militares se acumulan: caída de Clamart el 2 de mayo y del fuerte de Issy el 8 de mayo. Asumiendo la iniciativa de la respuesta, ese comité reforzará la pasividad del proletariado que delega en él su salvación.

Bajo la apariencia de intransigencia y de un tono tranquilizador, algunos llegan a mofarse de la pretensión de Versalles de retomar París de inmediato. Ridiculizado rápidamente, ese Comité de Salud Pública se disolverá el 9 de mayo y ¡el gobierno procederá inmediatamente a su remodelación! Como su predecesor, el segundo Comité de Salud Pública tendrá como función histórica mantener el inmovilismo del gobierno de la Comuna. Además, inauguró su contribución demagógica ordenando la demolición de la casa de Thiers. Los diferentes reritos de ese Comité de Salud Pública no harán más que continuar lo que hicieron el Comité Central y el gobierno de la Comuna.

Se crea tal confusión en torno a los objetivos de la lucha, que de aquellos que durante el año en curso han contribuido a la dirección del movimiento, muy pocos consiguen desmarcarse de la orientación dada por el gobierno de la Comuna. La mayoría de los que habían asumido la dirección del movimiento estaban muertos o implicados en el circo parlamentario, o bien a pesar de asumir parcialmente las necesidades de la lucha, como Ferré, Eudes, Rigault, no lograban afirmarse en las incipientes rupturas del movimiento para abrir una amplia brecha e impulsarlo plenamente.

A mediados de mayo, la situación es tal que un grupo de blanquistas (entre ellos Eudes y Rigault) y generales (como Rossel) planean una acción para derrotar al gobierno de la Comuna. Sin embargo, ese plan no será ejecutado ante la ausencia de una alternativa real. Parece que fue Rigault quien, reconociendo su imposibilidad, abortó ese plan...

Algunos miembros del gobierno de la Comuna se opondrán a ese Comité de Salud Pública y se constituirán en grupo minoritario. Sin embargo, al permanecer en el terreno parlamentario, cayendo en la polarización en pro o en contra del Comité de Salud Pública, no hacían más que acentuar la confusión.

Gran parte de los militantes que participan en el gobierno de la Comuna, con la aureola de un pasado revolucionario, se hundirán cada vez más en la defensa de la propiedad privada, en la gestión del capital y ¡le tomarán gusto! No sólo son militantes perdidos para la revolución, sino, peor aun, sirven de apoyo de izquierda a ese gobierno burgués y contribuyen a neutralizar el surgimiento de otras perspectivas en ruptura con éste.

Recrudescimiento de las luchas en las provincias

Mientras en París toda la politiquería vota, parlotea, se pierde en pantomimas, entretiene al proletariado con grotescos fuegos artificiales..., en las provincias hay un recrudescimiento de las luchas en el mes de abril en solidaridad con la lucha en París. Albert Ollivier explica:

«En ciudades como Rouen y el Havre, a pesar de las instrucciones de los partidos de 'izquierdas', los obreros habían afirmado su simpatía por París. En Grenoble, la muchedumbre había impedido en la estación la partida de tropas y municiones para Versalles. En Nîmes se manifiesta al grito de 'Viva la Comuna, abajo Versalles'. En Burdeos hubo incluso disparos contra la policía. En Périgueux, los obreros de la ciudad se apoderaron de las ametralladoras. En

Varilhes se intentó descarrilar el tren que llevaba municiones. En otras muchas ciudades y comunas ondeó durante días la bandera roja»¹⁴⁰.

El ejemplo de la lucha en París es imitado. Los proletarios de Rouen, del Havre, de Grenoble, de Nîmes, de Burdeos de Périgueux, de Varilhes... así como de otras tantas ciudades y comunas se reconocen en la lucha de los proletarios en París. Es el reconocimiento práctico de que independientemente de donde se exprese, la lucha del proletariado es una sola. Se generalizará los asaltos a ayuntamientos al grito de «¡Viva la Comuna! ¡Abajo Versalles!», el enfrentamiento contra las tropas... Se manifestará una extensión real del movimiento en base a toda esa solidaridad.

¡El desarrollo de toda lucha pasa inevitablemente por su extensión al conjunto de las ciudades, las regiones, los países! ¡Salir de París, tumbar las fronteras! Un movimiento insurreccional que se queda encerrado en un lugar no puede resistir la confluencia de las fuerzas burguesas que inevitablemente le harán frente. La única perspectiva es salir del aislamiento e impedir, sea como sea, caer en una guerra frente contra frente en la cual la burguesía tendrá siempre la superioridad de las armas. He aquí por

¹⁴⁰ Albert Ollivier, *La Commune*. 1939.

qué ese movimiento de expansión era verdaderamente importante, crucial, totalmente ligado con la necesidad de ir a Versalles a impedir la reorganización de la fracción Thiers.

De hecho, esta expansión no cesó desde el mes de marzo. Desde el 19 marzo ondeaba la bandera roja sobre la Guillotière, barrio obrero de Lyon. Con el anuncio de las elecciones que tenían que consolidar el poder de Versalles el día 30, la Guillotière se opone al voto. La mañana de las elecciones, guardias nacionales se apoderan de las urnas y hacen guardia en la entrada de la sala de votación. Una comisión revolucionaria se instala en el ayuntamiento. El resto de batallones son convocados por la burguesía para asaltarlo, pero hay indecisión en sus filas. Numerosos guardias se desmarcan, no quieren convertirse en soldados de Versalles. Respaldados por la muchedumbre que los rodea, acaban por romper filas. El 38º de infantería se desplaza hasta allí. La muchedumbre actúa de la misma manera, penetra en las filas de soldados, los conjura a que no disparen. Los oficiales se ven obligados a retirar a los soldados a sus cuarteles. Mientras tanto, la Guillotière se fortalece erigiendo barricadas. Sin embargo, el 38º volverá, esta vez encuadrado por un batallón de cazadores, y se producirá el asalto. Más tarde los batallones de la Guillotière serán desarmados.

Jeanne Gaillard¹⁴¹ expone una breve cronología de hechos similares:

- 4 de abril: en Limoges unos manifestantes intentan proclamar la Comuna¹⁴².

- El 10 y el 11 de abril: movimiento insurreccional en la Charité-sur-Loire¹⁴³.

- 14 de abril: en Rouen, los radicales e internacionalistas deciden apoyar, con la armas en la mano, a la Comuna.

- Entre el 15 y el 18 de abril: desarrollo de un movimiento insurreccional en Cosne y en Saint-Amand (Cher).

- 16 de abril: manifestaciones en provincias contra la marcha para Versalles de los trenes de munición y de tropas.

¹⁴¹ *Jeanne Gaillard, Communes de province, Comune de Paris - 1870-1871. 1971.*

¹⁴² En Limoges, soldados de la Guardia Nacional se niegan a marchar sobre París, se confraternizan con los obreros y ocupan la prefectura. Pese a todo, el ejército regular seguirá dueño de la ciudad.

¹⁴³ Es también en esta región donde el ejército versallés tuvo que detener provisionalmente a algunas tropas ante la amenaza de huelga de los obreros de Fourchambault (a 15 km de la Charité-sur-Loire), cf. Philippe Riviale, *La ballade du temps passé. 1974.*

- 17 de abril: desfile de 300 personas en Burdeos. La bandera roja es ondeada en Cosne. Intento de Comuna en Voiron, Tullins, Saint-Marcellin.

- 19 de abril: la bandera roja es ondeada en Neuvy (Nièvre).

- 30 de abril: tentativa insurreccional en el suburbio de La Guillotiére, en Lyon, con Caulet de Tayac y Dumont, enviados de la Comuna de París.

- 1º de Mayo: ondea una bandera roja en la fachada del teatro de Montargis.

- 2 y 3 de mayo: partidarios de la Comuna intentan detener los trenes en Varilhes (Ariège).

- 7 y 8 mayo: movimiento insurreccional en Montereau.

- Entre el 12 y el 15 mayo: emisarios de la Comuna intentan sublevar Nièvre.

- 22 de mayo: disturbios en Romans (Drôme).

- 24 mayo: enfrentamientos en Voiron, Vienne.

Lissagaray confirma:

«El 5 [de abril]... los trabajadores de Rouen declararon que se adherían a la Comuna [...]. El 16, en Grenoble, 600 hombres, mujeres y niños fueron a la estación para impedir la salida de tropas y de municiones hacia Versalles. El 18, en Nîmes, una manifestación encabezada con

la bandera roja, recorrió la ciudad gritando '¡Viva la Comuna! ¡Viva París! ¡Abajo Versalles!'. El 16, 17 y el 18, en Burdeos, fueron encarcelados algunos agentes de policía, golpeados varios oficiales, apedreado el cuartel de infantería, y se gritó: '¡Viva París! ¡Muerte a los traidores!'. El movimiento se extendió a las clases agrícolas. En Sancoin (Cher), en la Charité-Sur-Loire, en Pouilly (Nièvre), guardias nacionales armados pasearon la bandera roja. Cosne siguió el 18; Fleury-sur-Loire, el 19. La bandera roja ondeó permanentemente en Ariège; en Foix detuvieron los cañones; en Varilhes se intentó descarrilar los vagones de municiones; en el Perigueux, los obreros de la estación se incautaron de las ametralladoras [...].

Los obreros de Francia estaban de todo corazón con París. Los empleados de las estaciones arengaban a los soldados a su paso, los exhortaban a deponer sus armas; los carteles oficiales eran arrancados [...]»¹⁴⁴.

Sin embargo, este movimiento de extensión encuentra su límite en el hecho de quedar determinado por el desarrollo de lucha en París. La vista se centra en esa ciudad, en espera de la dirección que desde allí se dé al movimiento, impidiendo a los proletarios de esas ciudades desarrollar sus iniciativas y en-

¹⁴⁴ Lissagaray, *op. cit.*

tender que la solidaridad era no sólo actuar del mismo modo, sino sobre todo ir más allá.

Aquí la ideología comunalista pesa con toda su fuerza contrarrevolucionaria. Mientras que espontáneamente el movimiento reclama extenderse más allá de las fronteras de París, mientras en toda Europa los proletarios retienen la respiración cuando les llegan noticias de París..., el horizonte del gobierno de la Comuna se detiene en:

«La comisión será la encargada de mantener con las comunas de Francia relaciones amistosas que deberán conducir a la federación».

O como se cita más arriba:

«La Comuna se ocupará de lo que es local, el departamento de lo que es regional, el gobierno de lo que es nacional... No traspasemos esos límites...»¹⁴⁵.

Para el gobierno no se trata de luchar, y menos aún de unificar las luchas. A lo sumo su preocupación fue la diplomacia. Iremos más allá que lo que dijo Tales cuando escribió que «la obra fue tan débil como la fórmula»¹⁴⁶, porque la obra fue antes que nada criminal.

¹⁴⁵ Declaración de Beslay el 26 de marzo tras la proclamación de la Comuna.

¹⁴⁶ Talès, *op. cit.*

¿Acaso era el momento de reprochar al gobierno de la Comuna el hecho de no haber buscado extender el movimiento más allá de París? ¿O de haberlo organizado mal? Hubo algunos emisarios pero ¿qué hicieron?

En su historia de la Comuna, Lissagaray pone en la picota a los Paschal Grousset y otros responsables de la Comisión de Relaciones Exteriores:

«En el Centro, en el este, en el oeste, en el sur, podían hacerse vigorosas operaciones de distracción, alterar los servicios en algunas estaciones, detener los refuerzos, la artillería dirigida a Versalles. La delegación [enviada el 6 de abril, NDR] se contentó con enviar algunos escasos emisarios, sin conocimiento del medio al que se les enviaba y sin autoridad. Es más: la delegación fue explotada por algunos traidores que se embolsaron su dinero y entregaron sus instrucciones a Versalles [...]. Esta delegación, creada únicamente para el exterior, se olvidó del resto del mundo, o poco menos. Por toda Europa, la clase obrera sorbía ávidamente las noticias procedentes de París, combatía de todo corazón al lado de la gran ciudad, convertida en su capital, multiplicaba los mítines, las manifestaciones, las proclamas. Sus periódicos, pobres en su mayoría, luchaban valientemente contra las calumnias de la prensa

burguesa. El deber de la delegación era alimentar a esos preciosos auxiliares. Apenas hizo nada».

Ese gobierno se mantuvo fiel a sí mismo y a su programa: el comunalismo. Para él, desde un principio, no se trataba más que de gestionar los asuntos parisinos. Gestionar la miseria de la vida cotidiana, hacer todo lo posible para encerrar la lucha en París y desarmar a los proletarios... ¡Para ese gobierno la cuestión no era en absoluto impulsar la unificación de las luchas! Y dadas las implicaciones prácticas de la ideología comunalista, el apoyo a ese gobierno aparece de forma cada vez más clara como criminal.

El gobierno de la Comuna no entendía la cuestión crucial que tenía la extensión de la lucha al resto del país. No podía entenderlo y lo sabotaba. Los militantes más lúcidos, prisioneros de la lógica gubernamental, tampoco comprendían esas luchas en toda su dinámica convergente, sino únicamente como aportes eventuales a lo que sucedía en París.

Por el contrario, el gobierno de Versalles había comprendido perfectamente la importancia de esa extensión, el peligro que eso representaba. Por ello apostó ostensiblemente por una estrategia que consistía en romper, dividir, aislar. El control de la prensa y de los medios de comunicación jugará un papel

clave en ello. Gracias a ese control, Thiers dirá lo que quiera cuando quiera, mintiendo e inventando a su voluntad sobre todo lo que acontece, y con más razón sobre lo que ocurre en París, pintando el cuadro más terrorífico posible para suscitar repugnancia, miedo y rechazo.

MANIFIESTO

DEL

COMITÉ CENTRAL DE LA UNIÓN DE MUJERES PARA LA DEFENSA DE PARÍS Y EL CUIDADO DE LOS HERIDOS

En nombre de la Revolución social que aclamamos; en nombre de la reivindicación de los derechos del trabajo, de la igualdad y de la justicia; la Unión de Mujeres para la Defensa de París y el Cuidado de los Heridos protesta con todas sus fuerzas contra la indigna proclama a los ciudadanos, aparecida y publicada anteayer proveniente de un grupo de reaccionarios anónimo.

Dicha proclama, anuncia que las mujeres de París apelan a la generosidad de Versalles y exigen la paz a cualquier precio...

¡La generosidad de los cobardes y asesinos!

¡Una conciliación entre la libertad y el despotismo, entre el Pueblo y sus verdugos!

¡No, no es la paz, sino la guerra a ultranza la que las trabajadoras de París reclaman!

¡Hoy una conciliación sería una traición! ¡Sería renegar de todas las aspiraciones obreras que exigen la renovación social absoluta, la aniquilación de todas las relaciones jurídicas y sociales existentes actualmente, la supresión de todos los privilegios, de toda explotación, la sustitución del reino del capital por el del trabajo; en una palabra, la liberación del trabajador por él mismo!...

¡Seis meses de sufrimientos y traiciones durante el sitio, seis semanas de lucha gigantesca contra los explotadores coaligados, ríos de sangre vertidos para la causa de la libertad; éstos son nuestros títulos de gloria y de venganza!...

¡La lucha actual no puede tener otra salida más que el triunfo de la causa popular... París no retrocederá pues sostiene la bandera del porvenir. ¡Ha sonado la hora suprema..., paso a los trabajadores, atrás sus verdugos!...

¡Acción, energía!

¡El árbol de la libertad crece regado por la sangre de sus enemigos!...

¡Todas unidas y decididas, engrandecidas e iluminadas por los sufrimientos que las crisis sociales provocan, profundamente convencidas que la Comuna,

representante de los principios internacionales y revolucionarios de los pueblos, porta los gérmenes de la revolución social, las Mujeres de París demostrarán a Francia y al mundo que ellas también sabrán en este momento de supremo peligro –en las barricadas, sobre las fortificaciones de París, si la reacción fuerza las puertas– entregar como sus hermanos su sangre y su vida en la defensa y el triunfo de la Comuna, es decir, del Pueblo!

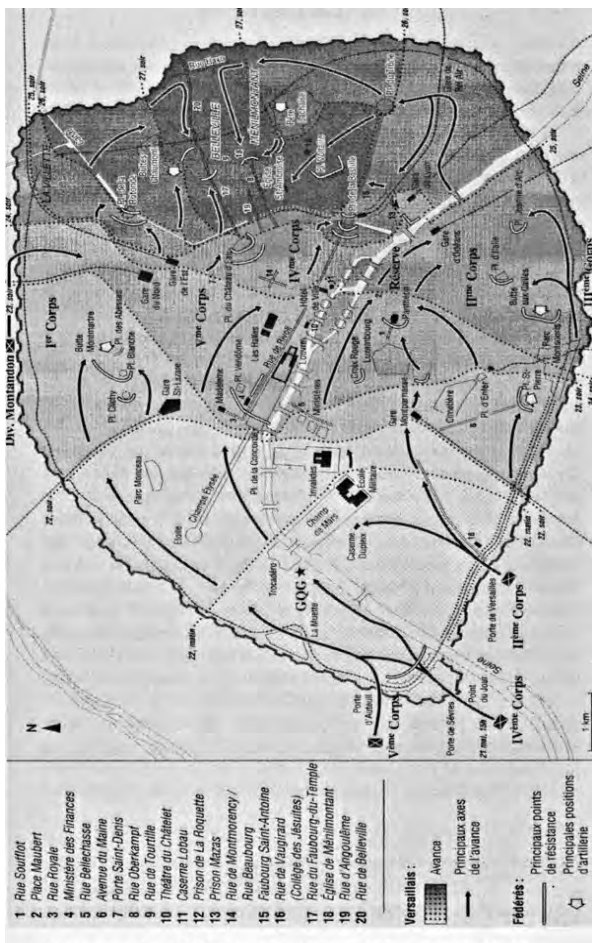
¡Entonces, victoriosos, capaces de unirse y ponerse de acuerdo sobre sus intereses comunes; trabajadores y trabajadoras, todos solidarios, en un último esfuerzo aniquilarán para siempre cualquier vestigio de explotación y de explotadores!

¡VIVA LA REPÚBLICA SOCIAL Y UNIVERSAL!

¡VIVA EL TRABAJO! ¡VIVA LA COMUNA!

París, 6 de mayo de 1871

La Comisión Ejecutiva del Comité Central,
Le Mel, Jacquier, Lefevre, Leloup, Dmitrieff



Avance del ejército versallés en París

III

LA DERROTA





3.1. La semana sangrienta

«Las sacudidas políticas que desde hace sesenta años no dejan de estremecer Francia, le han hecho reflexionar profundamente sobre la influencia que París ha ejercido hasta el presente sobre su destino. Ahora parece muy decidida a no inclinarse más ante los ambiciosos tribunos y el pequeño ejército de agitadores que han colocado en plena capital el centro de su propaganda, con el fin de aprovecharse de la influencia moral y legítima que ejerce sobre el resto del país. Sin embargo, mantener la posesión de la capital será siempre el objetivo más importante del gobierno. Si no se lo pidiera la política, el honor y la humanidad, harían de ello una ley imperativa y no podría abandonar sin crimen la gran ciudad a la terrible tiranía de los disturbios. Por lo tanto hay que poner en marcha todos los medios que pueden sugerir el arte y la previsión para mantener el control de París».

Este texto escrito por el general Bugeaud¹⁴⁷ fue tan explícito que el Estado francés impidió su publicación. El verdugo de la calle Transnonain en 1834, en la que todos los habitantes fueron pasados por la

¹⁴⁷ Général Bugeaud, *Guerre des rues et guerre des maisons*, publicado por primera vez en 1997 por M.Bouyssy.

bayoneta, como los insurgentes en Argelia¹⁴⁸, escribía con demasiada claridad cómo organizarse contra el proletariado, apoyándose, entre otros, sobre el ejemplo de la represión de la insurrección de junio de 1848. Qué beneficioso hubiera sido que el proletariado en París hubiese percibido hasta qué punto el Estado francés, en la persona de M. Thiers, estaba decidido a restablecer el orden costara lo que costara, «por todos los medios». No vamos a ser quisquillosos sobre si Thiers quería esa masacre o no. Lo que él quería erradicar, por mucho tiempo, era la perspectiva revolucionaria, arrojar la bandera roja al basurero de la historia. ¡El objetivo era acabar con el peligro de la clase proletaria que desde 1783 se manifestaba con gran ímpetu sin haber sido lo suficientemente sometida!

Fue la conjugación de dos elementos la que indiscutiblemente posibilitó ese aplastamiento: la fe-

¹⁴⁸ El Estado francés conquistó Argelia en 1830. Durante los primeros cuarenta años se sucedieron las masacres sin tregua. En 1840, Bugeaud era el gobernador general de Argelia. En 1845 escribía a un verdugo engalanado: «Si esos bribones se retiran a sus cavernas, imite usted a Cavaignac en las Shébas: «¡Ahúmelos a ultranza como a los zorros!». Bugeaud hace referencia al asesinato por ahumación de la tribu de los Oued-Riah, que se había retirado a las grutas. El resultado fueron 760 cadáveres. Artículo de Robert Louzon, «Cien años de capitalismo en Argelia 1830-1930», publicado en la *Révolution Proletarienne*. 1930.

roz determinación de la fracción Thiers en reconstituir un ejército para limpiar París de la chusma roja y la política de desarme del proletariado llevada a cabo por el gobierno de la Comuna¹⁴⁹.

Sin embargo, no fue fácil para Thiers alcanzar sus objetivos. Como subraya Lissagaray:

«¿Qué le queda a Thiers para gobernar Francia el 19 de marzo? No cuenta ni con ejército ni con cañones ni con grandes ciudades»¹⁵⁰.

La relación de fuerzas que había impuesto el proletariado en el periodo insurreccional, periodo que precedía al 18 de marzo, había dejado su huella. Por ejemplo, cuando el 13 de abril llegan de las provincias siete destacamentos, dos se manifiestan a favor de la Comuna y el resto se muestran indecisos. ¿Cómo aislar París, evitar la extensión del movimiento y reconstruir un ejército dislocado para ordenar a continuación el asalto?

Como ya hemos comentado más arriba, el Estado Mayor se deshace de los regimientos más incontrolables. Además de las medidas disciplinarias, de las

¹⁴⁹ Ilustremos esa realidad una vez más: el 19 de mayo, el gobierno de la Comuna... discute el «grave» problema de la intervención del Estado en la literatura y el teatro, mientras todas las fortificaciones del suroeste están desertando, dejando vía libre a las tropas de Versalles.

¹⁵⁰ Lissagaray, *op. cit.*

que ya hemos hablado, los periódicos (como *Le Gaulois*, *Le Soir*) entran en juego para introducir en la cabeza de los soldados toda su nauseabunda propaganda. Periódicos que por otro lado eran difundidos por el cuerpo de policía y por la gendarmería hasta en los puestos de vanguardia. Se trataba de fabricar la imagen de un enemigo odiado, un extranjero revestido con todo tipo de monstruosidades, de destruir la idea de que «el de en frente» es un hermano, un primo, un compañero de taller. Y para ello valía todo tipo de mentiras.

Al mismo tiempo, el Estado Mayor también llama a los elementos más seguros para encuadrar a los soldados reacios a reprimir. Entre ellos destacan los gendarmes y los voluntarios del 1^{er} cuerpo del ejército que estarán a la vanguardia en todos los ataques, enseñando cómo masacrar sin escrúpulos a los federados. También los elementos de la división Faron (que se desmarcaron de la insurrección el 18 de marzo), la infantería de marina y una compañía de élite de rastreadores. Incluso se llamó a los gendarmes para encuadrar a las tropas. Se presentaba totalmente acertada la observación de Blanqui sobre los soldados en su relevante texto *Instrucción para tomar las armas* (1869):

«En las luchas civiles, los soldados, salvo raras excepciones, caminan con repugnancia, cons-

treñidos y empapados de alcohol. Quisieran estar en otro lado y desearían mirar hacia atrás antes que de frente. Pero una mano de hierro los retiene como esclavos y víctimas de una disciplina implacable; sin afecto por el poder, no obedecen más que al miedo y son incapaces de la menor iniciativa. Un destacamento aislado es un destacamento perdido. Los jefes lo saben, y por eso se preocupan ante todo por mantener las comunicaciones entre todos sus cuerpos. Esta necesidad anula una parte de su eficacia».

He aquí el trabajo de M. Thiers: conseguir que los soldados avancen y asesinen, avancen y no retrocedan, que «no hagan prisioneros», según los términos militares, que fusilen a proletarios desarmados, que rematen a los heridos, que continúen con su sucio trabajo empapados en sangre, deslizándose sobre las vísceras de aquellos que son asesinados por sus propias manos; conseguir que nunca más puedan sentirse hermanos de los caídos, lograr que se sientan totalmente ajenos a la lucha de aquellos que eran sus hermanos de clase.

Thiers tomará las medidas necesarias para impedir el contacto prolongado de las tropas con la po-

blación de París¹⁵¹. A pesar del lavado de cerebro, los soldados sólo caminarán siendo apuntados con el fusil por la espalda, por el miedo a ser ellos mismos fusilados si rechazan hacer el trabajo sucio. Se encuentran atrapados en un engranaje del que difícilmente se pueden librar.

Pero es importante subrayar el hecho de que incluso en esa situación siempre hay posibilidad de romper filas, estar asqueado de tanta crueldad, tomar conciencia de la carnicería. Siempre es posible darse la vuelta contra aquellos que consideran al soldado raso como mera carne de cañón, que dan las órdenes, que cuentan los muertos, que calculan el rendimiento de la guerra, que definen los objetivos políticos de la masacre y, subsidiariamente, escalan en la jerarquía militar. Siempre es posible dejar de avanzar, resistirse a ir a la batalla. ¿Deponer las armas? No, esto sería simplemente un suicidio. En esa fase de compromiso de las tropas, la única posibilidad es volver el fusil contra los propios oficiales, impedir que disparen por la espalda, organizar el motín y dar un sesgo diferente al enfrentamiento: or-

¹⁵¹ «Vinoy dio la orden de acuartelar a los soldados para apartarlos de la población civil, y recomendó a Mac-Mahon que evacuara a la mayor parte de las tropas en dirección a Versalles. El contacto prolongado entre los parisinos y los soldados corría el riesgo de tener resultados indeseables», cf. Tombs.

ganizar la derrota del propio ejército y la confraternización con el que hasta ese momento era señalado como *enemigo*.

Sin embargo, en el ejército que Thiers pretendía que fuese «el más bello que Francia hubiera tenido jamás» subsistía una diferencia fundamental. Diferencia entre la determinación fundamental de los oficiales respecto a la de los soldados rasos: los primeros mandan, los otros son carne de cañón; unos son instigadores, estrategas, planificadores de la masacre; los otros, animales de tiro, ejecutores del trabajo sucio, masa manipulable para las maniobras y sacrificable sin límite alguno. Lejos de nosotros la idea de excusar a los soldados culpables de participar en esa inmensa operación de pacificación social, por haberse metido hasta el cuello en esa masacre. Sin embargo, es importante no olvidar nunca que del lado de los soldados rasos siempre existe la posibilidad de amotinarse, romper filas, cambiar la correlación de fuerzas y unirse al campo de los sublevados¹⁵².

¹⁵² Eso es lo que ocurrió en junio de 1907 con el motín de los 500 soldados del 17 en Adge y después en Béziers. En el transcurso de los cuatro meses de agitación desarrollado en las revueltas de Languedoc y pocos días después de los disparos del ejército sobre la muchedumbre, esos soldados se negaron a convertirse en asesinos de hombres, mujeres y niños.

En este punto se evidencia también la irresponsabilidad de todos los militantes revolucionarios, de todos los proletarios activos que, desde la mañana siguiente al 18 de marzo y durante los dos meses posteriores, no fueron al encuentro de esos proletarios ataviados con ese infame uniforme pero que en repetidas ocasiones habían mostrado su no adhesión incondicional al proyecto sanguinario de la contrarrevolución. Quedó demostrado que hasta el final de la masacre las tropas versallescas que habían sido recientemente reorganizadas, disciplinadas y sometidas no eran para nada fiables.

Los grandilocuentes llamados emitidos por el gobierno de la Comuna, dirigidos al hermano acuartelado por Versalles, mientras las tropas ya estaban en París, eran totalmente criminales en la medida en la que no se puso ningún medio para que esos llamados se hicieran realidad. A pesar de precedentes masacres, publicadas tanto en el *Journal Oficial*, como en otros periódicos como el *Cri du Peuple*, mantenían la ilusión de que la evocación de la grandeza de la Comuna sería suficiente para que los soldados versalleses saltaran a los brazos de los federados.

Desde principios de abril, Thiers negocia con Bismarck la liberación de los prisioneros así como la autorización para constituir un ejército que cercara París. El sitio de París estaba formado básicamen-

te por el ejército prusiano en la mitad este y el de Versalles en la mitad oeste. El tratado de paz firmado el 10 de mayo permite a Thiers quitar definitivamente a sus tropas de ese lado y llevarlas a Versalles. También le facilita la vuelta de los prisioneros, en particular de los elementos leales, como los oficiales, los fusileros y la infantería de marina¹⁵³, aptos para encuadrar a las tropas menos fiables. Fortalecido en su capacidad para neutralizar a las tropas rebeldes de las provincias, consigue en apenas cinco semanas hacer pasar sus tropas de 25.000 a 170.000 hombres. A finales de abril, el ejército versallés ya es operativo.

El acuerdo con Bismarck demuestra claramente como las diferentes fracciones burguesas pueden aparcarse sus diferencias para actuar de común acuerdo cuando se trata de pelear contra el enemigo principal: el proletariado en armas. Por encima de los intereses coyunturales de las diferentes fracciones burguesas, se expresa el interés supremo del capital: ante todo hay que erradicar el peligro de la revolución. Hay que unir fuerzas contra el proletariado¹⁵⁴.

¹⁵³ A raíz de esos acuerdos, los soldados prisioneros constituirán al menos un cuarto de los soldados que participaron en la masacre del proletariado en París.

¹⁵⁴ Francia devolverá el favor en 1923, autorizando al ejército alemán a penetrar en el Ruhr, territorio que entonces ocupaba el

Desde ese momento Thiers es el dueño de la situación, sólo espera el momento propicio para dar la estocada.

A las 15 horas del 21 de mayo, el ejército de Versalles entra en París por el Point-du-Jour, totalmente abandonado, y organiza las primeras masacres (y las que le seguirán) de la mano de la Guardia Nacional del Orden, la policía y los gendarmes. Se procede metódicamente: primero se realiza un avance militar para conquistar una serie de posiciones importantes; luego, los policías y gendarmes, que conocen bien la ciudad, allanan, arrestan (en base a listas preparadas con antelación) e indican a los soldados a quienes deben apartar del resto para fusilar. A medida que se avanza en la toma de la ciudad se instalan tribunales de excepción, denominados tribunales prebostales,

ejército francés ¡para reprimir a los movimientos de lucha! G. Badia en su *Historia de la Alemania contemporánea* (1962) cita una carta del alcalde de Düsseldorf: «Quisiera recordaros que en la época de la Comuna de 1871, la comandancia alemana vino en ayuda de las tropas francesas para reprimir conjuntamente el levantamiento. Os ruego nos apoyen de la misma manera...». En el acuerdo de armisticio firmado el 11/11/1918, la burguesía internacional había previsto dejar a la burguesía alemana las armas necesarias para la represión de los disturbios (morteros, camiones, ametralladoras). Estas precisiones están contenidas en la obra de Benoist-Méchin, *Historia del ejército alemán*. 1936.

en el *Châtelet*, en los cuarteles (*Lobau, Dupleix*), en las prisiones (*la Roquette*) y otros lugares como la Escuela Politécnica, las estaciones del norte y del este, los jardines de Luxembourg, el Jardín de las Plantas...

En un primer momento el proletariado, sorprendido por el ataque, no opone ninguna resistencia. Pero en cuanto oye los disparos de los primeros pelotones de fusilamiento (en el parque Monceau), comienza a resistir con valentía. A falta de un plan general de defensa, los proletarios se apoyan hombro con hombro con los proletarios de otros barrios. Es en ese momento, el 22 de mayo, cuando Delescluze, el delegado civil para la guerra, tras haberse negado a reconocer que los versalleses estaban en la ciudad y haber prohibido que se llamara a la movilización, firma la proclamación siguiente en nombre del Comité de Salud Pública:

«¡Basta ya de militarismo! No más estados mayores con galones dorados en todas sus costuras! ¡Plaza para el pueblo, para los combatientes con brazos desnudos! La hora de la guerra revolucionaria ha sonado. [...] El pueblo no entiende nada de maniobras técnicas; pero cuando tiene un fusil en la mano y adoquines bajo los pies, no teme a ninguno de los estrategas de la escuela monárquica».

Sobre cómo concretar esto en la práctica...
¡Nada!

No vamos a citar todo ese texto infame, que se limita a decir «cada uno en su barrio, cada uno que se busque la vida», agudizando así la desorganización y facilitando el trabajo de los versalleses. Citemos a Blanqui que, extrayendo las lecciones de la insurrección de 1848, escribe en 1869 en *Instrucciones para tomar las armas*¹⁵⁵:

«Los ejércitos están presentes. Veamos sus maniobras. Aquí se verá traslúcido el vicio de la táctica popular, causa certera de desastres.

Nada de dirección ni de comandancia general, ni siquiera acordada entre los combatientes. Cada barricada tiene su grupo particular, más o menos numeroso, pero siempre aislado. Ya cuente con diez o cien hombres, no mantiene ninguna comunicación con los demás puestos. A menudo no hay ni un jefe para dirigir la defensa, y si lo hay, su influencia es más o menos nula. Los soldados no hacen más que lo que les apetece. Se quedan, se van o regresan a su antojo. Cuando llega la noche se van a dormir.

De lo que ocurre en otros sitios nada se sabe y no se molestan en averiguarlo. Circulan perió-

¹⁵⁵ Este texto no fue publicado cuando vivía, sólo circularon algunas copias.

dicos, a veces negros, a veces rosas. Escuchan pasivamente los cañones y los fusiles, bebiendo en el mostrador de alguna taberna. Ni se les pasa por la imaginación socorrer las posiciones que están siendo asaltadas. 'Que cada uno defienda su posición, y todo irá bien', dicen los más duros. Este singular razonamiento proviene del hecho de que la mayoría de los insurgentes se baten en sus propios barrios, error capital que tiene consecuencias desastrosas, entre otras las denuncias de los vecinos tras la derrota [...].

¡Y es así como se perezca absurdamente!

Cuando, gracias a esa gran negligencia, la gran revuelta parisina de 1848 fue rota como el vidrio por el más lamentable de los gobiernos, ¿qué catástrofe no tendríamos que temer si volviéramos a repetir la misma estupidez ante un militarismo feroz, que ahora tiene a su servicio las recientes conquistas de la ciencia y del arte, los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico, el cañón estriado, el fusil Chassepot?».

¡Lástima que ese texto no fuera reflexionado a tiempo!

En el mismo sentido, el Comité Central de la Guardia Nacional, publica un cartel el 24 de mayo (!) para llamar a una conciliación con los versalleses, no sin antes haber recordado lo que siempre

tuvo como enemigo: la guerra civil. ¡Cabrón hasta el final!

No vamos a detallar los acontecimientos de esa terrible semana, porque equivaldría a describir todas las operaciones militares que condujeron a la derrota militar.

Tarde, demasiado tarde, el proletariado mostrará toda su fuerza, todo su valor. Será en los barrios rojos donde más pertinaz se mostrará la resistencia. Frente a la atroz represión, el proletariado no dudará en incendiar algunos de los edificios cargados de historia burguesa, así como los puntos de centralización del Estado: las Tullerías, el Palacio Real, la comisaría de policía, el Hôtel de Ville, el Palacio de la Legión de Honor, el Consejo de Estado, el Tribunal de Cuentas, el Ministerio de Finanzas... A partir del 25 de mayo, en los barrios rojos como Belleville, Ménilmontant, la Villette, los federados reanudarán los métodos más enérgicos de combate y trazarán una estrategia para defenderse, retomando la fuerza de los combates de 1848.

Fue también en ese momento cuando los proletarios, exasperados por las masacres que se sucedían, sacaron de las prisiones el día 26 de mayo a unos 60 curas, gendarmes, espías... para fusilarlos en la calle Haxo. Las ejecuciones también fueron asumidas por

militantes blanquistas. Así, el 23 de mayo Rigault hizo fusilar a Chaudey, que asumió hasta el final su responsabilidad en los fusilamientos del 22 de enero en el Hôtel de Ville. El 24 de mayo, Ferré firma la orden de ejecutar a seis rehenes. Procediendo de ese modo, actúan a pesar y en contra de la mayoría del gobierno de la Comuna. La fuerza de la ideología pacifista estaba tan anclada en aquella politiquería que ésta se opone a esos actos de venganza, arriesgándose a ser también ella pasada por las armas. Es terrible ver a un militante como Varlin oponerse a la ejecución de policías y curas, cuando él mismo será posteriormente arrastrado por las calles de París durante horas, golpeado, mutilado y después fusilado. ¡La condescendencia con el enemigo es un error fatal!¹⁵⁶

A pesar de que eso era lo que había que hacer desde hacía tiempo, era demasiado tarde para que esas ejecuciones tuvieran algún efecto sobre el avance de las tropas de Versalles.

¹⁵⁶ A Vallès que, en una crisis de humanismo burgués, le reprochaba el haber fusilado a un obispo, un federado le responde: «¡Mira, ciudadano, mi bala después de todo hizo un agujero en el cielo!». Ese proletario ilustra en la práctica la posición de nuestra clase sobre la religión perforando su secreto mediante la crítica por las armas.

«Sabía [Thiers] que sus obuses incendiaban París, que la masacre de prisioneros, de los heridos, llevaría fatalmente a la de los rehenes. Pero ¿qué le importaba la suerte de algunos curas y gendarmes? ¿Qué le importaba a la gran burguesía triunfar sobre las ruinas, si sobre ellas se podía escribir: '¡Se acabó con el socialismo por un largo tiempo!'»¹⁵⁷.

Evidentemente, la burguesía se lanzará sobre esos impulsos que organizan el contraterror¹⁵⁸ para demonizar a los proletarios, para inundar de calumnias a esos militantes que reaccionaron a la avalancha de la metralla versallesca..., mientras que en nombre de la defensa de la civilización ella organiza la masacre sistemática. Esto es lo que responde Jean Allemane a los que creen esa propaganda:

«A aquellas almas sensibles que leerán estas líneas y que de manera equivocada acusarán a los revolucionarios de alimentar ideas asesinas, les respondemos invitándoles a releer la historia, y no sólo las partes que relatan los horrores de la Semana Sangrienta, sino todas aquellas en las que los privilegiados, frente a las reivindicaciones de la clase obrera, han ahogado en sangre a miles de desheredados».

¹⁵⁷ Lissagaray, *op. cit.*

¹⁵⁸ En total sólo hubo 85 rehenes fusilados, peccata minuta a la vista de los miles de asesinados por Versalles.

Ya con antelación, desde el 1 de abril, el Estado Mayor versallés asumió la organización de los guardias nacionales del orden, que permanecían en París. También envió agentes, confidentes y provocadores, hábiles en fomentar y hacer circular informaciones falsas, desorganizar los servicios, provocar desertiones..., así como conseguir para Versalles planos de las barricadas erigidas en París. Muchos ocupaban puestos oficiales: uno que por su aplomo se presentó en el Ministerio de Guerra y se hizo nombrar jefe de la 7ª legión; otro era director de un depósito de municiones... Abades y curas conspiradores, particularmente hábiles para desarrollar un sentimiento de odio en los soldados encargados de «limpiar» París...

«La imprudencia de ciertos empleados de la Comuna favorecía el trabajo de los espías. Oficiales del Estado Mayor y jefes de servicio, para darse importancia, se expresaban en voz alta en los cafés de los bulevares...

Más siniestros aun, si cabe, eran los tribunales prebostales en los que se hacía un simulacro de juicio. No habían surgido por casualidad, obedeciendo al furor de la lucha. Mucho antes de la entrada en París, Versalles había fijado su

número, su asentamiento, sus límites y su jurisdicción»¹⁵⁹.

Esa matanza fría e impersonal es el fruto de una verdadera voluntad política y en ese sentido inaugura una nueva era de represión científica. Para las generaciones futuras de engalonados, esa masacre proporciona materia de estudio de cómo reprimir radicalmente en un contexto urbano, de cómo extirpar en profundidad la «raíz del mal». «La orden oficial de hacer prisioneros a los federados que se rindieran no fue acatada»¹⁶⁰.

Evidentemente, la eliminación lo más amplia posible de todos los que participaron en el movimiento, apuntando particularmente a los sectores proletarios más combativos y a los militantes más influyentes, «no extirpa el mal». La represión no puede más que anular temporalmente la fuerza para luchar, no puede más que retrasar el momento en el que doblan las campanas, no las de la revuelta contra este sistema, sino las de la sentencia de muerte de este sistema que genera cada vez más violencia, guerra, miseria...

La represión es la medida del miedo que alcanza la burguesía ante la posibilidad de perder su poder y,

¹⁵⁹ Lissagaray, *op. cit.*

¹⁶⁰ R. Tombs, *op. cit.*

al mismo tiempo, de la fuerza revolucionaria que ha sacudido su mundo. El objetivo de la represión es doble. A nivel inmediato busca aniquilar el empuje revolucionario que brota como la fiebre, que quiebra el consenso nacional, se extiende, aumenta y tiende a tumbar al Estado. A largo plazo busca reforzar el principio de autoridad, tanpreciado por el Estado, mediante una reorganización y un perfeccionamiento de todos sus cuerpos represivos –fuerzas armadas, policiales, judiciales, de control social– como amenaza potencial permanente, dispuesta a ser desatada al menor impulso revolucionario.

Semejante masacre queda anclada de forma permanente en la memoria. La represión transforma el cuerpo del proletariado: se hace corpórea, penetra en la carne, se almacena en la memoria celular, transforma nuestro ser, nos pacifica. Con el transcurrir del tiempo, el proletariado transmite y reproduce ese miedo aceptando en su lucha los límites que le impone la sociedad burguesa: las reglas del juego democrático.

En esa sumisión a la fuerza dominante, la socialdemocracia, materializándose después de 1871 en diferentes secciones nacionales, cumplió su función rechazando la perspectiva de la destrucción del viejo mundo por la violencia insurreccional. En la mayoría de sus manifestaciones escritas, o en sus prime-

ras conmemoraciones públicas desde 1878, la socialdemocracia exhibe los horrores de la contrarrevolución (cuidando mucho no sacar a la luz la responsabilidad criminal del gobierno de la Comuna), añadiendo según sea necesario, contribuyendo así a instalar el miedo en el cuerpo del proletariado, subrayando al mismo tiempo su estrategia pacifista cuyo eje central es la conquista del poder político... por las urnas. En cuanto a los motines, las barricadas y otros enfrentamientos violentos contra el Estado, los muestra como reliquias que merecen figurar en los museos de antigüedades, superados, pero que de vez en cuando se recuerdan para subrayar que siempre condujeron a represiones implacables. Buena razón para prescindir de ellos, ¿verdad? Toda la práctica de la socialdemocracia no es otra cosa que el reforzamiento del Estado y de su monopolio del terror.

Contra la masacre, así como contra ese miedo que la burguesía nos intenta insuflar en lo más profundo de nuestro ser, contra el humanismo de la socialdemocracia que nos desarma, la única respuesta para quebrar el poder burgués es la reivindicación de la violencia revolucionaria. Era lo que Marx escribía en la *Nueva Gaceta Renana* el 7 de noviembre de 1848, tras las masacres de junio (en París) y octubre de 1848 (en Viena):

«Las masacres sin resultados después de las jornadas de junio y octubre, la irritante fiesta expiatoria desde febrero y marzo, el canibalismo de la contrarrevolución, convencerán por sí mismas a los pueblos que **para abreviar**, para simplificar, para concentrar la agonía criminal de la vieja sociedad y los sangrientos sufrimientos del parto de la nueva, **no existe más que un medio: el terrorismo revolucionario**»¹⁶¹.

El canibalismo de la contrarrevolución

En el desarrollo de los combates contra el ejército de Versalles, antes de la semana sangrienta: 3.000 muertos.

Semana sangrienta: entre 15.000 y 35.000 muertos según diferentes historiadores, manipulando la cifra para dar tal o cual interpretación partidista de la represión.

Encarcelados en los pontones, las prisiones y otros depósitos: 20.000, de los cuales al menos un millar dejaron su pellejo allí.

13.700 condenados a penas de hasta nueve años.

¹⁶¹ K. Marx, *Nueva Gaceta Renana*, nº136. 7 de noviembre de 1848.

Deportados: 3.859. Decenas de muertos en cada viaje y centenares totalmente desmoralizados en Nueva Caledonia.

También hay que apuntar un «olvido» corriente: la presencia de 120 «argelinos» deportados, implicados en la insurrección de 1871 en Argelia, así como la de Aurès, en 1876, y de Bou-Amama, en 1881, ¡que no serán amnistiados más que decenas de años después que los deportados de la metrópolis!

El catálogo de atrocidades versallescadas es largo y variado: masacres de prisioneros, de federados aprehendidos con las armas en la mano o sencillamente sospechosos de tener las manos negras o con la marca del retroceso del fusil en el hombro; masacres de mujeres sospechosas de ser «petroleras»; masacres de bomberos acusados de incendiar París y, sobre todo, culpables de permanecer en la ciudad después del 18 de marzo; masacres de los heridos y del personal médico; en resumen, masacre del proletariado culpable de ascender al asalto del cielo. «Un coronel jocoso hace fusilar al albañil Lévêque, miembro del Comité Central; el oficial expresa su asombrosa indignación: '¡Era un albañil –dice– y quería gobernar Francia!'». Esto resume todo el desprecio burgués, su indignación de ver a los proletarios asumir el movimiento de destrucción del viejo mundo. ¿Qué más añadir sobre las masacres?

Ante todo no olvidemos la lección infligida por la burguesía:

«El suelo de París está cubierto por sus cadáveres. Es de esperar que ese espantoso espectáculo sirva de lección a los insurgentes que osaron declararse partidarios de la Comuna»¹⁶².

Algunos actos de resistencia proletaria a pesar del terror

¿Qué actos de solidaridad contra la represión de Versalles, en pleno auge de la carnicería entre mayo y junio de 1871, protagonizó el proletariado?

Hay que apuntar que aunque escasos, se dieron algunos actos protagonizados por proletarios bajo el uniforme alemán. De hecho, algunos *communards* pudieron escapar de la masacre gracias a que algunos de esos proletarios desobedecían las órdenes de sus superiores, dejándoles pasar, reencontrándose con ese instinto de clase que retomaba el internacionalismo. Citemos a Engels, en su introducción a *La guerra civil en Francia*, de 1891:

«Las tropas prusianas, que tenían cercado el sector nordeste de París, tenían orden de no dejar pasar a ningún fugitivo, pero a menudo los oficiales cerraban sus ojos cuando los soldados

¹⁶² Adolphe Thiers, 25 de mayo de 1871.

escuchaban la voz de la humanidad antes que la de sus consignas...».

Pero fueron actos absolutamente minoritarios. La mayoría de los soldados prusianos contribuyeron a la represión arrestando a los fugitivos, a veces tendiéndoles trampas (disfrazados con uniformes de la Cruz Roja, por ejemplo), haciéndoles creer que los iban a ayudar.

Por otro lado, en París se desarrollaron numerosos actos heroicos que permitieron a *communards* escapar definitivamente o momentáneamente a la represión. Efectivamente, aquellos que no habían huido antes del 21 de mayo, que habían combatido hasta el último aliento, eran buscados ávidamente por los esbirros. Se salvaron gracias a esos valientes que arriesgaron sus vidas escondiéndoles una hora, un día, a veces una semana.

Destaquemos, por fin, esas esporádicas reacciones proletarias en los barrios obreros, después de la semana sangrienta. Los soldados y oficiales del ejército de Thiers fueron la diana de disparos hasta el mes de julio. Los periódicos versallescicos no comprendían «qué fútiles razones de odio podía haber contra unas tropas que tenían el aspecto más inofensivo del mundo»¹⁶³.

¹⁶³ Lissagaray, *op. cit.*

También hubo miles de exiliados, fundamentalmente en Suiza y en Inglaterra, que recibieron una acogida fraternal por parte de los militantes de la Internacional que los ayudaron a sobrevivir dándoles techo y buscándoles trabajo.

3.2. Otros aspectos de la contrarrevolución

Es necesario recordar que la mayoría de escritores franceses de aquella época eran versalleses. El temor que la burguesía padeció ante el fantasma del comunismo fue poéticamente expresado por esos delicados seres humanos¹⁶⁴. Citemos algunos:

Leconte de Lisle:

«Por fin, se acabó. Espero que la represión sea de tal magnitud que nada se mueva más. En lo que a mí concierne, desearía que la represión fuera radical».

Anatole France:

«Por fin el gobierno del crimen y de la demencia se pudre a estas horas en los campos de ejecución».

Flaubert:

«Considero que se debería haber condenado a galeras a toda la Comuna y forzar a esos sangrientos imbéciles a limpiar las ruinas de París, encadenados por el cuello, como simples convictos».

George Sand, pro-versalles convencida, había abierto la veda el 6 de abril, tras la derrota de la desgraciada salida de los federados, escribiendo:

¹⁶⁴ P. Lidsky, *Los escritores contra la Comuna*. 1970.

«Todo va bien para los versalleses. La derrota de los federados es completa. Se sigue robando y deteniendo en París. No podemos compadecernos del aplastamiento de semejante demagogia».

Émile Zola, que la leyenda nos presenta como «un socialista muy a su pesar» (según Barbusse), como un defensor de los obreros con sus descripciones de las condiciones de trabajo de los mineros (en *Germinal*) en una breve adoración de la miseria, nunca fue otra cosa que un enemigo del proletariado en cuanto éste osó tomar la iniciativa de la lucha y desafiar al orden burgués. Zola, tras escribir el 19 de abril:

«Ah, cómo hemos deseado ese asalto de las tropas de Versalles que deben liberar París», escribió el 24 de mayo: «Que se cumpla la obra de purificación», para entregarse a una lección moral el 30 de mayo: «El baño de sangre que el pueblo de París acaba de sufrir podría ser una horrible necesidad para calmar algunas de sus fiebres. Le verán ahora crecer en sabiduría y esplendor»¹⁶⁵.

Después de esas putrefacciones literarias acabemos con un soplo purificador. Apenas finalizada la semana sangrienta, Eugène Pottier, escondido de los

¹⁶⁵ Julie Moens, *Zola, El impostor*. 2004.

asesinos de Versalles, escribía a la humanidad entera este canto de esperanza:

«Del pasado hagamos añicos
¡Masa esclava, en pie! ¡En pie!
El mundo va cambiar de base:
¡Los de nada hoy, todo han de ser!».

FEDERACIÓN REPUBLICANA DE LA GUARDIA NACIONAL

En el momento en que las dos partes se reúnen se observan y toman posiciones estratégicas;

En este instante supremo cuando toda una población, llegada a un paroxismo de exasperación, ha decidido vencer o morir para el mantenimiento de sus derechos,

el Comité Central quiere que se le escuche.

Sólo hemos luchado contra un enemigo: *la guerra civil*. De acuerdo con nuestras creencias, tanto cuando asumimos la administración provisional, como ahora que estamos alejados de esa administración, hemos pensado, hablado y actuado en este sentido;

Hoy y por última vez, en presencia de las desgracias que pudieran caer sobre todos nosotros, propo-

nemos al heroico pueblo armado que nos nombró, así como a los que han equivocadamente nos atacan, la única solución capaz de detener el derramamiento de sangre y al mismo tiempo salvaguardar los legítimos derechos conquistados por París:

1° La Asamblea Nacional, cuyo papel ha terminado, debe ser disuelta;

2° La Comuna también se disolverá;

3° El llamado ejército *regular* abandonará París y se mantendrá a una distancia de al menos 25 kilómetros;

4° Se nombrará una autoridad provisional, integrada por delegados de las ciudades con más de 50.000 habitantes. Este poder elegirá de entre sus miembros a un gobierno provisional, cuya misión será la de proceder a celebrar elecciones para una Asamblea Constituyente y la Comuna de París;

5° No se tomarán represalias ni contra los miembros de la Asamblea, ni contra los miembros de la Comuna, para todos los hechos ocurridos con posterioridad al 26 de marzo.

Estas son las únicas condiciones aceptables.

Que toda la sangre derramada en una lucha fratricida recaiga sobre la cabeza de aquellos que las rechazan.

En cuanto a nosotros, como en el pasado, vamos a cumplir con nuestras obligaciones hasta el final.

4 Prairial, año 79

Los miembros del Comité Central,
Moreau, Piat, B. Lacorre, Geoffroy, Gouhier,
Prudhomme, Gaudier, Fabre, Tiersonnier, Bonne-
foy, Lacord, Tournois, Baroud, Rousseau, Laroque,
Marechal, Bisson, Ouzelot, Brin, Marceau, Leve-
que, Chouteau, Avoine, Navarre, Husson, Lagarde,
Audoynaid, Hanser, Soudry, Lavallette, Chateau,
Valats, Patris, Fougeret, Millet, Boullenger, Bouit,
Grelier, Drevet.

Cartel del 25 de mayo de 1871 (Texto cuanto menos asombroso del Comité Central que quiere imponer sus condiciones a Thiers ¡en plena semana sangrienta! Al mismo tiempo, Thiers escribe: «El suelo de París está cubierto de cadáveres. Es de esperar que este terrible espectáculo sirva como una lección a los insurgentes que osaron declararse partidarios de la Comuna»).

IV CONCLUSIÓN

4.1. Elementos de conclusión

«Febrero de 1848

Que esta fecha sea para nosotros una sana advertencia. Que esa victoria, tan rápidamente transformada en derrota, ese triunfo abortado, nos sirva al menos de enseñanza.

¡Ah! Hoy no es como en 1830, se decía aún en la víspera. El pueblo no se dejará escamotear su revolución, otra vez, por esos políticos especuladores. Conoce ya el valor de las arengas de la plaza pública. Por fin no se dejará enredar más en esos viejos trucos de trilero en los que por un instante, le dejan ver, como con la nuez moscada, 'la mejor de las repúblicas'; todo con el tiempo justo para mostrársela y hacerla desaparecer, diciéndole 'buen pueblo, pueblo generoso, pueblo magnánimo, héroes de tres días, bravos camaradas, os llevo en mi corazón'; y otras lindezas por el estilo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pues bien, se añadía, esta vez no será como la anterior. ¡Tenemos la experiencia, fue una lección que nos ha costado bastante cara! Que venga una insurrección victoriosa y esta vez no hay duda de que la aprovecharemos. ¡Oh, Vanidad de la ignorancia popular! ¡Fanfarronerías de esclavos, cinceladas bajo el yugo! El 24 de febrero llegó. París se llena de barricadas, las barricadas se llenan de insurgentes vencedores, y

no será al día siguiente, si no ese mismo día, cuando la Revolución sea escamoteada en las mismas barbas de los combatientes. 1848, como 1830, habían dado su tirón al collar, y esta vez, como la anterior, el collar permaneció en el cuello de la bestia... En su impulso insurreccional, la muchedumbre había roto el timón real, saltaba relinchando de impaciencia al grito de libertad, creía por fin haber acabado con la servidumbre. ¡Efímera ilusión! ¡Presunción castigada rápidamente! Sólo hubo que tomar las riendas y retorcerle la mordaza en la boca para arrearla hasta los establos de recambio de la Reacción, engancharla de nuevo al antiguo carro del Estado.

¡Y eso no es todo! Si mañana el pueblo se encabrita de nuevo, arroja por tierra y pisotea su funda imperial, ese mismo día ¡desgraciadamente, incluso a lo mejor antes del atardecer, volverá a la obediencia pasiva, domado por los remolinos de las palabras, el chasquido de frases, la erudición ecuestre de cualquier Franconi con pantalón de cuero, con chaleco a lo Robespierre, con sombrero regencial!».

JOSEPH DEJACQUE (1857)

He aquí lo que podría representar una premonición de lo más acertada. En efecto, ¿cómo es posible que en 1871 los insurgentes se dejaran de nuevo enredar *por las arengas y los cantos de sirena de la plaza pública, las frases rimbombantes, las promesas del trilero y su nuez de moscada?* Claro que no se puede pasar por alto que entre las primeras escaramuzas y la semana sangrienta, el movimiento conoció todo un desarrollo, una dinámica de fortalecimiento, una exacerbación de las contradicciones de clase que no pueden ignorarse bajo pretexto de que en última instancia ese movimiento acabaría derrotado.

Sería olvidar que en 1871 el proletariado impuso una correlación de fuerzas que amenazó los cimientos del Estado.

Sería omitir que los soldados no sólo se negaron a disparar sobre los insurgentes, sino que además volvieron sus armas contra los oficiales que les ordenaban disparar.

Sería omitir el movimiento insurreccional que culminó el 18 de marzo y que se saldó con la desbandada de los últimos regimientos que quedaban en París.

Sería negar que en Francia, entre 1870 y 1871, fue el proletariado quien paró la guerra imperialista

bajo la cual los imperios francés y prusiano se disponían a cepillarlos. El proletariado impuso una correlación de fuerzas que provocó que tanto el Estado francés como el prusiano tuvieran que abandonar sus proyectos belicistas. Las dos fracciones beligerantes fueron obligadas a abandonar sus posiciones respectivas y a negociar acuerdos de paz para combatir la insurrección proletaria que tendía a generalizarse en toda Francia. Frente al peligroso auge del movimiento revolucionario, la burguesía apartó sus disensiones particulares, su competencia, y unificó sus esfuerzos. El enemigo principal pasó a ser la insurrección proletaria. El objetivo: vencer a la revolución, destruir la perspectiva comunista.

Pero ese impulso genial que puso en cuestión al viejo mundo se encontró con unos límites que lo condujeron dramáticamente a la derrota.

La burguesía estaba debilitada y prácticamente vencida... La insurrección proletaria se abría paso no sólo en París, sino en una serie de ciudades francesas. Sin embargo, no se tomará ninguna medida para consolidar esa correlación de fuerzas conseguida el 18 de marzo hasta llegado el 2 de abril; nada se hará para extender la lucha, para conservar la iniciativa ante la desbandada de las fuerzas armadas, para organizar la defensa del París insurrecto.

Como hemos subrayado anteriormente, el ejército estaba sumido en el desconcierto. Los actos de indisciplina, el rechazo a las órdenes, el desacato a la jerarquía... se multiplicaban. Pero esos síntomas de descomposición del ejército no se aprovecharon para organizar definitivamente su derrota, para atraer a los regimientos indecisos de modo definitivo a la revolución. Es en este aspecto donde radica toda la importancia de perseguir a las fuerzas burguesas retiradas a Versalles. Hubo propuestas en ese sentido, pero totalmente minoritarias y mal organizadas: las tentativas para asumir esa necesidad —como la salida del 3 de abril— se llevaron a cabo contando con el apoyo del gobierno de la Comuna. Esa ilusión fue fatal.

Para empezar, el 3 de abril era tarde para reaccionar. Hacía ya dos semanas que Thiers negociaba con Bismarck recuperar las tropas apresadas por el ejército prusiano, organizaba el asedio de París y forzaba a toda Francia, por medio de la represión de las comunas que surgían en diversas ciudades, así como por la conspiración contra las fracciones burguesas que ponían su autoridad en cuestión, a adherirse a su empresa de someter la insurrección y retomar París.

Los militantes proletarios que trataron de romper el aislamiento del movimiento en París y retomar la ofensiva se vieron obstaculizados por la política del

Comité Central de la Guardia Nacional, relevado después por el gobierno de la Comuna. Finalmente actuarán contra las directivas de esas estructuras, pero sin asumir claramente la necesidad ineludible de una ruptura franca para que esas iniciativas pudieran concretarse. Lamentablemente perseverarán en la idea de que esos comités y el gobierno iban a apoyarles, que sólo se trataba de una cuestión de mala coordinación en las decisiones, relevos defectuosos, incompetencias particulares...

Peor aún, tras el desastre que significó esa salida, los militantes que fueron la vanguardia de esa iniciativa y que lograron volver vivos –lamentablemente muchos perderán la vida– no extraerán las lecciones de esa derrota.

Como señalamos en la introducción, no sólo en Francia, sino a nivel internacional, las contradicciones hacían resurgir aquí y allí innumerables impulsos de lucha. Pero *el proletariado no era consciente de su fuerza*. Encontramos ahí la clave para el desarrollo radical de la revolución: pasar de la acción instintiva de clase a una conciencia del por qué y del cómo luchar. Es por ello que ese tipo de expresión generosa de arrojo proletario afirma, de forma cada vez más fuerte, lo indispensable del trabajo militante de clarificación de los objetivos del movimiento, de la preparación revolucionaria de la insurrección.

Algo que fue parcialmente asumido por las fuerzas militantes presentes en el movimiento.

A pesar de los terribles límites que encadenaron sus acciones, es importante subrayar la presencia decisiva de militantes que, organizados desde hacía tiempo, curtidos en los diversos enfrentamientos, enriquecidos por experiencias pasadas, supieron por momentos contribuir a dar saltos de calidad en el proceso de demarcación de clase.

4.2. Notas sobre la AIT, los blanquistas y otros militantes

En un episodio de lucha de semejante envergadura, no siempre es fácil determinar dónde, cuándo y cómo se han expresado los momentos más fuertes de la lucha, los puntos de ruptura más desarrollados con el consenso nacional, y cómo se han cristalizado, estructurado, organizado, las fuerzas que contienen esas rupturas. Dicho de otro modo, cómo el proletariado, surgiendo de aquí y de allí, enfangado de nacionalismo, de basura socialdemócrata, se afirmó como clase, afirmó su propia dinámica y se organizó en fuerza, en partido¹⁶⁶.

Para tratar de determinar los lugares y las estructuras donde se expresaron y organizaron las energías revolucionarias, nos desmarcaremos en primer lugar de las apreciaciones –y son muchas– que se empe-

¹⁶⁶ Sabemos las interpretaciones controvertidas de las que es objeto este término, por ello queremos insistir en precisar que no se trata aquí del concepto socialdemócrata o marxista-leninista. Al contrario, queremos atraer la atención del lector para que trate de identificar el proceso de constitución en partido de los acontecimientos mismos, de la necesidad de nuestra clase de afirmarse en fuerza autónoma, de afirmar sus propios objetivos afuera y en contra de toda alternativa burguesa. Una breve crítica sobre la posición socialdemócrata/marxista-leninista está incluida en el «Anexo sobre el partido».

ñan en analizar las acciones en base a la pertenencia formal a tal corriente/asociación/partido de los militantes o grupos de militantes más conocidos que han participado en ellas.

La experiencia de la Comuna nos muestra muy claramente que el sello de la AIT, así como el del Partido Blanquista, no fue, ni mucho menos, sinónimo de ruptura radical con el programa del gobierno de la Comuna. Por consiguiente, es importante no limitarse a los títulos, las banderas, las autoproclamaciones, peor aun, la presencia de tales formaciones políticas, o tales militantes, para analizar un acontecimiento, una acción, un enfrentamiento, una toma de posición.

Ante todo es importante partir del movimiento real, del enfrentamiento entre las clases sociales. Ése es el lugar del cual emergen fuerzas militantes que en algunas ocasiones se constituyen en portadoras de rupturas decisivas, contribuyendo a dar saltos de calidad en la demarcación de las clases y la contraposición de sus objetivos, y que en otras ocasiones se ahogan en el consenso pacifista, contribuyendo dramáticamente a la confusión general y a la pérdida de autonomía del proletariado.

Rechazamos pues todos los análisis que no reconocen un carácter revolucionario a las manifestacio-

nes del proletariado más que cuando éstas hacen referencia explícita a sus propios prejuicios ideológicos. Por ejemplo, la ideología marxista defendiendo la federación parisina de la AIT como la representante del partido del proletariado en la Comuna, debido a su afiliación a la AIT de la que Marx formaba parte.

Ese modo de proceder impide cualquier análisis de la dirección que impulsaron los militantes de la federación parisina de la AIT¹⁶⁷ e impide también considerar cualquier otra expresión del movimiento que, sin pertenecer a la AIT, pudo mostrar por momentos una mayor claridad. Ese punto de vista no se basa en la práctica real de esos conocidos militantes, sino únicamente en su pertenencia a tal o cual corriente/asociación/partido. Es, por lo tanto, un punto de vista esencialmente idealista en la medida en que parte más de la idea –preconcebida– del movimiento que del propio movimiento.

En contraposición a esta metodología, nosotros tratamos de analizar las fuerzas más conscientes y organizadas del proletariado en base a su capacidad, o no, de afirmar su esencia revolucionaria, su pro-

¹⁶⁷ Hay una gran autonomía entre las federaciones de la AIT en Francia (Rouen, París, Lyon, Marsella), de la misma manera que entre las diferentes secciones nacionales. Hablamos, en este texto, de la federación parisina.

yecto social que por su propia naturaleza es negación en actos del orden social existente, abolición de las clases, del trabajo, del capital, del Estado... y afirmación de la necesidad del comunismo: sociedad sin dinero, sin intercambios, sin propiedad privada..., reafirmación de la comunidad humana.

Puesto que al comienzo de un enfrentamiento entre clases, la ideología dominante sigue siendo la de la clase dominante, es evidente que la clarificación de los objetivos revolucionarios del proletariado es siempre una cuestión de minorías.

El análisis del esfuerzo organizativo del proletariado consiste entonces en el análisis de la capacidad real de esas minorías en poner por delante los objetivos proletarios de la lucha, en impulsar y centralizar la dirección revolucionaria. Concretamente, en el enfrentamiento entre clases de 1870-1871 en Francia se trata de analizar la capacidad de las minorías revolucionarias de desmarcarse de las fuerzas burguesas republicanas, del gobierno de la Comuna, de extender el movimiento y la centralización de las diversas expresiones de la lucha en una única expresión, de organizar la insurrección contra todas las fuerzas burguesas en presencia.

De este movimiento emergieron algunas fuerzas, estructuraciones de energías militantes, unas pre-

xistentes al movimiento, como la federación parisina de la AIT y el Partido Blanquista, otras surgidas en el fragor de la batalla como los *clubes revolucionarios*, *Comités de Vigilancia*, *Batallones rojos de la Guardia Nacional*, *Tiradores de Belleville*, *Vengadores de Flourens*, *Unión de Mujeres para la Defensa de París* y *el Cuidado de los Heridos...* Todas y cada una de esas fuerzas expresan el proceso de constitución del proletariado en partido.

También son parte de este proceso los militantes denominados «sin partido», militantes o grupos de militantes activos no afiliados a una organización precisa, pero cuya presencia, dinamismo, acciones, posiciones, son parte de las múltiples concreciones que contiene dicho proceso.

Claro que no todas las fuerzas tienen la misma importancia, el mismo impacto y la misma responsabilidad en esa constitución en partido.

Por ejemplo, la federación parisina de la AIT y el Partido Blanquista, constituidos antes de la explosión del movimiento en París, poseyendo la experiencia de las luchas pasadas tanto a nivel nacional como internacional, tienen una mayor responsabilidad en la expresión y organización de toda la fuerza del movimiento.

Por ello queremos dedicar tiempo y espacio a analizar más de cerca esas dos fuerzas militantes: sus fuerzas, sus límites y, más particularmente, cuál fue su práctica durante el movimiento, su capacidad para estimular las fuerzas del proletariado, para clarificar los objetivos del movimiento, para avanzar en la ruptura entre nacionalismo e internacionalismo, entre república y revolución.

La AIT

La **Asociación Internacional de Trabajadores** constituye una tentativa del proletariado de dotarse de una dirección internacional común, una tentativa extremadamente importante de materializar la necesidad de centralización de todas las luchas más allá de las fronteras. A pesar de que sólo concernía al «mundo civilizado»¹⁶⁸, representa sin duda alguna la

¹⁶⁸ Desde ese «mundo civilizado» casi todos los revolucionarios de la época retoman esa terminología, cuanto menos racista, que forma parte de ese punto de vista que opone las sociedades «civilizadas» a las sociedades «bárbaras» y/o «inferiores». Tenían una visión progresista de la historia que los incapacitaba para reconocer las luchas llevadas fuera de ese mundo «civilizado» como parte de la lucha contra el capital que impone su mortífero modo de producción al conjunto de la humanidad. Se encuentra aquí un límite a ese internacionalismo.

expresión más potente del internacionalismo proletario del siglo XIX.

Fue precisamente esa dimensión la que atemorizó a la burguesía. La campaña internacional que desde 1871 pone en marcha la burguesía, acosando a todos los militantes de la AIT, tratando de aniquilar esa amenaza, es más producto del miedo que inspiraba la fuerza potencial de un proletariado unido que lo que la AIT consiguió realmente organizar. Para la burguesía se trataba ante todo de impedir esa perspectiva en cada conflicto, fácilmente derrotado mientras se mantuviera aislado; se trataba de liquidar la confianza del proletariado en su capacidad de organizarse y oponer a la burguesía una fuerza internacional, de destruir la idea misma del internacionalismo proletario estructurado en una potente fuerza.

Un buen ejemplo de ello es la represión de los militantes de la sección alemana de la AIT que, en julio de 1870, habían manifestado su oposición a la guerra franco-prusiana. Afirmar el internacionalismo proletario de cada lado de la frontera franco-alemana contra la guerra que Bismarck y Napoleón III se disponían a librar, en pleno momento de movilización general de los ejércitos, era a los ojos de la burguesía materia para juicio militar.

La primera directriz del consejo general de la AIT sobre la guerra franco-alemana que Marx acabó de redactar el 23 de julio de 1870, ocho días después de que Francia y Alemania precipitaran al proletariado a la guerra, subrayaba pasajes de resoluciones adoptadas por los obreros alemanes:

«Nos congratulamos en estrechar la mano fraternal que nos tienden los obreros de Francia. Fieles a la consigna de la Asociación Internacional de Trabajadores: '¡Proletarios de todos los países, uníos!'. ¡Jamás olvidaremos que los obreros de todos los países son nuestros amigos y los déspotas de todos los países, nuestros enemigos!

Nos adherimos en cuerpo y alma a vuestra protesta... Solemnemente prometemos que ni el toque del clarín ni el retumbar del cañón, ni la victoria ni la derrota, nos desviarán de nuestro trabajo común por la unión de los obreros de todos los países».

A pesar de ello, el proletariado en Alemania no estuvo a la altura de esas declaraciones internaciona- listas, pues para él la guerra supondrá el abandono de sus huelgas, el abandono de sus tentativas de confraternizar y, forzosamente, un crecimiento de la miseria.

Una de las razones de la falta de consecuencia de la AIT en su lucha contra la guerra es haberle reconocido un carácter «defensivo» a la guerra por parte del lado prusiano, ¡carácter que le acreditaría el apoyo del proletariado! Un punto de vista totalmente absurdo pues muy pronto el ejército conducido por Bismarck cruza la frontera y derrota al ejército francés en su propio terreno. En cualquier caso, ¡situarse en el campo de un ejército del capital es siempre situarse contra el proletariado!

Como hemos visto, la federación parisina de la AIT cayó en la exaltación del patriotismo. Incluso los mismos blanquistas no se libraron de esa fiebre nacionalista que dio nacimiento el 7 de septiembre de 1870 al periódico *La Patria en peligro*. Por lo general, en el desarrollo de los acontecimientos, pocos militantes entre los más lúcidos se libraron de esta cuestión. ¡Incluso fue la norma!

Esta cuestión nos muestra cómo las situaciones particulares, las contingencias locales, pueden ponerse en un primer plano y sembrar la confusión entre los militantes llevándolos a abandonar una posición clave del proletariado, que expresa su propia esencia: una sola clase mundial con intereses únicos e irremediabilmente antagónicos a los de la burguesía. Es decir, todas las luchas, independientemente del lugar del mundo en el que se desarrollen,

independientemente de las condiciones en las que se expresen, son una sola y única lucha, son fundamentalmente de la misma naturaleza y tienen el mismo objetivo. Eso es lo que define el internacionalismo. Lo que quiere decir que la necesidad inmediata de toda lucha es:

- La abolición de toda clase de fronteras, barreras sectoriales, geográficas, políticas u otras, y

- la organización de la derrota de la burguesía, sea republicana o bonapartista, e independientemente de su posición en el plano internacional.

Todo patriotismo conduce inevitablemente a posicionarse del lado de una u otra fracción burguesa y a tomar las armas contra hermanos de clase. En el mismo sentido, todo particularismo conduce a negar el carácter único y mundial de la clase proletaria.

Como nos demuestran los acontecimientos mismos, el comunalismo, la voluntad de mantenerse en la gestión de los asuntos locales, era efectivamente un momento de afirmación de los particularismos en oposición total al punto de vista internacional e internacionalista. Paradójicamente, los internacionalistas de la AIT defendían el comunalismo en Francia.

En un manifiesto de mayo de 1869, la sección francesa de la AIT proclamaba:

«Las comunas, los departamentos y las colonias liberadas de toda tutela en lo que concierne a sus intereses locales y administrados por mandatarios libremente elegidos...».

En septiembre de 1870, en lo que es considerado como el programa de la AIT (sección francesa) se defiende:

«Lo que todos queremos es que cada comuna retome su independencia municipal y se gobierne por sí misma en plena Francia libre. Seguimos queriendo la Federación de las Comunas».

El 25 de marzo de 1871, Varlin respondía a un emisario de Bakunin:

«... que no se trataba de revolución internacionalista; que el movimiento del 18 de marzo no tenía otra finalidad que la reivindicación de las franquicias municipales de París, y que ese objetivo se había alcanzado; que las elecciones estaban fijadas para la mañana siguiente, el día 26, y una vez elegido el Consejo Municipal, el Comité Central cedería sus poderes y todo habría terminado»¹⁶⁹.

En mayo de 1871, H. Goullé, miembro de la AIT, reafirma:

¹⁶⁹ James Guillaume, *L'Internationale*. 1905.

«La única salida abierta aún ante nosotros es la Federación de las Comunas de Francia».

Los acontecimientos nos mostraron que esas posiciones contribuyeron dramáticamente a encerrar la lucha en París y a sostener la política criminal del gobierno de la Comuna.

Antes de la declaración de guerra, la federación parisina de la AIT reagrupaba a casi todos los obreros combativos de la capital, gracias a los esfuerzos organizativos y de centralización de las luchas que desde hacía años impulsaban militantes como Varlin, Héligon, Combault, André Murat, Theisz, etc.

En las numerosas huelgas de los años 1866-1867 y 1869-1870, los proletarios se adhirieron en masa a la AIT. Pero eso no quiere decir que las nuevas secciones se transformaran en fuerzas activas; la mayoría de las veces decaían una vez acabadas las huelgas. El número de militantes activos era mucho más modesto: en torno a los 2.000 en aquella época. Por consiguiente podemos afirmar que si bien la AIT es una fuerza radiante, no es todavía un potente cuerpo organizado, tarea a la que se dedicaban militantes como Varlin, en París, Aubry, en Rouen, Richard, en Lyon, Bastelica, en Marsella, y otros tantos, participando por ejemplo en las sociedades obreras y en la cámara federal de las sociedades

obreras en París. Toda esta actividad conllevó una radicalización de una minoría de la federación parisiense de la AIT.

Sin embargo, tras la declaración de guerra los acontecimientos exaltarán las posiciones menos claras de la AIT. Tengamos en cuenta que la sección francesa estaba fuertemente influida por el proudhonismo, ideología gestionista de la cual el comunismo es una expresión. El comunismo reivindica la liberación de las comunas de la tutela del Estado central, liberación que no tiene nada que ver con ninguna abolición de las relaciones de clase, de explotación, de sumisión. ¿A qué corresponden las franquicias municipales reclamadas por los comunistas sino a la necesidad del capital de una mayor libertad de circulación mercantil? Fue así como el federalismo, cooperativismo, mutualismo..., alejaron a la AIT del cuestionamiento de las bases de las relaciones sociales capitalistas: la desposesión de los medios de vida y la esclavitud del trabajo. Consecuentemente acabó dando su apoyo crítico a la República, participando en la Asamblea Nacional de Burdeos, participando en la campaña para elegir el gobierno de la Comuna, respetando la propiedad privada, las instituciones financieras, posicionándose contra la creación de los cuerpos francos organiza-

dos fuera de la Guardia Nacional, contra la ejecución de los rehenes...

Es innegable que hubo un desfase increíble entre la fuerza revolucionaria del movimiento en 1870-1871 en Francia, y la política gestionista a la cual los militantes de la federación parisina de la AIT limitaron sus actuaciones. En el fuego de los acontecimientos, no supieron deshacerse de las ilusiones proudhonianas dedicando la mayor parte de su tiempo a evolucionar bajo la sombra de los burgueses republicanos de izquierda.

Muy pocos militantes de la AIT retomarán la llama de su compromiso anterior a 1870, llama que los habían conducido a la cabeza del proletariado con una práctica de organización de huelgas y de otros aspectos del movimiento real de emancipación de la esclavitud asalariada.

No tenemos la más mínima duda al afirmar que la práctica de esos militantes tras el 18 de marzo, cuando rechazan atacar el Banco de Francia o aplicar medidas de contraterror, únicas capaces de frenar temporalmente los ardores bélicos del ejército de Versalles, es abiertamente contrarrevolucionaria. Si cierta confusión puede no tener una verdadera dimensión contrarrevolucionaria en los periodos de relativa paz social, en los momentos cruciales

adquiere sin embargo un impacto totalmente diferente y deviene en fuerza actuante de la contrarrevolución. La federación parisina de la AIT estuvo marcada por su incapacidad de desmarcarse del republicanismo. Incapacidad que además se verá reforzada por la posición nacionalista burguesa del buró internacional de la AIT en la *Segunda directriz del consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-alemana* (escrita por Marx). Ver el apartado 2.3.

Será la *Tercera directriz del consejo general de la AIT sobre la guerra civil en Francia en 1871*, cuya redacción finaliza Marx el 31 de mayo de 1871, la que marque un cambio en la posición de la AIT. Es la hora del balance tras la represión llevada a cabo por Thiers que siembra las calles de París de cadáveres. Marx reconoce que es una guerra contra el proletariado y denuncia la connivencia entre Bismarck y Thiers en el cerco de París, así como los acuerdos de paz que negocian la reconstrucción de un ejército francés para asaltar la Comuna. ¿Era demasiado pronto para poder distinguir al interior de la Comuna lo que era una expresión del proletariado y lo que era una política burguesa que se situaba en los hechos junto al accionar de Thiers? Como hemos subrayado, la frontera entre revolución y contrarrevolución no estaba entre París y Versalles, sino en el

propio seno de la Comuna, entre el proletariado insurrecto y el gobierno de la Comuna, que, actuando para la desorganización y el desarme del proletariado, se situaba al lado de los que libraron el asalto final: Thiers sostenido por Bismarck. A pesar de las debilidades que contiene esa *Tercera directriz*, la consideramos como una contribución a las lecciones a extraer de esas luchas que se prolongaron durante más de un año. Se sitúa pues sobre nuestro terreno de clase, al contrario que las dos primeras *directrices* situadas en el terreno de la burguesía.

Los blanquistas

Por lo general, la historiografía burguesa sobre la Comuna –libros, publicaciones, artículos y periódicos escritos tras los acontecimientos– da espacio entre sus páginas a la gesta de los miembros de la AIT, mientras que a los blanquistas se los relega a un segundo plano. Esta cuestión responde a la lógica de siempre de la socialdemocracia: presentar las trabas del movimiento como sus momentos más fuertes, mientras que los momentos en los que el proletariado pone realmente en peligro la dominación burguesa se presentan como los de menor interés, aspectos a olvidar o, peor aun, como desviaciones totalmente condenables.

De la AIT valoran precisamente lo que nosotros subrayamos como sus límites: el gestionismo, el comunismo, el reformismo, el republicanismo... Todos esos mecanismos democráticos que absorbieron la energía de sus militantes y los cegó, alejándolos de las necesidades de la lucha de clase.

De los blanquistas se quedan con su actuación decidida y clara de organizar la insurrección, pero evidentemente no en el sentido de valorarla, sino en el de cómo hacer para que el proletariado olvide esa necesidad inevitable de la lucha, cómo hacer para desviarlo de esa decisión. Para la socialdemocracia esto se traduce en años de propaganda a favor del sufragio universal. Se trataba de abandonar el enfrentamiento clase contra clase y dar confianza a la vía parlamentaria, inaugurando una nueva era de evolución pacífica hacia el socialismo. La semana sangrienta era utilizada como prueba de que toda práctica insurreccional conduce hacia el fracaso. Toda lucha intransigente, toda tendencia a organizar la autodefensa, el contraterror, fue denunciada como «blanquismo». Esgrimido como una peste con la que amenazar a los proletarios que sucumbieran ante la tentación de asumir el golpe por golpe, el «blanquismo» se convirtió desde entonces en el apelativo arrojado contra todo aquello que era odiado por la socialdemocracia.

Pero ¿cuál es la práctica real de los militantes blanquistas?

Antes de profundizar en esta práctica queremos aclarar que llamamos blanquista a un grupo de revolucionarios que desde 1865 se organizaron alrededor de Auguste Blanqui, interviniendo en los diferentes ámbitos (al principio entre los francmasones o los entierros civiles, después en las huelgas, las manifestaciones, las reuniones públicas, los disturbios...) y que organizaban clandestinamente grupos de combate. Lo que nosotros reconocemos como fuerza en ese grupo son:

- Su defensa decidida de la delimitación de las clases sociales. Blanqui siempre fue muy claro sobre el antagonismo irreconciliable entre proletariado y burguesía. En una carta a Maillard, escrita en 1852, denuncia la terminología demócrata que califica como «el instrumento de los oportunistas». Escribía sobre aquellos que usaban esa terminología:

«Ésa es la razón por la cual proscriben los términos 'proletarios y burgueses'. Porque ambos tienen un sentido claro y nítido: dicen claramente las cosas. Eso es lo que les desagrade. Se los rechaza como provocadores de la guerra civil. ¿No basta esa razón para abrir los ojos? ¿Acaso no es esa guerra civil la que estamos obligados a realizar desde hace tanto tiempo?

¿Y contra quién? ¡Ah! He ahí precisamente la cuestión que se esfuerzan en ocultar con la oscuridad de las palabras; porque se trata de impedir que las dos banderas enemigas se sitúen abiertamente una frente a otra, con el objetivo de arrebatarle a la bandera victoriosa los beneficios obtenidos tras el combate, y permitir a los vencidos encontrarse como dulces vencedores. No se desea que los dos campos adversos se denominen con sus verdaderos nombres: proletariado, burguesía. Pero no hay otros».

- Su rechazo categórico de la alianza con los republicanos y socialistas burgueses como L. Blanc, Ledru-Rollin, Crémieux, Albert..., que tuvieron su cuota de responsabilidad en la represión del proletariado en 1848. El *Toast de Londres*, escrito por Blanqui desde la cárcel de Belle-Ile en el mes de febrero de 1851, es una denuncia lapidaria de todos esos republicanos:

«¿Qué obstáculo amenaza la revolución de mañana?

El obstáculo en el que naufragó la de ayer: la deplorable popularidad de burgueses disfrazados de tribunos. ¡Ledru-Rollin, Louis Blanc, Crémieux, Lamartine, Garnier-Pagès, Dupont de l'Eure, Flocon, Albert, Arago, Marrast!

¡Lista fúnebre! Nombres siniestros escritos con letras sangrientas sobre todos los adoquines de la Europa democrática.

Es el gobierno provisional quien ha matado la Revolución. Es sobre su cabeza donde recae el peso de todos los desastres, la sangre de tantas miles de víctimas».

- Asumir la necesidad proletaria de organizarse clandestinamente, de preparar la insurrección.

- Asumir la lucha imprescindible para impedir que la organización sea objeto de infiltración (tarea cumplida por R. Rigault con éxito).

La necesidad de preparar la insurrección es el aspecto fundamental de toda actividad de los militantes blanquistas. Blanqui, en contraposición a esa idea que se extendió posteriormente de que actuaba independientemente de la correlación de fuerzas presente, buscó toda su vida cómo dar un salto de calidad al movimiento. Las diferentes tentativas insurreccionales del 12 y el 13 de mayo de 1839, del 14 de agosto, del 4 de septiembre y de finales de diciembre de 1870, no son acciones ciegas, realizadas al margen de cualquier análisis serio. Todas se desarrollan en periodos marcados por manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas del orden y representan el momento en el que los blanquistas deciden pasar a la acción tras una intensa preparación. El

fracaso de esas tentativas no justifica arrojarlas a la basura. Aquellos que operan en ese sentido se colocan ineludiblemente en el terreno de la reforma pacífica de la sociedad burguesa. Como escribe Emilio Lussu:

«No existe ningún termómetro que pueda registrar su temperatura [para la insurrección] de forma científica, y es precisamente lo que constituye la incógnita de toda insurrección y la parte de riesgo que conlleva todo levantamiento. Si no existiese ese factor incierto, la insurrección sería siempre una operación segura, sin riesgos ni peligros»¹⁷⁰.

En total coherencia con este objetivo, se organizan clandestinamente grupos de combate. En 1870, sus efectivos alcanzan unos 800 (sobre un total estimado de 2.000 a 3.000 militantes), entre ellos cien hombres armados con fusiles. Esos grupos son puestos en pie por Jaclard, Duval y Genton en la orilla derecha (Montmartre, La Chapelle, Belleville...), y por Eudes y Granger en la orilla izquierda. Los grupos se constituyen sobre una base local (distritos) y de taller (metalurgia, calderería, fundición...).

Es lógico, a la vista de estas actividades, que nos encontremos a los blanquistas en primera línea para

¹⁷⁰ Emilio Lussu, *Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos*. 1935.

desarrollar acciones enérgicas contra el Imperio, el gobierno de Defensa Nacional y también contra los versalleses. Recordemos que en torno a los blanquistas se organizó, pese a todos sus errores, la salida del 3 de abril para romper el cerco de París y derrotar a Thiers y su camarilla. También alrededor de ellos se organizaron algunas de las acciones de contraterror para intentar disuadir a Thiers de que continuara humillando, torturando y ejecutando a los prisioneros.

Los militantes blanquistas, formados en la escuela de la conspiración, bregados en la lucha clandestina, constituían una fuerza organizativa efectiva. En 1870, con al menos seis años de presencia en las luchas (al margen de Blanqui que tenía cuarenta), el empuje insurreccional los conduce a las primeras líneas de los enfrentamientos. Sin embargo, se encontraron desconcertados una vez a la cabeza del movimiento. Su visión de la insurrección se reducía esencialmente a la cuestión militar, les faltaba la dimensión política: ¿qué dirección dar a la guerra contra la burguesía? Una vez puestas fuera de combate las fuerzas de la represión, el ejército, la policía, la gendarmería, ¿qué hacer con ese poder que les cae en las manos? ¿Qué hacer con las fuerzas políticas presentes? ¿Qué hacer con las relaciones sociales?

El límite en su concepción insurreccional se manifiesta en no asumirla como acto político. Será precisamente ese límite sobre el que se apoyará posteriormente la socialdemocracia para amalgamar la práctica de los militantes blanquistas durante la Comuna a una práctica «aventurista», «putschista», sin relación alguna con la lucha. Una caricaturización que permitió a la socialdemocracia apuntalar su objetivo de erradicar de la memoria proletaria la perspectiva insurreccional.

Esa visión militarista de la insurrección provocará que en París, en 1870-1871, el fruto de los esfuerzos de los militantes blanquistas por imponer una correlación de fuerza favorable al proletariado se les escurriera de las manos.

Esa escisión entre lo militar y lo político los condujo en un primer momento a una falta de ruptura con la República y el gobierno de Defensa Nacional, y también respecto al Comité Central de la Guardia Nacional y al gobierno de la Comuna en un segundo momento, arrastrando debilidades y concesiones que pesaron fuertemente en los momentos decisivos del desarrollo del movimiento.

Ya hemos mencionado anteriormente su compromiso patriótico. Como ya hemos señalado también que en septiembre de 1870, cuando se depone al

Segundo Imperio y se proclama la República, tomando posesión un gobierno de Defensa Nacional, ningún grupo proletario resistirá a las llamadas de las sirenas patrióticas. Los blanquistas fueron más allá al decidir brutalmente abandonar la lucha llevada contra el enemigo de clase y llamar al proletariado a ponerse «sin medias tintas» ¡al servicio de la nación francesa! En *La Patria en Peligro*, llamamientos a la colaboración republicana y a la defensa nacional se codeaban con infames delirios racistas asociando Francia a la civilización y al *teutón* a un bárbaro ¡«con pies planos, con manos de mono», provisto de «un metro de tripa más que la nuestra»! La actitud del Partido Blanquista en septiembre de 1870 fue terriblemente nefasta, debido a que sus precedentes hazañas revolucionarias les habían reportado un gran crédito ante el proletariado, crédito que en un momento tan crucial de la contradicción entre nacionalismo y comunismo permitió consolidar la unión nacional a la que apelaba la burguesía para realizar su guerra contra Alemania.

A pesar de esos límites que son también expresión de la correlación de fuerzas existente, las principales tentativas de dar un salto de calidad al movimiento en París, entre enero de 1870 y mayo de 1871, fueron asumidas por los militantes blanquistas. Como hemos indicado al hilo de los aconteci-

mientos, arrastrados por el movimiento, asumieron un verdadero papel dinamizador y de consolidación de la combatividad del proletariado. Es ahí, en ese esfuerzo organizativo, en el que nosotros reconocemos a los militantes blanquistas como una expresión del partido del proletariado en tanto que tendencia a afirmarse como clase.

Otros militantes

Como hemos visto, la falta de claridad sobre los objetivos de clase provocó que tanto los miembros del Partido Blanquista como los de la AIT no asumieran las rupturas necesarias frente a las fuerzas republicanas. Cedieron la iniciativa a la burguesía la mayor parte del tiempo. Si bien su práctica anterior a julio de 1870 consistía precisamente en organizarse fuera de las estructuras burguesas, en desarrollar la organización autónoma del proletariado, con la precipitación de los acontecimientos esos militantes perdieron esa capacidad. Acostumbrados a desarrollar una resistencia a la sombra de la omnipresente represión, fueron sorprendidos, desorientados y sobrepasados por el curso de los acontecimientos; no pudieron adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha. Cada una de esas dos organizaciones desechó esa ventaja que da la experiencia acumulada; ningun-

na hizo de ella una fuerza material para el presente. Por consiguiente, tanto en algunos momentos en los que se encontraron en el filo de la navaja, como en otros en los que se situaron francamente del lado de la contrarrevolución, expresaron la incapacidad general del proletariado de romper claramente con todas las estructuras de esta sociedad para responder a las nuevas situaciones a medida que se desarrollaban los acontecimientos.

De hecho, la fracción republicana fue muy hábil al asumir la creación de nuevas estructuras que respondieran al nivel de radicalización de la lucha. Fue lo suficientemente ágil para adaptarse a cada situación, reponerse y llevar al proletariado al ruedo en el que ella definía las reglas del combate. Esa capacidad de adaptarse —caída del Imperio, proclamación de la República, gobierno de Defensa Nacional, Comité Central de la Guardia Nacional, gobierno de la Comuna, Comités de Salud Pública...— permitió evitar el desbordamiento, las rupturas tajantes, oscureciendo la línea de demarcación entre la burguesía y el proletariado.

En esa coyuntura, el movimiento proletario y sus minorías revolucionarias estuvieron desconcertados. Tan pronto asestaban un golpe fatal a una fracción de la burguesía, como quedaban totalmente desconcertados por la rapidez con la que otra fracción bur-

guesa se apoderaba de la plaza vacante. El proletariado, a pesar de haber estado a la vanguardia de los acontecimientos, se quedó desamparado en multitud de ocasiones ante las posibilidades que se le abrían para asumir la dirección de los acontecimientos e imponer sus propios objetivos de clase. Al mismo tiempo que daba muestras de una enorme combatividad, mostraba una propensión a dejarse engañar por las promesas republicanas.

Esta realidad nos vuelve a recordar que pocas veces acaban faltando la combatividad o el armamento en el proletariado; lo que acaba faltando es la dirección a dar a su lucha, la definición de sus objetivos de clase.

Mientras que el Partido Blanquista y la federación parisina de la AIT se enredaban en el parlamentarismo, republicanismo, comunalismo..., algunos de sus militantes, a título personal y en ruptura con las directrices de su organización, tomaron iniciativas que respondían a las necesidades de la lucha y su fortalecimiento. Y es una cuestión que no podemos dejar de señalar.

«Algo triste de constatar y que debe decirse: en la Comuna, los 'verdaderos revolucionarios' se encontraban más bien fuera de las filas de la Internacional. O bien eran internacionalistas afiliados al mismo tiempo a los grupos blan-

quistas o jacobinos y por consiguiente no seguían estrictamente la línea de la Internacional»¹⁷¹.

Es importante recordar los nombres de algunos de esos compañeros que por momentos, a pesar y en contra del cuerpo programático de esas dos organizaciones, constituyeron clubes para organizar toda la fuerza que fluía de los barrios proletarios insurrectos. Recordemos algunos nombres: Emile Duval, blanquista desde 1866 y organizador de los primeros grupos de combate con Granger, Eudes, Genton, Jaccard y otros, militante que antes de la guerra había organizado y centralizado numerosas huelgas en el sector de la metalurgia. Es liberado de prisión el 5 de septiembre, después del tercer proceso contra la AIT. Desde entonces se sumerge en la actividad revolucionaria. Su trayectoria es verdaderamente interesante, pues representa a todos esos proletarios combativos que habían dejado de lado la lucha contra las relaciones de explotación al ser encuadrados por el patriotismo, pero que, bajo el aguijón del hambre producido por la guerra y el frío del invierno, retomaron el camino de la lucha por otras condi-

¹⁷¹ Introducción de Dommanget a las cartas de los *communards* y de militantes de la I Internacional a Marx, Engels y otros, en el curso de las jornadas de la Comuna de 1871, publicadas en el volumen *La Commune*.

ciones de vida. En el mes de septiembre participa en el Comité de Vigilancia y en su Comité Central. Inmediatamente más tarde, junto a otros compañeros como Martin Constant, Léo Meillet, Adoué y otros, va a desarrollar una estructura de lucha paralela en el Comité de Vigilancia de su barrio en el que ya se empieza a hablar de revolución: es el *Club de los republicanos demócratas socialistas del 13º distrito*. Tras los acontecimientos del mes de octubre se acentúan los niveles de radicalización y nace (oficialmente el 16 de noviembre) el *Club democrático y socialista*, en continuidad del club precedente, y que precisa en su reglamento:

«El Club democrático y socialista del 13º distrito tiene por finalidad estudiar todos los problemas políticos y sociales relativos a la liberación del trabajo y a la emancipación de los trabajadores, perseguir la solución por medios revolucionarios y usar su influencia para provocar la insurrección del trabajo contra todas las tentativas de restauración monárquica o cualquier otra acción de un gobierno cualquiera que pudiera detener o retrasar el advenimiento de la República democrática y social».

Todos esos compañeros no se quedan de brazos cruzados. Apoyándose en batallones proletarios de la Guardia Nacional, impulsan, organizan y dirigen

el reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias, principalmente en el sector de la orilla izquierda del Sena.

Serán también estos proletarios, organizados tanto en el *Club democrático y socialista*, como en las secciones de la AIT del Panthéon, de la *Sociale des Ecoles*, de los *Gobelins* y de *Montrouge*, los que lleven a cabo la tentativa insurreccional de finales de diciembre de 1870 y principios de enero de 1871.

Más tarde, tras padecer la represión a consecuencia de esa tentativa insurreccional, encontraremos a Duval y a sus compañeros constituyendo la 13ª legión con gran independencia tanto del Comité Central de la Guardia Nacional, como de la AIT.

Vimos con anterioridad (punto 3.1.) la actividad que Emile Duval desarrolló el 18 de marzo. Sin embargo, aun a riesgo de parecer anecdótico, retomamos el acontecimiento siguiente porque concentra en sí todas las fuerzas y contradicciones reproducidas por este compañero.

Cuando el general Chanzy (antiguo comandante en jefe del ejército de la Loire) es detenido a las 17 horas del 18 de marzo tras descender del tren, se aviva una discusión entre Emile Duval y Léo Meillet, en la que el primero quería encarcelarlo y servirse de él como rehén y el segundo quería liberarlo

inmediatamente. En ese instante preciso, Emile Duval encarna la fuerza de la revolución, mientras Meillet encarna la defensa del orden burgués. Cuando ocurre ese enfrentamiento, Léo Meillet¹⁷² pronunciará entonces esa frase histórica de claridad burguesa:

«Vosotros no representáis más que la insurrección, yo he sido nombrado por los electores, investido de un mandato regular...»¹⁷³.

Cuando unos guardias nacionales trataron de fusilar al general Chanzy, Meillet tuvo que utilizar toda su elocuencia –¡hasta estaba dispuesto a que lo fusilaran con él!– para que fuera finalmente encarcelado, a la espera de otras condiciones. Así sucedió finalmente.

«Sin embargo, el Comité, sensible al prestigio de Chanzy, pensando más en asegurar las elecciones de la Comuna que en devolver su jefe a los blanquistas [a Blanqui] con un golpe de fuerza, decidió por unanimidad la liberación del general. Duval rompió una primera orden de puesta en libertad, firmada por Lullier. Tuvo que ser la insistencia del general Crémer y la

¹⁷² Es el mismo Meillet que participa en el *Club de los republicanos demócratas socialistas del 13º distrito* con Duval, Constant... ¡Lo que refleja el nivel de contradicción!

¹⁷³ Edmond Lepelletier, *Historia de la Comuna de 1871*, volumen III. 1911.

afirmación de Babick de que el Comité Central había deliberado el asunto la que hiciese que la segunda orden fuera acatada»¹⁷⁴.

Este episodio es un ejemplo del enfrentamiento entre las necesidades de la insurrección, defendidas por Emile Duval, y los cálculos políticos del Comité Central de la Guardia Nacional que, en tanto que dueño de la situación, acaba por imponerse. Emile Duval, rompiendo la orden de liberar a Chanzy, creando la 13ª legión fuera de la Guardia Nacional, manifiesta ese instinto de clase que desconfía de las instituciones como el Comité Central de la Guardia Nacional. Sin embargo, al mismo tiempo y en total contradicción, Emile Duval se presenta a las elecciones para la designación del gobierno de la Comuna, en contraposición a otros militantes que se niegan a participar, considerando las elecciones totalmente perniciosas.

Hay otros nombres como Gustave Flourens, militante «sin partido», que participará en el proceso de centralización del movimiento de la revuelta en Belleville. Es comandante en jefe de cinco batallones y es de los pocos, sino el único, que intenta unificar los diversos batallones revolucionarios de la Guardia Nacional antes del 31 de octubre.

¹⁷⁴ George Laronze, *Histoire de la Commune*. 1928.

Por fin, para cerrar esta breve reseña de algunos militantes, está Eugène Chatelain que, como otros miembros de la AIT, se desmarcó de la política conciliadora de su organización y se negó a poner su candidatura en las elecciones de la Comuna porque estaba en desacuerdo con la línea temporizadora del Comité Central respecto a Versalles tras del 18 de marzo. Con Napias-Piquet y el Comité de Vigilancia del 1^{er} distrito, estima también que ¡las elecciones son perniciosas! Esto es lo que escribe Chatelain sobre el asunto:

«Ciudadanos, no percibo la victoria del 18 de marzo de la misma manera que vosotros. Hemos dejado salir al ejército de París; no hemos detenido a los traidores de la Defensa Nacional mientras podíamos hacerlo; el Banco de Francia está siendo custodiado por batallones reaccionarios; yo no quiero responsabilizarme de ninguno de esos hechos irreparables. En política, cualquier fallo es un crimen. La lucha que tendremos que sostener será terrible; y, sin querer insultar a nadie, respondo a quienes sólo hablan de victoria: cuando todavía yo aún siga disparando frente al enemigo, muchos de vosotros estaréis a cubierto de las balas»¹⁷⁵.

¹⁷⁵ Jean Dautry y Lucien Scheler, *El Comité Central Republicano de los 20 distritos de París*.

Desgraciadamente, al igual que Jean Allemane, que no fue capaz imponer la necesidad de ir a Versalles, este militante, así como los miembros del Comité de Vigilancia, no conseguirán afirmarse como fuerza capaz de llevar una lucha abierta contra el gobierno de la Comuna.

El partido del proletariado

Tal como hemos visto, los momentos de afirmación del movimiento proletario, los más claros y decididos en los que se desechan las alternativas burguesas, no fueron asumidos de forma permanente por tal o cual formación militante, ni por tal o cual militante, ni por tal o cual cuerpo organizado... ni por el Partido Blanquista ni por la AIT ni por los clubes rojos ni por los Cuerpos Francos..., ni tampoco por los «sin partido». Todos y cada uno de ellos oscilaron entre las fronteras de clase. Tan pronto se ponían a la cabeza en las rupturas fundamentales contra toda la calaña republicana, como se subsumían en las responsabilidades dentro del gobierno de la Comuna. Ninguno de ellos representó en su conjunto o por separado al partido del proletariado en el movimiento insurreccional de 1870-1871 en París. Esas organizaciones representaron concreciones incompletas, limitadas y contingentes del partido, ex-

presiones de la tendencia del proletariado a organizarse en partido. Ellos son parte del esfuerzo militante de nuestra clase para constituirse en partido.

Cada uno de los episodios que contienen mayor claridad y decisión, cada momento de ruptura con el consenso republicano, acometidos a veces por unos, a veces por otros, son la expresión viva del proletariado organizándose en partido. Se trata de un proceso en el cual el proletariado adquiere conciencia de su fuerza, se organiza de forma cada vez más clara fuera y en contra de las estructuras del Estado burgués, pone por delante sus propios objetivos de clase, se reconoce como clase y desarrolla sus propias estructuras organizativas.

En una carta dirigida a Freiligrath, el 29 de febrero de 1860, Marx expresa con claridad ese proceso en relación con la oleada de luchas precedente a la Comuna:

«La liga [la Liga de los Comunistas, fundada en 1847], lo mismo que la Sociedad de las Estaciones¹⁷⁶, así como otros centenares de sociedades, no fueron más que episodios en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad».

¹⁷⁶ Sociedad secreta dirigida de 1837 a 1839 por Blanqui, Barbès y Martin Bernard, que estuvo en el origen de la insurrección del 12 y el 13 de mayo de 1839.

Dicho de otra manera, para captar donde se expresó el partido en la vida de la Comuna hay que retomar los momentos cruciales de ruptura en el transcurso de la lucha, aquellos que expresan orgánicamente las perspectivas más generales, atravesando los límites de tal o cual organización nacida en el fragor de la lucha y que contiene inevitablemente toda una serie de contradicciones.

El partido se manifiesta a lo largo de la historia por la presencia en la lucha, en lugares y periodos determinados, de una concentración de experiencias de lucha del proletariado, que se materializa en una fuerza organizada dirigida a derrotar al enemigo de clase y a imponer la dictadura de las necesidades humanas. Se trata de una realidad histórica que se expresa más allá de las organizaciones particulares nacidas por las circunstancias, más allá de las separaciones impuestas por el tiempo y el espacio entre las diferentes generaciones de militantes.

El partido histórico del proletariado se refiere pues al conjunto de las expresiones que, ayer, hoy y mañana, asumen una práctica organizada para defender los objetivos proletarios de destrucción de la esclavitud asalariada.

En lo que respecta a una oleada de lucha en particular, como la de 1870-1871 en Francia, nosotros re-

conocemos la afirmación de dicho partido en el conjunto de las energías militantes –minorías revolucionarias diversamente estructuradas y a veces incluso llamadas «sin partido», porque no se encuadran en una organización precisa, y diversas estructuraciones surgidas de la lucha– que, enriquecidas por toda la memoria acumulada en las batallas precedentes (entre ellas la de 1848, al mismo tiempo nutrida de la de 1792-1797...), estructuran la lucha en torno a la necesidad de acabar con la guerra interburguesa y dar un salto de calidad en la lucha contra este mundo de la propiedad privada y del trabajo. Cuando los militantes blanquistas, de la AIT, de los clubes..., o los «sin partido», actúan en el sentido de afirmar las necesidades de la lucha de nuestra clase contra las directrices del Comité Central de la Guardia Nacional o del gobierno de la Comuna, actúan en tanto que partido del proletariado.

La esencia de toda lucha es generar estructuras organizativas, minorías revolucionarias que por haber aprendido las lecciones de las luchas pasadas, se muestran las más capacitadas para identificar todas las trampas de la contrarrevolución. La memoria acumulada por generaciones de militantes que van clarificando y delimitando la frontera de clase entre las prácticas revolucionarias y las prácticas que pertenecen a la contrarrevolución es de una importancia

vital para asegurar que las nuevas explosiones sociales no tropiecen con los mismos obstáculos. Esa memoria, materializada en posiciones, hace de la experiencia acumulada una fuerza dirigente cada vez más clara e intransigente. De ahí la importancia de esas minorías revolucionarias que ponen como prioridad en el centro de su actividad a la memoria, no como una actividad que mira al pasado y se queda en homenajes y lamentaciones, sino como cimientos y directrices sobre los que orientar las luchas presentes y futuras.

Podríamos resumir la esencia del partido del proletariado en la historia como la experiencia acumulada por el proletariado en toda su vida histórica, condensada bajo la forma de memoria o, mejor dicho, de memorias de luchas y prácticas de ruptura y de negación.

Claro que esto no hace del partido un ser irreal, una entidad metafísica sin vida real y sin contradicciones. Todo lo contrario, el partido histórico no existe más que a través de las estructuraciones que materializa el proletariado, concreciones inevitablemente limitadas pero que orientan y dedican toda su existencia a la permanente búsqueda del salto de calidad que permita asegurar la victoria revolucionaria del proletariado.

Anexo sobre el partido

Trotsky retoma la concepción leninista del partido en sus *Lecciones de la Comuna*, escrito en 1921. De este modo afirma que en 1871:

«El proletariado parisino no tenía ni un partido ni jefes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por luchas anteriores».

Se trata de la concepción del partido tal como Lenin la desarrolló en el *¿Qué hacer?* No ve en el proletariado más que a una masa inconsciente, incapaz de elevarse por encima de la revuelta «espontánea», «trade-unionista», y que, abandonada a sí misma, no podría asumir la lucha más que en el terreno económico, organizarse en sindicatos y realizar el programa mínimo. Llega a la conclusión de que es necesario un partido compuesto por intelectuales capaces de aportar la conciencia al proletariado, de llevar la lucha a un plano político y realizar el programa máximo.

Esta concepción reproduce todas las separaciones de la socialdemocracia entre economía y política, programa máximo y programa mínimo, luchas inmediatas y luchas históricas, masa y partido, espontaneidad y conciencia..., categorías propias de la democracia, del funcionamiento del capital y del programa de reformas que le es propio. ¡El proleta-

riado no tendría otras preocupaciones que las inmediatas; el partido, elevado por encima de la masa y siendo consciente de los intereses históricos, tendría otros objetivos! De acuerdo con este punto de vista, el proletariado no sería un ser histórico que lucha por sus necesidades, sino el instrumento de una ideología que lo amolda a su voluntad. En ese sentido, Lenin, siguiendo a Kautsky, reproduce el materialismo vulgar que opera una separación en el seno del cuerpo viviente entre espíritu y materia: de un lado un cuerpo inerte, una masa vulgar; del otro, la idea, la única capaz de animar a la materia¹⁷⁷. Para la socialdemocracia sólo un partido así puede dirigir a las masas.

Para convencerse de ello basta con leer a Karl Kautsky que escribe:

«Sin embargo, el portador de esa ciencia (es decir, la ciencia económica contemporánea) no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses: es efectivamente en el cerebro de ciertos individuos pertenecientes a esa categoría

¹⁷⁷ Esta visión no es exclusiva de los marxistas-leninistas, también es propia de la ideología anarquista que opera bajo el mismo esquema. Aunque utiliza otras formas, como la propaganda escrita y/o por el hecho, la acción ejemplar..., siempre se trata de educar a las masas, de aportarles la idea de la lucha. En los dos casos no parten del movimiento de la material social, sino de la idea. Es la esencia del idealismo.

donde surgió el socialismo contemporáneo, y fue por mediación de ellos que les fue comunicado a los proletarios intelectualmente más desarrollados, quienes luego lo introdujeron en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que surge de él espontáneamente».

Nuestra contraposición es total con ese partido leninista (trotsko-estalinista) que, en los hechos, reprimió la insurrección en Rusia y en todo el mundo para reactivar después la economía capitalista, liquidando a todas las fuerzas revolucionarias que no reconocían la autoridad del partido bolchevique. Trotsky dirigió, en varias ocasiones, al Ejército Rojo contra los proletarios insurrectos en Kronstadt, en Ucrania..., y no nos importa en absoluto las lecciones que extrae de la Comuna, mera imagen de lo que hizo el partido bolchevique en la revolución en Rusia. El proletariado en Rusia se afirmó como fuerza activa contra la vieja estructura del Partido Bolchevique. La concepción leninista del partido es la imagen de eso en lo que se convirtió Rusia, un inmenso campo de concentración de fuerza de trabajo barata para un impulso capitalista sin paragón en la historia. ¡Experiencia terrible y terrorífica certificada en más de setenta años de contrarrevolución, llevada en

nombre del comunismo y de la revolución, del partido del proletariado! De ahí la dificultad que existe hoy en día de hablar de la revolución, de la clase proletaria tratando de constituirse en partido, sin ser asimilado a esos que conciben por *Internacional Comunista* a una multinacional representando los intereses capitalistas de Rusia en el mundo, y como *Partidos Comunistas* a los embajadores de la mayor empresa de represión contra la revolución en el mundo.

El presente estudio no tiene por objeto desarrollar esta crítica de la ideología marxista-leninista; sin embargo, este añadido era necesario ante el importante peso que tiene esa ideología hoy en todo el mundo, responsable de la continua amalgama que existe entre toda afirmación del proceso de constitución del proletariado en clase, en partido, y esa ideología leninista/trotskista/estalinista.

En la realidad no existe separación entre clase y partido, se trata de un proceso de afirmación, de organización de un solo y mismo ser: el proletariado revolucionario expresando su propia necesidad, la necesidad del comunismo. Comunismo que tampoco tiene nada que ver, dejémoslo claro, con la esclavitud asalariada que nunca dejó de existir en Rusia.

Reapropiémonos del contenido revolucionario de los términos usurpados de «proletariado» y «comunismo». Se trata de nuestra lucha contra la condición de clase explotada que padecemos y que nos priva permanentemente del producto de nuestro trabajo, de todo medio de vida salvo el que consiste en vender nuestra propia energía vital, fuerza, sudor..., a la clase propietaria de los medios de producción, a los capitalistas. ¡Combatamos hasta la insurrección de la comuna mundial, de la comunidad humana, del comunismo!

V
POSTFACIO

Los materiales de nuestra clase nunca son una obra acabada sino que se encuentran siempre en un proceso dinámico de crítica, discusión y profundización. Consecuentemente cuando nosotros publicamos un material nunca lo consideramos un producto final, sino un material vivo, en proceso, que el propio desarrollo de la lucha y de nuestra clase lleva a profundizar, desarrollar.

De ahí que nuevas lecturas, nuevas discusiones con otros compañeros, procesos más claros de profundización, generan nuevos matices, críticas y aportes; se plantean nuevos desarrollos que explicarían mejor tal aspecto, mejores descripciones y en algunos casos se perciben debilidades y carencias —e incluso también rupturas incompletas con algunas posiciones ajenas al proletariado— que antes no se habían percibido.

Claro que esto no quiere decir que todo sea cuestionable, que todo pueda cambiarse, que todo tenga que discutirse... tal y como pretenden nuestros enemigos para liquidar de esa forma la esencia de nuestra lucha. Siempre hemos defendido la invarianza del programa revolucionario que todos los enterradores de la revolución buscan cuestionar. Programa que no proviene de cabecitas pensantes, ni de ideas, sino de las propias determinaciones prácticas del proletariado (internacionalismo, lucha por abolir el

valor, el trabajo y el Estado, contraposición a la democracia, necesidad de la insurrección y de la dictadura del proletariado...). Lejos de nosotros por lo tanto todo cuestionamiento de los aspectos invariables y fundamentales del proceso revolucionario, así como de toda «actualización» a la moda.

Precisamente con este Postfacio queremos anotar algunos aspectos críticos y aportes hacia nuestro texto. Si bien hay cuestiones de matices y pequeños aportes que hemos incluido o modificado fácilmente en el cuerpo del texto, hay otros que requerirían cierta reelaboración. Por eso hemos optado por subrayarlas en un postfacio.

A pesar de que el texto ya lo fue publicado en francés en el año 2013 y la presente edición no es más que su traducción al castellano con pequeñas matizaciones/aportes, y a pesar de que consideramos totalmente válido el texto e importantísima su publicación por la denuncia de la falsificación histórica de ese proceso en el que se impuso la amalgama entre el movimiento del proletariado, la revolución, y el gobierno de la Comuna, la socialdemocracia. Creemos haber profundizado en ese aspecto más que ningún otro material sobre la Comuna hasta el presente, delimitando con mayor claridad la frontera entre revolución y contrarrevolución en esa batalla tan importante de 1870-1871 en París. A pesar de

todo, no queríamos terminar el libro sin dejar de remarcar un par de aspectos importantes que hemos ido discutiendo, desarrollando y clarificando hasta cristalizarlos en críticas que como decíamos arriba llevaría cierta reelaboración integrarlos en el texto.

Movimentismo

A lo largo del texto hemos ido siguiendo el rastro del proceso de lucha del proletariado en París en 1870-1871. Sus idas y venidas, sus momentos de fortalecimiento, de constitución en fuerza, de ruptura con las diversas expresiones de la burguesía, así como sus momentos de debilidad, de falta de ruptura con aspectos del capital, de sometimiento a tal o cual fracción de nuestro enemigo. Tratamos en ese cuadro de destacar al mismo tiempo las expresiones, estructuras y militantes que impulsaban las posiciones de la revolución en ese proceso que necesariamente conduce al movimiento o bien a un fortalecimiento de nuestra clase, a su organización en fuerza revolucionaria, en partido, o a su debilitamiento, a su liquidación como fuerza autónoma.

Sin embargo, en todo este proceso no hemos sabido abordar con suficiente claridad esa cuestión esencial que es la centralización, algo que pesa a lo largo de la obra, cayendo a veces en ciertas conce-

siones al *movimentismo*. Algo que se refleja también en el apartado final sobre el partido donde desarrollamos la esencia de lo que para nosotros es el partido del proletariado frente a todas las falsificaciones socialdemócratas.

Efectivamente, en todo nuestro análisis falta insistir en la cuestión crucial de la centralización de la comunidad de lucha, de la tendencia a asumir como parte de un mismo cuerpo las diversas expresiones y niveles bajo los que el proletariado ejerce su combate. Ni los blanquistas ni la AIT ni el Comité Central de los 20 distritos... pese a que por momentos asumieron tentativas de centralización de las energías proletarias, fueron capaces de articular instancias autónomas de centralización y dirección del movimiento. En ese sentido nos faltó insistir y desarrollar que ese fue uno de los lastres que permitieron que instancias como el Comité Central de la Guardia Nacional, y posteriormente el gobierno de la Comuna, pudieran encuadrar el movimiento dándole una dirección y una centralización ajena a los intereses de la revolución, difuminando la perspectiva revolucionaria.

No es algo particular de la Comuna de París. En todos las batallas de nuestra clase cerradas con derrota podemos percibir que el proletariado no fue lo suficientemente lejos en la afirmación de la centrali-

zación de su fuerza. Evidentemente lo fundamental es profundizar en el por qué, tal y como tratamos de realizar a lo largo del texto. Este porqué siempre hay que buscarlo en nuestro campo, encontrando la presencia de nefastas ideologías y concepciones que acaban conduciendo a nuestra clase a los brazos de nuestros enemigo histórico, que acaban oscureciendo las fronteras de clase y sus proyectos respectivos, y que acaban cristalizándose en una fuerza material que centraliza las energías destruyendo precisamente toda centralización y dirección revolucionarias.

Como hemos ido exponiendo el parlamentarismo, el comunalismo, el localismo, e incluso el nacionalismo, fueron algunas de esas ideologías que carcomieron la fuerza de nuestra clase y que acabaron basculando ese magnífico movimiento del lado de la burguesía.

Precisamente la derrota de los procesos más importantes de la lucha proletaria, donde la revolución y la contrarrevolución se encuentran en su plenitud, contiene en su seno ese tesoro del que tenemos que reapropiarnos: nos va permitiendo afirmar de forma cada vez más nítida la frontera entre las dos fuerzas antagónicas de la sociedad, la de su destrucción y la de su conservación, afila las armas para que en los próximos combates nuestra clase profundice en las rupturas con el viejo mundo, en la defensa de sus

necesidades, de su programa y consecuentemente con ello afirme con más fuerza su proceso de constitución en clase, su centralización internacional y su dirección revolucionaria

Relaciones sociales

Nuestro texto se ha centrado tanto en delimitar lo más claramente posible lo que representó la revolución y la contrarrevolución en sus diversas facetas, que hemos descrito muy por encima las transformaciones que en el seno de la comunidad de lucha generó este formidable movimiento. Hemos insistido tanto en la contrarrevolución, en cómo todas las fuerzas y mecanismos de nuestro enemigo actuaron para mantener las relaciones sociales capitalistas frente al empuje de la revolución, que parecería que no hubo ningún tipo de cambio en ese periodo revolucionario que se extendió desde 1870 a 1871. Nada más lejos de la realidad. Si hemos insistido tanto en profundizar en la contrarrevolución y en todas las debilidades que nos llevaron a la derrota, y que puede dar una impresión *militarista* de ese proceso que evidentemente es social, es precisamente porque consideramos que es lo que peor se ha comprendido. Porque la idea dominante sobre la Comuna de París en las filas de los revolucionarios sigue siendo ne-

fasta al identificar el Comité Central de la Guardia Nacional o el gobierno de la Comuna con el movimiento revolucionario del proletariado. Lo que supone toda una gran concesión a la socialdemocracia y a su falsificación histórica impidiendo reapropiarnos de lecciones históricas fundamentales de ese episodio. Consideramos que nuestro aporte va en el sentido de golpear sobre esa falsificación.

En consecuencia, si no hemos profundizado en las transformaciones que se vivieron en esos meses no es porque las subestimemos, porque no les demos el valor que merecen como pequeños esbozos de la nueva sociedad que el proletariado porta en su ser. Cuando hablamos de la revolución social no nos referimos a meras transformaciones políticas o económicas, sino a la transformación radical de todas las condiciones existentes. Por eso queremos dejar claro que pese a que el capitalismo siguió en pie, que pese a que en ningún momento hubo una ruptura radical con sus pilares fundamentales, su cuestionamiento llegó a todos los ámbitos de la vida social. Si no hemos dedicado espacio a ello es porque esta cuestión, a diferencia de la anterior, sí ha sido subrayada por multitud de materiales de nuestra clase, incluso en exceso.

La fiesta más grande del siglo XIX¹⁷⁸ en la que se convirtió París es algo mucho más que conocido, así como las transformaciones y el cuestionamiento en diversos aspectos de la vida cotidiana que chocaron con las costumbres instauradas por el capital. Por supuesto no compartimos todas esas apologías que se tornan en falsificación histórica, y por tanto en factor de la contrarrevolución, cuando se nos quiere hacer creer que en París se abolió el Estado o la relación social capitalista. A parte de que el capitalismo y su Estado es mundial y por lo tanto su destrucción sólo es posible evidentemente a nivel mundial, el problema fundamental de esta falsificación es que se nos oculta la lucha de clases desarrollada en el suelo de París durante la Comuna. El mismo Bakunin e incluso Marx llegaron a afirmar que la Comuna era la antítesis del Estado. Incluso Marx coqueteó con el comunismo para exponer «la forma política por fin encontrada». Claro que ellos no pudieron llegar a delimitar claramente la lucha de clases existente en el mismo seno de la Comuna teniendo los cadáveres aún calientes de los *communards* tras la masacre versallesa y viéndose arrastrados a positivizar la Comuna frente a toda la campaña internacional de desprestigio de la burguesía contra la «chusma criminal de París». Serán generaciones posteriores las que

¹⁷⁸ Internacional Situacionista, *14 tesis sobre la Comuna*.

irán asumiendo una mayor clarificación para ir separando la paja del trigo.

Dicho esto, cómo no vamos a valorar la potencialidad de nuestra comunidad de lucha que en su pleno desarrollo hizo tambalear los prejuicios, las costumbres y las concepciones dominantes de la sociedad burguesa. Una vez más comprobamos que lo que en plena paz social se muestra como una ley natural que parece ser inamovible, en los periodos de convulsión social se resquebraja en un abrir y cerrar de ojos mostrándose como lo que son: reflejos y reproducciones de esta sociedad de muerte. Sin ser exhaustivos queremos poner algunos ejemplos que muestran cómo los procesos revolucionarios transforman las relaciones sociales.

El cambio en las relaciones sociales entre hombres y mujeres. En Francia, y especialmente en París, la ideología proudhonista que tenía una terrible influencia entre amplios sectores del proletariado, no permitía a la mujer otra elección que ser prostituta o dedicarse al cuidado del hogar. Esta concepción no hacía más que reforzar y reproducir la división que genera el mismo capital en el seno del proletariado hasta que el desarrollo del asociacionismo proletario y la explosión de las contradicciones de clase en 1870-1871 la puso patas arriba. Los clubes, los comités, y las demás organizaciones

se nutrieron de mujeres. Las mujeres y los hombres fueron asumiendo juntos su papel en la lucha, reconociéndose como proletarios, fusionándose como un solo ser, combatiendo por igual al enemigo de clase. Las tareas que necesitó el enfrentamiento fueron asumidas con independencia del género.

Es importante subrayar al respecto cómo los hombres empezaron a asumir aspectos en la vida cotidiana que el establishment otorgaba siempre a las mujeres, como el de llevar a sus bebés en brazos a lugares públicos.

Las edades tampoco importaban. Acostumbrados a una sociedad en la que los viejos y los más pequeños son apartados, los primeros cuando ya no son útiles para la valorización de capital, los segundos porque precisamente se están formando en centros especiales como nueva fuerza de trabajo, la lucha tenía que resquebrajar esta organización propia de la valorización. Fue así como los viejos aportaron la experiencia de las luchas anteriores, en discusiones, en las barricadas, en la organización... Los niños, como parte de la comunidad, no eran tampoco marginados por la edad. Los más pequeños acudían a las protestas en los brazos de sus madres o padres. Los que eran algo más mayores aprendían tanto en las barricadas como en discusiones, o reunio-

nes. Se comprende así el papel que los niños jugaron en la última semana en la construcción de barricadas.

La desviación de la lógica urbana y de sus edificios de sus funciones capitalistas para servir a las necesidades del momento se presentó como una crítica del urbanismo. Edificios como las iglesias, que durante siglos habían servidos de centros de sumisión eran expropiados y pervertidos por los clubes, las plazas se convirtieron en lugares de sociabilidad... No puede entonces extrañar que el proletariado se dispusiera a quemarlo todo en plena semana sangrienta.

Marx subrayaba cómo la **vida cotidiana** iba tomando un cariz humano.

«Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de encuentro de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses, antiguos esclavistas y rastacueros norteamericanos, ex propietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en la morgue, ni asaltos nocturnos, y apenas uno que otro robo; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las

calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase».¹⁷⁹

Y podríamos seguir exponiendo otros aspectos en los que otros materiales han insistido y que subrayan cómo las relaciones humanas, de solidaridad, de camaradería y de apoyo mutuo renacieron frente al individuo burgués. Pero no queremos dejar de recordar que pese a todas estas cuestiones que nos muestran que el desarrollo de la comunidad de lucha es la única que contiene la supresión de todas las condiciones existentes, y sus momentos culminantes del pasado nos dejan las huellas de la sociedad que contiene, sin la destrucción de los fundamentos del capital, sin la destrucción del capital y consecuentemente, sin la destrucción del valor, de la mercancía, del intercambio, del trabajo asalariado, del Estado, de las clases... todas esas transformaciones son totalmente incompletas y efímeras, prestas a desaparecer ante la menor reestructuración del capital. La derrota sangrienta de la Comuna y la terrible represión que se desplegó barrió todas esas tentativas de transformación, pero no hay que olvidar que el gobierno de la Comuna, tal y como hemos expuesto en nuestra obra, centró sus esfuerzos en liquidar toda transformación social, no sólo favoreciendo la derrota

¹⁷⁹ Karl Marx. *La guerra civil en Francia*.

militar, sino transformando todos los asaltos de los *communards* en reformas que desfiguraban y liquidaban las verdaderas rupturas del proletariado, destruyendo todo lo que no era integrable en el marco burgués, codificándolo para hacerlo digerible por el monstruo capitalista. Sólo la efímera duración de la Comuna evitó que las contradicciones entre el gobierno de la Comuna y el proletariado explotaran y se contrapusieran en toda su crudeza.

VI
APÉNDICES

Hasta aquí hemos tratado de esbozar los rasgos fundamentales de las fuerzas y los límites del movimiento. Hemos partido de los acontecimientos mismos para alejarnos de la apología acrítica que generalmente se hace del movimiento. Porque esa apología otorga el papel del bueno al gobierno de la Comuna, preocupado por demostrar a la burguesía que podría ser un buen gestor del Estado. Porque esta apología no es otra cosa que el desconocimiento de lo que en verdad sucedió, un tupido velo que oculta los hechos que molestan y que conducen a la reflexión. Es la organización del olvido de la experiencia, por muy profundos, violentos y sangrientos que fueran los rastros. Es la edificación de una ideología dominante que permite al Estado retomar el control de nuestra memoria.

Por ello dedicamos un lugar importante a las citas de los protagonistas de esa época y de los que, que en pleno desarrollo de los acontecimientos, extrajeron las lecciones pertinentes, reflejando las contradicciones de clase. Aunque a veces no fueron más que breves momentos de lucidez en plena confusión general, las palabras que nos dejaron son de tal contundencia que hoy mantienen la misma vigencia que cuando fueron expresadas, mostrándonos el camino a seguir.

Es en ese contexto que adjuntamos los documentos que presentamos a continuación.

6.1. Texto firmado por «un viejo hebertista» (28 abril de 1871)

[Texto dirigido al ciudadano Audouynaud, miembro del Comité Central, el 28 de abril de 1871, publicado en el libro de J. Rougerie, Proceso de los communards.]

Ciudadano, me dirijo a ti sin conocerte, porque tu nombre encabeza la lista del Comité, y presumo que comunicarás mis observaciones a tus colegas.

Ciudadano, esto no funciona, la Comuna está por debajo de su misión, y hay que señalarlo cuanto antes. Estamos ante los viejos errores monárquicos y parlamentarios. De eso se trata. Hay preocupaciones por los viejos prejuicios económicos, filosóficos y sociales, y ninguna medida revolucionaria tal como la entiende el pueblo. ¿Sobre la ley relativa a los alquileres? En vez de instalar al pueblo definitivamente en las viviendas de los ricos y de los burgueses, se le hace la humillante concesión, acompañada de consideraciones más humillantes aún, de tres meses de alquiler, exponiéndolo en el futuro a las garras de los buitres que sabrán muy bien cómo recuperarlo. Se le deja en las cloacas.

¿Y ese proyecto relativo a los Montes de Piedad? En vez de estrangular a los ricos, a los burgueses, a

los explotadores, y con el producto de esa institución, ya sea en muebles, en dinero o en productos de alimentación, otorgar por fin al proletario los placeres del confort e incluso del lujo, se le ofrecen, o mejor dicho, se le propone hacerle el bello regalo de 50 francos, dando después marcha atrás, vacilando para no contrariar a los accionistas del Monte de Piedad.

¿Qué se hizo con respecto a la alimentación? Cantinas municipales en las que se sirven purés espantosos, mientras que al lado todavía se ven restaurantes de lujo donde el rico y el burgués van a ponerse las botas. Y esto cuando es tan fácil apoderarse de las bodegas y de las reservas de los ociosos actuales y de los mercaderes que los alimentan.

¿Qué se oye en el *Hôtel de Ville*? Viejas palabrerías de respeto, de derecho, de probidad, de decencia, incluso, ¡que el diablo me lleve! de delicadeza, todo tonterías para cubrir y justificar la opresión de los proletarios por los ricos y los burgueses. También allí se habla, créeme, ciudadano, de capitales e intereses.

Yo te pregunto a ti y a tus colegas, ¿no es eso debilidad, deslealtad y traición?

En este momento sólo hay un derecho, el del proletario contra el propietario y el capitalista, el del

pobre contra el rico y el burgués, el del desheredado desde hace siglos, contra el holgado y el ocioso. No tenemos nada en contra de la holgazanería y la ociosidad, salvo la rabia por no tenerla nosotros, y no reprobamos otra cosa que todo lo que nos hambrea. Si el pastel no es suficientemente grande para que todos tengan una parte igual, primero para nosotros antes que nadie: ya hace demasiado tiempo que esperamos...

Que no nos engañen más con esas viejas sin sentido, de probidad, de respeto por la propiedad, del derecho, del producto del trabajo y del ahorro; todo nos pertenece a nosotros, los proletarios, todo es nuestro, y lo tomaremos, entiéndanlo bien charlatanes del *Hôtel de Ville*. ¡El ambiente de los salones dorados os ha corrompido! Os digo que lo tomaremos, y si no tomáis medidas generales y regulares, lo tomaremos como creamos oportuno, a nuestra hora, tranquilamente, pero lo tomaremos. Por mucho que escribáis y publicquéis carteles diciendo «¡Muerte a los saqueadores!», «¡Muerte a los ladrones!». ¿Qué nos importa? Seremos más fuertes. Peor aun, los prejuicios contra nosotros están aún tan enraizados que de una parte y de otra habrá muchos excesos. Pero todo eso es por vuestra culpa, parlamentarios del *Hôtel de Ville*; en vez de destruir los viejos prejuicios, los alimentáis, los regáis con vues-

tras frases sentimentales y morales; en vez de regular con una medida general la restitución de lo que se nos debe, habláis y actuáis como gentes que ya no tienen la menor noción de lo que quiere y exige el proletariado.

Queda aún otro prejuicio que veo resplandecer en los carteles y los decretos de la Prefectura de policía. El del pudor, de la decencia, de la moral pública. ¿En qué viejos libremos de moral religiosa y filosófica se van a buscar esas palabras sin sentido? ¿Sin sentido? ¡Ah, no! Me equivoco, tienen un verdadero sentido; fueron creadas para eliminar los placeres de la naturaleza a los tontos, y reservarlos para los ricos y ociosos. ¡Atrás pues con vuestros carteles y decretos, ciudadanos de la Prefectura de policía! No hay ni decencia ni pudor ni vicio ni prostitución. La naturaleza se ocupa poco de esas estupideces, ella tiene sus necesidades, sus exigencias y se satisfacen de la mejor manera, cuándo y cómo se quiera, en momentos de fantasía, por azar, después de una larga espera o en el primer encuentro con quien apetezca, como lo hacemos los proletarios entre nosotros. Únicamente lo que necesitamos hoy son tus hijas, oh, rico y ocioso, son tus mujeres; lo que necesitamos es que entren, para provecho del proletario y de todos, en la gran familia común. Regula sin más dilación esa medida, Comuna mojigata, de lo

contrario te aseguro que procederemos nosotros mismos con valentía. Desgraciadamente no hablo por mí personalmente, porque mi edad no me permitirá asistir al espectáculo de esa gran y magnífica orgía que será la inauguración de la verdadera comunidad. Después de todo, si el resultado no fuera tan grandioso como me lo imagino, esa fiesta se le debe al proletariado. Por mucho tiempo el rico y el ocioso se han apropiado de las más bellas mujeres, desechando las feas, tontas y apáticas. En cuanto a pervertirlas, sabemos que no es del todo cierto, sólo les dejábamos nuestros restos, pero los guardaban y las llenaban de orgullo...

Así que me encogí de hombros al leer el decreto relativo a los cafés donde se habla de prostitución... ¡Retroceded, viejos atavíos, viejos prejuicios volved a la sombra! Desapareced con el soplo de la razón, fantasmas imaginarios del robo, del saqueo, de las violaciones, del incesto... Ésa es nuestra declaración, la de nosotros los proletariados.

Y vosotros, miembros del Comité, inspírense del gran espíritu de los hebertistas, desechad los viejos prejuicios de virtud, de pudor, de humanidad, id por delante; apoyaos sobre lo que es verdad, sobre lo que es fuerte; escribid sobre vuestra bandera esta divisa: todos para todos, todas para todos y para nadie. Pero, por el momento, acotarlo en provecho del pro-

letario. Sabedlo bien, ciudadanos del Comité, ruge la tormenta, despedid sin tardar a esos parlanchines idealistas de la Comuna, suprimid esos estúpidos periódicos, incluidos al pálido *Père Duchêne* y *Clémenthomatisez*, y a todos los que se resistieran.

Salud y hebertismo.

6.2. Manifiesto «A los communards» (1874)

[Este texto fue publicado en 1874 por el grupo blanquista exiliado en Londres en 1871. Este núcleo se organizó en Comuna Revolucionaria (representando a un centenar de personas) y a diferencia de otros grupos de exiliados, atrapados en recriminaciones mutuas y otras rivalidades personales y políticas que surgen con fuerza en el exilio, consiguió mantenerse sólidamente por lo menos hasta 1876, fecha en que publican su texto Los sindicatos y su congreso. Dejamos al lector apreciar la fuerza que contiene el texto. El mismo se inscribe en la perspectiva de rechazo a la transformación que sufrió la AIT tras la Comuna. Los militantes blanquistas afirmaban en su texto Internacionalismo y Revolución (noviembre de 1872) que la AIT «se mostraba tímida, dividida, parlamentaria» y que «cada día se transformaba más en un obstáculo». Ese texto es una clara protesta contra el auge de la influencia socialdemócrata y, más abiertamente, contra «los aficionados a las medias tintas», los comunistas.]

A los communards

Publicado por los proscritos de Londres en 1874

Acta, non verba (Amilcare Cipriani)

Tras tres años de compromisos y masacres, la reacción ve cómo entre sus manos debilitadas el terror deja de ser un medio de gobernar.

Tras tres años de poder absoluto, los que vencieron a la Comuna observan cómo la Nación, recordando poco a poco la vida y la conciencia, escapa a su opresión.

Unidos contra la Revolución, pero divididos entre sí, el poder de la violencia que constituye la única esperanza para el mantenimiento de sus privilegios se ve debilitado por sus discrepancias.

En una sociedad en la que día a día van desapareciendo las condiciones sobre las que ha construido su imperio, la burguesía trata en vano de perpetuarlo; soñando con la obra imposible de detener el tiempo, deseando que una nación que se encuentra arrastrada por la Revolución se pare en el presente o retroceda al pasado.

Los mandatarios de esa burguesía, ese Estado Mayor de la reacción instalado en Versalles, parecen no tener otra misión que manifestar su decadencia por su incapacidad política, y precipitar su caída por su impotencia. Unos apelan a un rey, a un emperador, los otros enmascaran con el nombre de República la forma más perfeccionada de sometimiento que quieren imponer al pueblo.

Pero, sea cual sea la salida de las tentativas versallesas, monarquía o república burguesa, el resultado será siempre el mismo: la caída de Versalles, la revancha de la Comuna.

Nos acercamos a uno de esos grandes momentos históricos, a una de esas grandes crisis en las que el pueblo, que parece sumido en la miseria y condenado a la muerte, retoma con redoblada fuerza su marcha revolucionaria.

La victoria no será el resultado de un solo día de lucha, pero el combate volverá a empezar y los vencedores tendrán que contar con los vencidos.

Esta situación crea nuevas tareas para los proscritos. Ante la creciente disolución de las fuerzas reaccionarias, ante la posibilidad de una acción más eficaz, no basta con mantener la integridad de la Proscripción defendiéndola contra los ataques policiales, se trata de unir nuestros esfuerzos a los de los *communards* de Francia, para liberar a esos que entre nosotros cayeron en manos del enemigo y preparar la revancha.

Nos parece que es el momento de afirmarse, de declararse, para lo que hay de vida en la Proscripción.

Es lo que acaba de hacer hoy el grupo: **LA COMUNA REVOLUCIONARIA.**

Porque es hora de que aquellos que se reconocen como ateos, comunistas, revolucionarios, concibiendo de la misma forma la Revolución tanto en su fin como en sus medios, quieran retomar la lucha y por esa lucha decisiva reconstruir el partido de la Revolución, el partido de la Comuna.

Somos **ATEOS**, porque el hombre nunca será libre mientras no haya apartado a Dios de su inteligencia y de su razón.

Producto de la visión de lo desconocido, creada por la ignorancia, explotada por la intriga y sostenida por la imbecilidad, esa monstruosa noción de un ser, de un principio fuera del mundo y del hombre, forma la columna vertebral de todas las miserias en las que se ha debatido la humanidad, y constituye el obstáculo principal para su emancipación. Mientras la visión mística de la divinidad oscurezca el mundo, el hombre no podrá ni conocerlo ni poseerlo; en vez de la ciencia y la felicidad, no encontrará más que la esclavitud de la miseria y de la ignorancia.

Es en virtud de esa idea de un ser fuera del mundo que lo gobierna bajo la cual se han producido todas las formas de esclavitud moral y social: religiones, despotismos, propiedades, clases, bajo las cuales padece y se desangra la humanidad.

Expulsar a Dios del dominio del conocimiento, expulsarlo de la sociedad, es la ley para el hombre si quiere llegar a la ciencia, con el fin de alcanzar el objetivo de la revolución.

Hay que negar ese error que genera todos los demás, porque es debido a él que desde hace muchos siglos el hombre es doblegado, encadenado, expoliado, martirizado.

Que la Comuna libere para siempre a la humanidad de ese espectro de sus miserias pasadas, esta causa de sus miserias presentes.

En la Comuna no hay lugar para el sacerdote: todo servicio religioso, toda organización religiosa, debe prohibirse.

Somos **COMUNISTAS**, porque queremos que la tierra y las riquezas naturales no sean apropiadas nunca más por unos cuantos, sino que pertenezcan a la Comunidad. Porque queremos que, libres de toda opresión, dueños por fin de todos los instrumentos de producción: tierra, fábricas, etc., los trabajadores hagan del mundo un lugar de bienestar y no de miseria.

Hoy, como antaño, la mayoría de los hombres están condenados a trabajar para mantener el disfrute de un pequeño número de vigilantes y amos.

La dominación burguesa, la última expresión de todas las formas de esclavitud, ha quitado los velos místicos que encubrían antes la explotación del trabajo; gobiernos, religiones, familias, leyes, instituciones del pasado y del presente, aparecen por fin, en esta sociedad reducida a los simples términos de capitalistas y asalariados, como meros instrumentos de opresión por medio de los cuales la burguesía mantiene su dominación y somete al Proletariado.

El capitalista arrebató al trabajador todo el excedente del producto de su trabajo para aumentar sus riquezas, dejándole únicamente lo imprescindible para no morir de hambre.

Sometido por medio de la fuerza al infierno de la producción capitalista, de la propiedad, diríase que el trabajador no puede romper sus cadenas.

Pero el Proletariado llegó por fin a tomar conciencia de sí mismo: sabe que porta los acontecimientos de la nueva sociedad, que su liberación será el resultado de su victoria sobre la burguesía y que al destruir esa clase serán abolidas las clases, el objetivo de la Revolución alcanzado.

Somos Comunistas porque queremos alcanzar esa meta sin detenernos en paradas intermedias, sin aceptar compromisos que, posponiendo la victoria, no hacen más que prolongar la esclavitud.

Al destruir la propiedad individual, el Comunismo hace caer una a una todas esas instituciones basadas en la propiedad. Expulsado de su propiedad, donde se refugia con su familia como en una fortaleza, el rico no encontrará más asilo para su egoísmo y sus privilegios.

Con la destrucción de las clases, desaparecerán todas las instituciones que oprimen al individuo y cuya única razón de ser era el mantenimiento de las clases, el sometimiento del trabajador a sus amos.

La educación para todos aportará esa igualdad intelectual sin la cual la igualdad material no tendría valor.

Nunca más asalariados, víctimas de la miseria, de la insolidaridad, de la competencia, sino asociaciones de trabajadores iguales, repartiendo el trabajo entre ellos, para obtener el mayor desarrollo de la Comunidad, el mayor bienestar posible para cada uno. Cada ciudadano encontrará la mayor libertad, la más grande expansión de su individualidad, en la mayor expansión de la Comunidad.

Este estado de cosas será el resultado de la lucha y queremos esa lucha sin compromisos ni tregua, hasta la destrucción de la burguesía, hasta el triunfo definitivo.

Somos Comunistas porque el Comunismo es la negación más radical de esta sociedad que queremos destruir, la afirmación más clara de la sociedad que queremos construir.

Porque, siendo la doctrina de la igualdad social, es la mayor doctrina de negación de la dominación burguesa, la afirmación de la Revolución. Porque en su combate contra la burguesía, el Proletariado encuentra en el Comunismo la expresión de sus intereses, la regla a la medida de su práctica.

Somos **REVOLUCIONARIOS**, o en otras palabras *communards*, porque al querer la victoria queremos los medios. Porque comprendiendo las condiciones de la lucha, y pretendiendo cumplirlas, queremos que la organización de combate sea lo más fuerte posible, queremos la coalición de las diversas energías, no su dispersión, más aún, su centralización.

Somos revolucionarios, porque para alcanzar el objetivo de la Revolución queremos tumbar por la fuerza una sociedad que sólo por la fuerza se mantiene. Porque sabemos que la debilidad, como la legalidad, mata las revoluciones, mientras que la energía las salva. Porque reconocemos la necesidad de conquistar ese poder político que la burguesía guarda de manera celosa para mantener sus privile-

gios. Porque en un periodo revolucionario, en el que se abatirán las instituciones de la sociedad actual, se establecerá la dictadura manteniéndola hasta que en el mundo liberado no haya más que ciudadanos iguales de la nueva sociedad.

Como movimiento que se dirige a un nuevo mundo de justicia e igualdad, la Revolución contiene su propia ley y todo lo que se opone a su triunfo será aplastado.

Somos revolucionarios, queremos la Comuna, porque vemos en la Comuna futura, como en la de 1793 y de 1871, no la tentativa egoísta de una ciudad, sino la Revolución triunfante en todo el país: la República comunalista. Porque la Comuna es la dictadura armada del Proletariado revolucionario para la destrucción de los privilegios y el aplastamiento de la burguesía.

La Comuna es la forma militante de la Revolución social. Es el auge de la Revolución subyugando a sus enemigos. Es el periodo revolucionario del que surgirá la nueva sociedad.

No olvidemos nunca, los que hemos asumido la memoria y la venganza de los asesinados, que la Comuna también es la revancha.

En la gran batalla emprendida entre la burguesía y el Proletariado, entre la sociedad actual y la Revo-

lución, los dos campos son totalmente distintos, no hay confusión posible salvo por la imbecilidad o la traición.

De un lado todos los partidos burgueses: legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos, conservadores o radicales; del otro, el partido de la Comuna, el partido de la Revolución; el viejo mundo contra el nuevo.

La vida ya ha ido desechando muchas de esas formas del pasado, y las variedades monárquicas se resuelven, a fin de cuentas, en el inmundo bonapartismo.

En cuanto a los partidos que bajo el nombre de república, ya sea conservadora o radical, no quieren más que perpetuar la sociedad en la constante explotación del pueblo por la burguesía, pero directamente, sin intermediario monárquico, estos radicales o conservadores se diferencian más por su etiqueta que por el contenido; más que ideas diferentes representan las etapas que recorrerá la burguesía antes de encontrar en la victoria del pueblo su ruina definitiva.

Fingiendo creer en el engaño del sufragio universal, quisieran hacer creer al pueblo en esa forma periódica de esquivar la Revolución; quisieran ver participando en el orden legal de la sociedad bur-

guesa al partido de la Revolución, y por tanto dejar de serlo, y quisieran ver a la minoría revolucionaria abdicar frente a la opinión general y falsificada de las mayorías presas de las influencias de la ignorancia y del privilegio.

Los radicales son los últimos defensores del moribundo mundo burgués; a su alrededor reunirán todos los representantes del pasado, para librar la última lucha contra la Revolución: El fin de los radicales supondrá el fin de la burguesía.

Recién salidos de las masacres de la Comuna, queremos recordar a los tentados por el olvido, que la izquierda versallesca, no menos que la derecha, dirigieron la masacre de París, y que el ejército de exterminadores recibió felicitaciones tanto de unos como de otros. Versalleses de derecha y de izquierda tienen que ser iguales ante el odio del pueblo, porque tanto radicales como jesuitas están siempre de acuerdo contra él.

No puede tratarse de un error por lo que todo compromiso, toda alianza con los radicales, tiene que ser considerado como traición.

Merodeando entre nosotros, vagando entre los dos campos, incluso perdidos en nuestras filas, encontramos hombres cuya amistad, más funesta que la enemistad, aplazaría indefinidamente la victoria

del pueblo si éste siguiera sus consejos, si fuera víctima de sus ilusiones.

Limitando en mayor o menor medida los medios del combate a los de la lucha económica, predicando a diferentes niveles abstenerse de la lucha armada, de la lucha política.

Erigiendo como teoría la desorganización de las fuerzas populares, cuando se trata de concentrar las energías para un combate supremo, aparecen frente a la burguesía armada como los que quieren organizar la derrota y entregar al pueblo desarmado a los golpes de sus enemigos.

Sin comprender que la Revolución es la marcha consciente y voluntaria de la humanidad hacia el objetivo que le asignan su desarrollo histórico y su naturaleza, conciben las imágenes de su fantasía en lugar de la realidad, y quisieran sustituir el rápido movimiento de la Revolución por una lenta evolución de la que se convierten en profetas.

Aficionados a las medias tintas, vendedores de compromisos, son derrotados en las victorias populares que no pudieron impedir; absuelven bajo el pretexto de equidad a los vencidos; defienden bajo el pretexto de equidad a las instituciones y los intereses de una sociedad contra los que el pueblo se había levantado.

Calumnian las Revoluciones que no pueden derrotar.

Ellos se autodenominan comunalistas.

En lugar de ver en la Revolución del 18 de marzo la energía revolucionaria del pueblo de París para conquistar el país entero para la Revolución Comunal, no ven más que un levantamiento que giraría en torno a la lucha por franquicias municipales.

Reniegan de los actos que no han entendido de esa Revolución, sin duda para no herir los nervios de una burguesía a la que tan bien saben salvarle la vida y los intereses. Olvidando que una sociedad no perezca más que cuando es golpeada tanto en sus monumentos y símbolos, como en sus instituciones y defensores, quieren desligar a la Comuna de la responsabilidad en la ejecución de los rehenes, de la responsabilidad en los incendios. Ignoran, o fingen ignorar, que fue por la voluntad del pueblo y de la Comuna unidos hasta el último momento por la que fueron golpeados los rehenes, gendarmes, burgueses y efectuados los incendios.

Nosotros reivindicamos nuestra parte de responsabilidad en esos actos de justicia que golpearon a los enemigos del Pueblo, desde Clément Thomas y Lecomte hasta los dominicos de Arcueil; desde Bon-

jean hasta los gendarmes de la calle Haxo; desde Darboy hasta Chaudey.

Reivindicamos nuestra parte de responsabilidad en esos incendios que destruían instrumentos de opresión monárquica y burguesa o que protegían a los que combatían.

¿Cómo podríamos fingir piedad por los opresores seculares del Pueblo, por los cómplices de esos hombres que desde hace tres años celebran su triunfo con fusilamientos, deportaciones y el aplastamiento de aquellos de los nuestros que no pudieron escapar a la inmediatez de la masacre?

Todavía seguimos viendo esos eternos asesinatos de hombres, mujeres y niños; esas decapitaciones que hacían correr ríos de sangre del Pueblo por las calles, los cuarteles, las plazas, los hospitales, las casas. Vemos a los heridos enterrados con los muertos; vemos Versalles, Satory, los pontones, el exilio, Nueva Caledonia. Vemos a París, a Francia, doblegados bajo el terror, el aplastamiento continuo, el asesinato permanente.

¡*Communards* de Francia, Proscritos, unamos nuestros esfuerzos contra el enemigo común; que cada uno en la medida de sus fuerzas cumpla con su deber!

El grupo: **LA COMUNA REVOLUCIONARIA**

Proletarios Internacionalistas

Aberlen, Berton, Breuillé, Carné, Jean Clément, F. Cournet, Ch. Dacosta, Delles, A. Derouilla, E. Eudes, H. Gausseron, E. Gois, A. Goullé, E. Granger, A. Huguenot, E. Jouanin, Ledrux, Léonce, Luillier, P. Mallet, Marguerittes, Constant-Martin, A. Moreau, H. Mortier, A. Oldrini, Pichon, A. Poirier, Rysto, B. Sachs, Solignac, Ed. Vaillant, Varlet, Viard.

[Londres, junio de 1874]

6.3. Artículo extraído del periódico *Révolté* (18 de marzo de 1882)

[La Révolté fue un periódico militante fundado en Ginebra el 22 de febrero de 1879 dirigido en su primera etapa por Piotr Kropotkin y desde 1883 por Elisée Reclus. El siguiente artículo fue publicado en el 11º aniversario de la insurrección en París.]

La Comuna de 1871

Hace ya once años que el pueblo de París, empujado por un lado por el temor de un golpe de Estado y por la vergüenza de una capitulación impuesta por un gobierno cobarde o vendido; y por el otro lado, por un vago sentimiento civilizador que, aunque indeterminado, contenía nobles aspiraciones de fraternidad y felicidad universal, expulsó con un vigoroso impulso al gobierno de la República y se proclamó dueño de sí mismo... y por un instante lo fue.

Con el anuncio de la revolución parisina, un halo de esperanza agitó todo lo que en Europa había de revolucionario. Todos esperaban grandes acontecimientos. A los socialistas de entonces, jóvenes entusiastas e ingenuos, a todos aquellos de los nuestros que ya estábamos en la lucha, nos pareció que asistíamos en la víspera ¡de un 93 socialista, de un 93 de la humanidad!

Pero, ¡ay!, no habían pasado aún tres meses y París se llenaba de cadáveres; las cárceles y los pontones se abarrotaban de miles de hombres; gran parte de la vanguardia del proletariado parisino estaba destinada a marchitarse y morir física o moralmente en las prisiones de Nueva Caledonia. El orden reinaba en París.

Por lo general, el mundo revolucionario de 1871 consideró la caída de París como un accidente de la lucha. Se trató de explicar la derrota por la presencia de los prusianos, por la fatiga de los dos asedios, por el error capital que se cometió cuando no se marchó sobre Versalles desde el primer día, por culpas militares o por todo tipo de traiciones.

Sólo unos pocos comprendieron y afirmaron que la Comuna cayó principalmente porque había errado en su razón de ser; porque surgida en nombre de una idea nueva, recibida como revolución de los proletarios, no se atrevió a romper con los viejos métodos jacobinos: fue gubernamental y burguesa.

Pero, con el paso de los años, esa interpretación de los acontecimientos parisinos, confirmada por un conocimiento más amplio de los hechos, ganó terreno y se convirtió en la opinión casi unánime de los socialistas.

La acogida hecha por el mundo civilizado a la Comuna de París es uno de los equívocos más grandes que nos ha presentado la historia. El estado de ánimo, que comenzaba ya a comprender que el porvenir era del socialismo, los precedentes de los hombres visibles de la Comuna, los manifiestos expresando tanto los sentimientos como la terminología socialista, el espectro de la Internacional que atormentaba los espíritus, el origen totalmente popular y espontáneo del movimiento; todo ello apoyado por el pánico de los burgueses que lo veían todo rojo, consagró la opinión que la Comuna de París había sido socialista.

Fue bueno para la propaganda, y debemos en parte a ese error el desarrollo que el partido socialista adquirió en Europa después de la Comuna. Pero la situación ha cambiado y si se mantiene ese error, podría ser fatal para la revolución, arrastrándonos a los mismos errores que mataron al movimiento en 1871.

Peor aun, la burguesía que sin querer nos hizo ese favor en 1871, nos hace también otro hoy—y sería bueno que éste no pase desapercibido—. Los radicales —esos burgueses, que si no son los peores, son desde luego los más peligrosos enemigos del proletariado— inscribieron en sus programas todas las reivindicaciones de la Comuna, porque ven en ello un

medio para distraer al pueblo sin ningún tipo de peligro para los privilegios burgueses. ¡Aprovechemos la advertencia!

Nuestra intención no es censurar a los hombres de la Comuna, nosotros mismos tenemos muchos errores que enmendar y consideramos que los que nunca se han equivocado son los que nunca han hecho nada. Pero a la vez que nos alegramos del movimiento popular de 1871, y rendimos homenaje a los hombres comprometidos que lo defendieron, queremos aprovechar los errores del pasado como una lección para el porvenir; y queremos evitar que algunos hombres que están flaqueando se sirvan de esa vieja opinión errónea sobre la Comuna de París para, conscientemente o no, hacer el juego de la burguesía radical.

Vayamos a los hechos. Aparte de algunos discursos y algunas manifestaciones más o menos socialistas —y sería difícil encontrar un movimiento cualquiera que no los haya producido en abundancia—, aparte de algunas pequeñas medidas de carácter filantrópico, más que revolucionario, ¿dónde está la acción en la que la Comuna haya afirmado en el terreno de los hechos las nuevas ideas?

Fuera de la rutina jacobina, no encontramos más que un hecho: la reivindicación del derecho a la au-

tonomía. Pero, incluso –sin insistir sobre que la autonomía proclamada por la Comuna no era más que un término a medias–, ¿qué es la autonomía sin la revolución social? Es como la libertad sin la igualdad: no es nada, es la reacción.

¿Qué cambios realizó la Comuna de París en el régimen de producción, de consumo y de intercambio? ¿Qué cambio en la organización de las funciones, llamadas políticas? ¿No fue acaso un gobierno que obstaculizó el movimiento popular, como todos los gobiernos, e impotente como él solo? ¿Acaso no profesó por la propiedad individual el respeto como a una vieja dama? Entonces, ¿para qué debía servir esta revolución?

¿Y cómo iba a resistir a la coalición de todas las burguesías, tan desprovista de interés y de ideas?

Las revoluciones sólo triunfan con las masas, y si todos los parisinos hubieran sostenido la Comuna, ésta hubiera triunfado. Pero ¿cómo podían las masas luchar por un orden de cosas que dejaban al pueblo en la miseria para respetar la propiedad de los burgueses, que cubría con su responsabilidad los millones de la banca, que dejaba al pueblo pudrirse en cuchitriles, a la sombra de los palacios ocupados por la burguesía, que en plena revolución permitía que hubiera en París patrones y obreros, explotadores y

explotados, que los pequeños y grandes esbirros de la burguesía pudieran atiborrarse en los cafés y burlarse de los «Trente sous» que iban a dejarse matar por los versalleses?

La gran masa no sostuvo, ni pudo sostener, al movimiento de la Comuna.

Después de haber neutralizado el movimiento dando a París un gobierno, para... ¿para qué hace falta un gobierno? —¿Qué empleo se hizo del poder del que nos hicimos delegados?— Parece que la Comuna de París se avergüenza de su audacia. Toda su preocupación es justificarse ante los ojos de Europa frente a las calumnias de Versalles y mantenerse en la legalidad.

Fue vencida, y lo mereció. Sepamos hacerlo mejor en el futuro.

La próxima vez, no nos entreguemos a un gobierno. Será el pueblo quien, directamente, sin delegación, expropiará a la burguesía y organizará para sí la explotación de la riqueza social.

6.4. Testimonio de Elisée Reclus (1898)

[Extracto de un número de la Revue Blanche de 1898, «Encuesta sobre la Comuna de París».]

Durante la Comuna mi papel fue oficialmente nulo. Me encontraba entre la masa anónima de los combatientes y de los vencidos. Fui un simple guardia nacional en los primeros días de lucha. Luego, a partir del 5 de abril estuve detenido durante un año en las diversas prisiones de Satory, Trébéron, Brest, Saint-Germain, Versailles, París, por lo que no me pude hacer una opinión de la Comuna más que por oídas y por el posterior estudio de documentos y de hombres.

En los primeros años que siguieron a la Comuna, me pareció que todos los que habían participado en el movimiento eran solidarios, por el hecho de haber compartido la represión y las humillaciones: no me hubiese permitido por aquel entonces emitir un juicio sobre esos hombres que, según mi punto de vista, eran poco dignos de la causa que defendían. Pero ha llegado la hora de decir la verdad, ya que la historia imparcial empieza a realizarse y se trata de recoger las lecciones para los futuros acontecimientos. Así que puedo decir que durante los primeros días de la Comuna, la organización militar fue tan grotes-

ca, prácticamente nula como lo había sido durante el primer cerco, bajo la dirección del lamentable Trochu. Las proclamas igual de grandilocuentes, el desorden de la misma magnitud, los actos igual de ridículos.

Juzguen por este simple hecho: el general Duval, que se encontraba sobre la meseta de Châtillon con 2.000 hombres, desprovistos de víveres y municiones, rodeados por la creciente multitud de versalleses, había pedido refuerzos inmediatamente. Se llamó a filas en nuestro distrito alrededor del Panteón, y más o menos hacia las cinco se reunieron unos 600 hombres. Enardecidos, deseábamos dirigirnos inmediatamente al frente, acompañados por otros cuerpos enviados de los barrios meridionales de París, pero parece que ese movimiento no era conforme a los precedentes militares y nos dirigieron hacia la plaza Vendôme, donde, sin comida y privados de todo objeto para acampar, no tuvimos durante la mitad de la noche más confort que oír cantar desde el cercano ministerio a los brillantes oficiales del nuevo Estado Mayor:

«¡Brindemos, brindemos por la Independencia del Mundo!».

A las dos de la madrugada, una orden del general retirando a nuestra tropa del precario resguardo de la

plaza Vendôme, que ya se encontraba disminuida por la desertión, nos traslada a la plaza de la Concordia, donde tratamos de dormir sobre las losas, hasta las seis de la mañana. Es entonces cuando nos dirigen hacia Châtillon, machacados tras esa primera acampada y sin comida alguna. Durante la marcha, nuestra pequeña banda se sigue reduciendo aún más, y de 600 que éramos el día anterior, llegamos sólo 50 a la meseta, media hora antes de que las tropas versallesas, que fingiendo sumarse con sus armas a la causa de la revolución pidieron ayuda para subir las murallas, con repetidos gritos de «¡Somos hermanos! ¡Abrazémonos, viva la República!». Caímos prisioneros, y todos los que fueron reconocidos gracias a su uniforme o su actitud como soldados cayeron fusilados cerca de las vallas de un castillo vecino.

Según lo que me contaron mis compañeros, no tengo dudas de que en otros actos de la guerra nuestros engalanados jefes, al menos los que comandaron las primeras salidas, hicieron prueba de la misma inteligencia y de la misma negligencia. Quizá el gobierno de la Comuna tuvo más capacidad en otras materias; en todo caso la historia dirá que esos ministros improvisados fueron honestos ejerciendo el poder. Pero les pedíamos otra cosa: tener el sentido común que requería la situación actuando en con-

secuencia. Con gran estupor se les vio seguir todos los errores de los gobernantes oficiales: conservar todo el funcionariado, cambiando simplemente a los hombres, mantener toda la burocracia, dejar a toda la gente del *octroi* seguir trabajando en sus garitas y proteger cada día el convoy de dinero que la banca expedía a Versalles. El vértigo del poder y el espíritu de ingenua rutina los habían poseído. Esos hombres, cuya obligación era actuar heroicamente y saber morir, tuvieron la inconcebible y vergonzosa ingenuidad de dirigir a las diversas potencias notas diplomáticas con un estilo que hubieran aprobado los Metternich y los Talleyrand. Para nada entendieron al movimiento revolucionario que los había llevado al *Hôtel de Ville*.

Pero lo que no hicieron los jefes, la masa sin nombre supo hacerlo. Fueron numerosos, 30.000, quizá 40.000, los que murieron alrededor de París por la causa que amaban. Fueron numerosos también los que, dentro de la ciudad, cayeron bajo las descargas de las ametralladoras gritando: «¡Viva la Comuna!». Sabemos por los debates de la Asamblea de Versalles que ese pueblo decapitado salvó, con su actitud, la forma republicana del gobierno francés. Sin embargo, la presente República, buena para hacer todo en favor del zar y del káiser, está tan alejada de cualquier práctica de libertad, que sería pueril

sentir reconocimiento hacia la Comuna en base a esa palabra tan vacía que se ha conservado. Lo que hizo la Comuna fue otra cosa. Levantó para el porvenir, no por medio de sus gobernantes, sino por medio de sus defensores, un ideal superior al de todas las revoluciones que la precedieron; obliga de antemano a todos los que la quieren continuar, en Francia y en el mundo entero, a luchar por una sociedad nueva en la cual no habrá ni amos por nacimiento, título o dinero, ni sometidos por su origen, casta o salario. En todos los lugares, la palabra «Comuna» fue entendida en el sentido más amplio, relacionado con una humanidad nueva, formada por compañeros libres, iguales, ignorando la existencia de las viejas fronteras y ayudándose mutuamente y en paz desde un punto al otro del mundo.

